
Cómo cazar a un
MARQUÉS
ZOE SCOTLAND

Derechos de autor © ENERO 2025 ZOE SCOTLAND

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

CÓMO CAZAR
A UN
MARQUÉS



Prólogo

Lunes, 5 de marzo de 1819

Casa de campo, propiedad de Elia y Raimon Pemberton

Rutland, Inglaterra

—Me lo debéis, si no fuese por mí a saber dónde estaríais viviendo ahora mismo.

Olivia Hastings era insultantemente hiriente con cada una de sus palabras pronunciadas hacia su hermana Elia.

—Está bien, pues te devolveremos cada uno de los peniques que has traído a esta familia, pero no nos puedes pedirnos eso. ¡Soy tu hermana! Te comportas de manera cruel. Haré lo que sea para devolvértelo todo.

Elia Pemberton lloraba de manera descontrolada después de comprobar el poco amor que su hermana dejaba ver hacia su propia familia. ¡Por Dios, era su hermana! ¿Cómo podía decirle eso?

—Te ocuparía trescientas vidas en saldar tu deuda, no seas ingenua. Además, poco te importó que fuese tu hermana cuando intentaste seducir a mi prometido —le dijo esquivando la mirada.

Olivia Hastings recurría una y otra vez a la mentira, pues jamás su hermana pensó en acercarse al duque de Hastings, todo lo contrario, trataba de desaparecer en el momento en que él

entraba a su casa. Pero el duque sin descanso perseguía a la joven Elia en cuanto la veía, pues su intención siempre fue conseguir el compromiso de la pequeña de las Pennington. Menos mal que el señor Pennington, muy avispado en ese momento, interfirió pronto en esos asuntos, y logró un buen acuerdo para el matrimonio con el duque y su hija mayor Olivia, que aunque no tan agraciada como Elia, era una muchacha despierta, y sabía en todo momento lo que debía de hacer para despertar el interés del duque.

Más de cinco mil libras anuales, eso fue lo único que Olivia escuchó, y en ese instante se enamoró perdidamente del duque. Porque para Olivia el dinero y el poder bastaban para colmar su felicidad. Ella sabía bien que los matrimonios raramente se daban por amor, así es que se convenció de que el suyo al menos sería uno muy ventajoso.

Nadie tenía la menor de las dudas de que Olivia jamás quiso al duque, y se hizo más que visible el día de su muerte, pues ni una lágrima derramó por sus ojos, ni un atisbo de tristeza su rostro reflejó.

Y es que si alguien hubiese conocido cuál era el asunto por el que la duquesa de Hastings lucía aquel rostro de indiferencia en el funeral de su esposo, se habría entendido todo mejor. Mucho mejor.

—Es demasiado joven, no entenderá porqué lo hacemos —lloriqueaba Elia mientras su hermana continuaba exigiendo lo suyo.

—Llegado el momento yo se lo contaré todo —pronunció, cogiendo ambas manos de su hermana, hasta hubo un momento en el que pareció que sufría por ella.

Sí, Olivia Hastings, viuda del duque de Hastings amenazaba a su hermana con dejar a su familia en la calle. Parecía que poco le importaba si finalmente acababan en el hospicio. Ella solo queria a Juliet, la hija mayor de los Pemberton, y como lo consiguiera era lo de menos.

Juliet era la hija mayor del matrimonio feliz entre Elia y Raimon Pemberton. Una niña de doce años, la mayor parte del tiempo feliz, despierta, temperamental como su madre, amorosa como su padre, con el cabello negro, pero sin oscuridad en él, con las mejillas sonrojadas ya hiciese frío o calor, y con dos diamantes por ojos, del color más claro que nadie hubiese visto nunca.

—¿Cuándo? —preguntó Elia finalmente resignada a obedecer a su hermana.

—Mañana mismo vendré a por ella. No es preciso que prepare nada, ninguno de los harapos con los que suele vestir le serán útiles allí, mejor que se los deje a Cecilia para cuando le valgan.

—¿Tan pronto? ¿Podré ir a visitarla?

—Lo mejor sería que no la hicieras sufrir con visitas llenas de lágrimas. Ya sabes que cuando cumpla los dieciséis la presentaré en sociedad. Espero poder buscarle un buen marido para entonces.

—Seguirá siendo demasiado joven para casarse.

—¿No querrás que mi fortuna y propiedades las herede el sobrino tercero de mi difunto esposo? —preguntó dejando ver un poco de su desesperación.

Elia que en ese momento de la conversación había tomado a su hijo Chals en brazos porque no dejaba de llorar en el canasto, miró a su hermana y después depositó sus ojos en su bebé de nuevo.

—No pienses estupideces. Para cuando tu hijo tenga edad necesaria yo quizá esté muerta. Será tarde.

—Prométeme que le darás amor. —Apretó a Chals entre sus brazos.

Olivia soltó una carcajada.

—Le daré todo lo necesario para que sea una señorita de los pies a la cabeza. También la instruiré en todo arte para que consiga siempre lo que ella desee, pues sin duda, lo que no haré será crear a un ser sensible al que puedan hacerle daño.

Elia cerró los ojos mientras seguía escuchando a su hermana, y dejó resbalar una lágrima por su mejilla prometiéndose que sería la primera de muchas del resto de su vida.

—Mañana llegaré pronto, nada de despedidas eternas, y espero que no tenga que separarla de tus brazos. Recuerda que todo cuanto poseéis es gracias a mi caridad.

Dio la vuelta sobre sí misma y salió retranqueando por la puerta de Stone House sin mirar atrás, y manteniendo la cabeza bien alta, como si lo que terminase de hacer no fuera nada malo de lo que arrepentirse ni avergonzarse.

Capítulo 1

Viernes, 9 de marzo de 1819

Casa de los duques de Hastings, ahora de la viuda de Hastings

Condado de Kent, Maidstone, Inglaterra

—Me gustaría escribirle a mi madre, solo para decirle que hemos llegado bien, sé que estará preocupada —dijo Juliet a su tía, con la mirada depositada en sus manos mientras las apretaba una con la otra.

Las pocas veces que había visto a su tía la duquesa, siempre había mostrado desinterés en los niños, y no comprendía porqué ahora quería vivir acompañada de ella. Jamás le pareció ver que la compañía de ella o de alguno de sus hermanos era importante para ella.

—No será necesario, ya envié un mensaje para notificar de nuestra llegada. Sube a tu alcoba y prepárate, en pocos minutos empezarán tus clases.

No había tiempo que perder, si la duquesa pretendía hacer de Juliet una dama en toda regla, le llevaría tiempo, y mucho después de verla caminar, comer, o incluso sentarse, pues en esos cuatro días había podido observar la falta de modales en ella, pues no se habían separado en ningún momento durante el viaje a Maidstone.

Juliet aunque era obstinada, también era obediente, y las palabras que su madre le dijo antes de marcharse se le quedaron grabadas en su memoria para siempre.

‹‹Agrada a mi hermana, pero no te olvides de seguir siendo feliz. Haz lo que te pida, siempre que no te haga una desdichada››.

Así es que no había dudas de que debía agradar a su tía en todo lo que ella le dijese. Ya fuera impartir clases de piano, aprender a sentarse a la mesa y utilizar los cubiertos

adecuadamente. O incluso adular al caballero que tenía frente a ella. Si esos eran los deseos de Olivia la duquesa viuda de Hastings, ella la complacería.

Se resignaría a bordar y olvidarse de montar a caballo. A aprender canciones para entretener olvidándose de entretenerse ella misma.

Domingo, 17 de abril de 1819



Para ser una niña que había sido criada en un pueblo triste de Inglaterra, alejada del resto de la gente, salvo de sus únicos vecinos, situados a unos dos acres de distancia, era una joven muy despierta, incluso inteligente se podría decir.

Había aprendido más rápido de lo que la duquesa lo hizo al llegar a Maidstone. Y aunque todavía quedaba mucho trabajo por delante, la duquesa estaba dispuesta a todo para lograr su cometido, que no era otro que salvaguardar el legado de su difunto esposo. O mejor dicho, recuperarlo.

El duque de Hastings había sido un hombre poderoso, pero también un libertino, un lord dado al juego, y un fanático de las apuestas, y a eso se dedicó en sus últimos años de vida, a jugar con su riqueza sin importarle lo que le pudiese ocurrir a las personas que vivían de él. Así es que su esposa al enterarse de que la suma de su deuda era mayor a todo cuanto poseía, no tuvo más opción que acudir al hombre afortunado que le había ganado todo a su esposo. El marqués de Salisbury.

Y como bien dicen, el mundo es un pañuelo, y si ese mundo se ve reducido a Inglaterra, más pañuelo aún.

El marqués de Salisbury pasaba largas temporadas en su finca situada en uno de los condados más pequeños de toda Inglaterra, Rutland. Él era un hombre al que le gustaba disfrutar de la paz y la tranquilidad, del sonido del viento que hacía entre los campos de trigo y de cebada, y del cantar de los gallos en las mañanas anunciando un nuevo día, siempre que no hubiese una buena partida de cartas donde desplumar a un novato y bien posicionado duque, y que además estuviese dispuesto a apostar incluso hasta las propiedades donde residía.

No es que el marqués le hubiera ganado todo lo que tenía en una sola partida de cartas, no, fue al menos en una decena de ellas en las que dejó al duque empobrecido. Y aunque el buen marqués trató de convencer al duque de que dejase de apostar, el duque, hinchado de orgullo le ignoró. Eso sí, con una única condición que el duque le puso. Y fue que nada de aquello perdido pasaría a pertenecerle hasta que no sucumbiese a la muerte. Pues haciendo de nuevo uso de su egoísmo, no quería vivir sus últimos días en la ruina.

Al marqués se le conocía por ser un hombre paciente, honorable y benévolo, y por eso fue por lo que aceptó aquella condición.

En cambio el duque, era un ser un tanto egoísta, despiadado, embustero, y arrogante, y con todas esas virtudes fue con las que se llevó a la tumba su gran secreto. El que más tarde saldría a

la luz con la lectura del testamento.

—¿Cree que podremos hornear hoy galletas de jengibre? —preguntó Juliet a su tía mientras caminaba por el salón con un libro sobre su cabeza.

Olivia se dio media vuelta mientras doblaba la última carta recibida del marqués de Salisbury.

Se acortaba el plazo.

—No haces otra cosa que utilizar tu estúpida cabecita en boberías. Cuando no pides hornear galletas deseas leer un libro, y ayer debiste darte un golpe en la crisma, porque no habría otro motivo para que me preguntases si cabalgar a caballo sería posible…

—¿Podré algún día?

—¿Cómo se te ocurre que una jovencita delicada cabalgue sobre los lomos de un caballo como si fuese un hombre?

—No hace falta ser un hombre para hacerlo. Mi padre me ha enseñado a montar, todas las mujeres deberían de aprender en lugar de saber bordar. Eso sí que es una verdadera pérdida de tiempo.

—El día de mañana bordar te será útil —respondió la tía.

—No lo creo.

—Demos por zanjado el tema de los caballos de una vez —pronunció agotada.

—¿Entonces hornearemos galletas hoy? —insistió Juliet.

—Por supuesto que no, hoy repasaremos los nombres de todos los nobles de la buena sociedad.

—Pero si al menos me faltan cuatro años para conocerlos —dijo Juliet cansada de repetir todos los nombres y títulos de esas personas a las que un día tendría que conocer, para su desdicha.

—No seas obstinada, ya tendrás tiempo de hornear galletas cuando te cases con un buen partido.

La duquesa de Hastings no sucumbiría a los deseos de una niña cuando su trabajo era otro más importante, se le acababa el tiempo, y la joya que tenía con ella debería de ser la única opción para cualquiera de los caballeros mejor situados entre la alta sociedad.

Cinco años. Cinco años le había dado el marqués de Salisbury a la viuda del duque para poder pagarle todo lo que su esposo había perdido apostando, o se adueñaría de sus propiedades sin remordimientos.

Así es que aunque pareciese en el pasado que era una mujer malvada, sin sentimientos, egoísta y fría, ella lo único que hacía era intentar mantener al menos, las cosas como estaban. Por que de haber perdido todo, su hermana y su familia también lo habrían hecho, pues la casa en la que vivían en el condado de Rutland, también estaba entre las propiedades que el duque había perdido aquel día en sus apuestas.

¿El plan de la duquesa? Ir a la caza de un buen noble, nada de simples caballeros de exquisita reputación, no, necesitaban al mejor de la temporada de 1824, mientras tanto, instruiría a su preciosa sobrina, y continuaría como cada mes recibiendo recordatorios del marqués, pues la

deuda, aunque paralizado su cobro, continuaba, y no era conveniente dejarla en el olvido.



Capítulo 2

Abril de 1824

Casa de los duques de Hastings, ahora de la viuda de Hastings por el momento

Condado de Kent, Maidstone, Inglaterra



—Recuerda, aunque no creas ver un caballero cerca, debes actuar de igual forma que si lo estuvieses viendo. Cabeza alta, hombros ligeramente hacia atrás, pasos lentos, y en ningún momento se habla a gritos como estás acostumbrada. Y nunca se corre, por lo que más quieras, deja de caminar con prisas como si llegases tarde a todas partes.

—Es que no me gusta perder el tiempo en desplazamientos eternos cuando a paso más ligero se puede llegar antes —respondió ella.

—No es necesario que lo entiendas, dedícate a obedecerme.

Juliet resopló, puso los ojos en blanco y asintió sin mucho esfuerzo.

Resopló tan fuerte que movió incluso su flequillo.

A la vista estaba que se había convertido en una preciosa jovencita, una dama a la que codiciaría cualquier hombre, y la pesadilla de la duquesa estaría a punto de finalizar. Pues al contraer matrimonio con cualquier ricachón, este se haría cargo de la deuda familiar, eso sí, no valdría cualquiera, nada que estuviese por debajo de ocho mil al año le serviría. Pues recuperarlo todo iba a salir muy caro.

—¿Podemos salir ya? —preguntó Juliet con algo de impaciencia.

Era la tercera vez en la misma semana que acudían a Cheapside, aquella calle era como un gran almacén donde podían encontrar de todo. Desde botas, zapatos, vestidos, cubertería, librerías, platerías, aquello era un sinfín de tiendas una tras otra, y aunque aquel nombre aludiera a algo barato, era la mejor de las opciones para ellas. No pretendían seguir engordando la deuda que ya existía.

Juliet hacía unos meses que había conocido la verdad de todo, y si bien al principio de la historia se había mostrado enfadada por haberla tratado como si ella fuera una res con la que hacer tratos, después comprendió que era la única salida que su tía Olivia tenía para no terminar en la calle, y como consecuencia, tampoco su familia. A su familia, aunque Olivia en el pasado dijese que no podía volver a verla, continuó viéndola a escondidas de toda Londres, pero hacía dos años que las visitas habían terminado. Si quería que su plan funcionase no podía haber ni una grieta que dejase ver de donde procedía la niña. Y aunque aquella decisión hizo encolerizar a Juliet, después con el tiempo y la verdad sobre la mesa, comprendió el motivo.

Al llegar de nuevo a aquella tienda donde conseguirían otro nuevo vestido ya confeccionado, pues estos eran mucho más económicos que hacerlos nuevos, Juliet miraba desde el interior a través de la gran cristalera hacia la calle. Como si esperase ver a alguien conocido. Y así era, se había dado cuenta que en los dos días anteriores que habían visitado el lugar, un carruaje de caballos a techo descubierto, pasaba por allí a la misma hora exactamente. Y solo faltaban tres minutos para que volviese a ocurrir.

—Juliet, por todo lo que más quieras, ven aquí para ver si es tu medida —decía la tía por segunda vez.

Por lo que más quieras, repitió ella en su interior al escucharla.

¡Es a él a quien quiero!

Sí, ese fue su pensamiento al verle de nuevo. Estaba guapo, muy alto, le pareció aunque estuviera sentado, con el mentón pronunciado, con los cabellos más oscuros, pero seguía tan guapo como siempre. Porque sin duda era él. No podía ser otro el que despertase en su interior esa sensación. Además a su lado estaba ella, y no había cambiado tanto como para no reconocerla. Era él, era Marcus Cavendish junto a Violeta Cavendish.

—¡Juliet! —gritó la tía.

Aquel grito llamó la atención de la muchacha, la que se dirigió hasta su tía aún con esa enorme sonrisa en su rostro.

—Dices que no he de gritar, en cambio tú te comportas como si no tuvieras modales —le dijo entre risas divertida.

—Si fueras más obediente no tendría que andar llamándote a gritos. Solo haces que perder el tiempo.

Al escuchar la palabra obediente, Juliet enfureció recordando que gracias a su obediencia estaban allí, intentando solucionar un desastre, que a su parecer tanta culpa tenía el duque difunto de Hastings por descerebrado, como su esposa viuda por no haber sabido controlarlo.

—No es justo lo que dices —dijo en cambio omitiendo sus pensamientos.

Juliet se colocó el vestido elegido por su tía y paseó por delante de todo aquel que se encontraba en el interior de la tienda, levantando miradas de envidia y susurros entre las damas más inteligentes.

—Preciosa, estás preciosa, querida, ahora ya tenemos el vestido de mañana.

—¿Mañana? —preguntó asustada.

—Hemos ensayado más de lo necesario, es el momento de que pongas en práctica todo lo aprendido, iremos a la corte, deslumbrarás a todos con tu belleza.

El día se hizo largo, el reloj parecía haberse detenido después de que su tía le anunciase que mañana sería presentada en sociedad.

Al día siguiente…

Demasiado pronto, demasiado joven, demasiadas dudas, demasiada gente, pensó Juliet.

—Demasiado apretado —dijo finalmente.

—¿No querrás que todos piensen que no tienes cintura? —preguntó la tía animando a la doncella a que siguiera estirando de las cuerdas del corpiño.

—Pero si el vestido no es ajustado, ¡dejad de apretar el corpiño! —se quejó.

—Pero en cualquier momento podría soplar el aire con fuerza y que tu cintura quedara marcada sobre la tela.

—Es imposible que sobreviva a este día si continúas apretando —volvió a quejarse.

—Deja de poner impedimentos.

Juliet trató de coger aire para responderle, pero solo la mitad de capacidad en sus pulmones pudo llenar para responder, así que golpeó con fuerza la mano de su doncella para que aflojara la

cruzada.

—Repíteme todos los nombres para poder grabarlos a fuego en mi memoria —le pidió a su tía cuando por fin pudo coger aire para respirar.

—Hoy no será necesario, harás tu debut y de manera inmediata nos marcharemos. Es lo que se hace para que todos hablen de ti. Lo aprendí hace varias décadas con la hija de los Murray, y ella no tenía ni la mitad de tu belleza, querida.

—Da igual, dime sus nombres.

La duquesa con gestos apresurados echó a la doncella de la alcoba, y después se situó frente a su sobrina.

—Pues veamos —le dijo como si impartiese una clase a un estudiante—, están los hermanos Wimpole. Ya sabes que cualquiera de ellos valdría, se les conoce por ser estúpidos si juntan sus cerebros, pero separados son neófitos, cretinos, burros. Y conoces que si un esposo tiene alguna de esas cualidades la esposa será más feliz, y ellos las tienen todas. Deberías de tenerlos en cuenta. —Levantó su dedo índice señalándola.

Juliet no aceptaría a ninguno de los Wimpole como primera opción, prefería vivir en la miseria que hacer tal cosa.

—Continúa —le pidió, pues Juliet no se veía con fuerzas de aguantar a un ser especial a su lado durante el resto de sus días.

—También están por ocho mil libras al año el duque de Belfort, el duque de Stanford, y el barón de Sutherland.

—No deseo tener que cerrar los ojos cuando mire a mi esposo. Y aunque con el duque de Stanford podría hacer un esfuerzo, he escuchado que el año pasado sufrió de sífilis.

La belleza no era demasiado importante para ella, pero aquellos caballeros además de ser horribles no tenían ninguna virtud que tapase sus defectos físicos.

—Uno se puede acostumbrar a la belleza, aunque en estos casos esté ausente. Y el duque de Stanford ya está curado —dijo restando importancia su tía.

—Continúa, debo saber todos los caballeros a los que puedo acercarme.

—Entre los más ricos solo te queda Archie Lawrence, duque de Westbury, y dicen de él que es apuesto. Hace mucho tiempo que no aparece entre la sociedad, viajó a África y esta temporada será todo un honor tenerlo entre nosotros. Estoy segura de que no serás la única que se interese por él. No recuerdo su aspecto, pero apuesto a que es guapo su padre era un caballero muy apuesto.

—¿Nadie más? —preguntó Juliet.

—Céntrate en engatusar a algunos de ellos, con eso será suficiente.

—¿Y Marcus Cavendish? —preguntó ella con timidez.

—No apuntes tan alto jovencita —pronunció su tía dejando ver una pizca de molestia.

¿Cómo que no apuntase alto, pero no se suponía que debía de casarse con el mejor partido que pudiese?

Además hasta donde ella conocía, Marcus Cavendish era rico, sí, pero no tanto como para ser inalcanzable. Aunque para ella siempre lo había sido. Siempre, recordó.

Revivía una y otra vez todas esas tardes de juegos junto a él y su hermana Violeta. Los campos de su familia se unían con los terrenos que poseía la familia de Marcus, separados solo por una pequeña carretera y una maltrecha casa de servicio, ese era el punto de reunión de ellos.

Mientras Violeta y Juliet jugaban con sus muñecas, y recolectaban flores del prado para sus madres, Marcus siempre aparecía con pequeñas bayas rojas para lanzárselas a ambas y lograr manchar sus vestidos.

Día tras día, verano tras verano, la familia de los hermanos Cavendish dejaban en Rutland a los jovencitos, mientras que ellos disfrutaban de la temporada en Bath, rodeados de gente de bien y sin las molestias que ocasionan los más pequeños.

Juliet tenía grabado en la mente aquel último momento en el que Marcus, su hermana Violeta y ella jugaban al escondite por toda la extensión de las dos propiedades.

Junio de 1818

Rutland, Inglaterra

Entre las propiedades de los Cavendish y los Pemberton



—Cuando deje de contar el que no se haya escondido pagará —pronunció fuerte Marcus, mientras permanecía con la cabeza apoyada contra el muro de piedra de la casa de los sirvientes de los Cavendish.

Las risas de las niñas se escucharon como respuesta a lo lejos.

—¡Dieciocho, diecinueve, veinte! Allá voy.

Violeta era una niña precavida, ella nunca se metería en problemas, tenía dos años más que su hermano, y era cuatro mayor que Juliet, así es que ella aunque se lo pasaba muy bien jugando a aquellos juegos con su hermano y su amiga, pensaba antes de cometer ninguna acción, pues conocía que el castigo impartido por su padre sería más que severo por ser la mayor.

Marcus era rebelde, un poco granuja solía decir su madre, un pícaro que conseguía todo lo que se proponía a su temprana edad, y sin duda el hijo por excelencia de su padre, su favorito.

Marcus no temía por su vida, era un insensato, pero Juliet tampoco se quedaba atrás, quizá fuese por su edad, porque a los once años no se tiene mucha sensatez para no cometer estupideces. Y eso fue lo que ocurrió durante aquella tarde de juegos.

Juliet vio la oportunidad de esconderse requetebién, y se metió con la ayuda de una cuerda, en el interior de un pozo, sin pensar en que, entrar sería todo lo fácil que ella pudiese deslizarse por la cuerda, y salir todo lo difícil que le resultase trepar por una cuerda.

Al principio del juego se entusiasmó de haber encontrado aquel escondite oscuro, alejado y desconocido para sus amigos, pero cuando fue pasando el tiempo, todo se convirtió en una

trampa para la joven Juliet, que veía que comenzaba a oscurecer y no la habían encontrado.

Se preguntó si moriría allí y la terminarían encontrando en huesos como a los ladrones que encierran en cárceles y se olvidan de ellos. Al imaginarse el espanto que sería agonizar día tras día, comenzó a llorar y a gritar de angustia, y de repente, Marcus asomó la cabeza por la parte de arriba del pozo.

—¡Te encontré! —le dijo bien alto para que pudiera escucharle.

El joven Marcus le pidió que se atase la cuerda a la cintura y él comenzó a tirar de ella.

Juliet se agarraba con las manos a las piedras de las paredes del pozo, y trataba de escalar para que su amigo no tuviese que hacer tanta fuerza.

Marcus logró subirla hasta poder darle la mano y así ponerla a salvo.

—Gracias, me has salvado la vida —le dijo ella muerta de la vergüenza de tenerle tan cerca y a solas, pues Juliet estaba platónicamente enamorada de su amigo, pero conocía que provenían de familias distintas y únicamente, y como mucho, serian solo amigos para siempre.

—No ha sido para tanto. Estábamos jugando al escondite, y tú te has escondido bien. Aunque reconozco que se estaba haciendo tarde…

—Menos mal que me has encontrado, de no ser así podría haber muerto. Eres muy valiente y muy fuerte.

—Sí, valiente soy, eso siempre me lo dice mi madre, aunque ella no sonríe al decirlo, y fuerte, aún no lo suficiente, pero tú eres una niña enclenque, ha sido fácil subirte.

—No soy enclenque, soy una niña fuerte y sana, eso es lo que dice mi madre.

—¡Miente! Eres enclenque, desgarbada, débil, fea y pobre. Ella te quiere como nunca hará un hombre.

Juliet se enfadó tanto al escucharle decir eso que le arremetió un empujón que casi le tira al fondo del pozo, y eso le asustó mucho, a ella y a él, que salió corriendo hacia su casa.

Y nunca más volvieron a verse, porque aunque ella acudió a otro de los encuentros de los niños para jugar, alguien impidió que volviesen a estar juntos.

Hasta muchos años después, cuando Juliet compraba en aquella tienda y un carruaje llevaba al mismísimo Marcus Cavendish junto a su hermana Violeta en su interior. No había duda de que eran ellos. No habían cambiado cuanto a penas, todo lo contrario que ella.

—Me has enseñado a comportarme, conozco la historia de cada una de las familias bien avenidas de toda Inglaterra, sé lo que necesitamos, y aspiro a llevarme el premio más grande. ¿Cómo de alto apunto si lo hago con Marcus Cavendish? —le preguntó a su tía sin dejar de insistir.

—Es el nuevo marqués de Salisbury, hace cuatro meses falleció su padre, dejándoles una riqueza para muchos incalculable, se comenta entre la gente que además de tierras, propiedades, incluso en el norte de Escocia, su fortuna es como un tesoro.

Y la duquesa lo sabía bien, pues toda su herencia hacía crecer la fortuna heredada del nuevo marqués.

—Excelente, entonces él será a quien yo deba cazar.

—No, él no.

—Sí tía, debo terminar con el sufrimiento con el que cargas durante tantos años. Además debo asegurar el futuro de mi familia. Tanto esfuerzo tiene que ser pagado.

—He dicho que no, debes ir a por alguien menos, difícil.

Juliet negaba con la cabeza.

—No quiero a ningún otro caballero.

La conversación estaba siendo de lo más incómoda para la duquesa, pues aunque había revelado el secreto a su sobrina para que pudiera entender que durante esa temporada tenía que conseguir un ventajoso compromiso, y que no tenían otra oportunidad, no le había contado que quienes poseían todo lo que ellas continuaban disfrutando, eran la familia Cavendish, y ahora, el nuevo marqués de Salisbury, que aunque no se había puesto en contacto con la duquesa de Hastings por el momento, conocía de buena tinta que no pasaría mucho tiempo para tener noticias sobre el asunto.

Capítulo 3

Abril de 1824

Otra de las propiedades de los duques de Hastings, durante al menos esta temporada

Westminster, Inglaterra

Juliet se despertó por la mañana algo desubicada con lo que había ocurrido en su presentación en sociedad como dama casadera en la corte el día anterior.

Todo le había parecido ir bien, o mejor que bien, menos por ese asuntillo de nada en el que fue llamada, porque al no reconocer el apellido que su tía le había impuesto, ya que la hizo

llamar Juliet Pennington, protegida y sobrina de la duquesa viuda de Hastings, tardó en reaccionar, tanto, que hasta que no le estiró por el brazo la propia Olivia Hastings no fue que atravesó el arco de la entrada y se presentó ante la reina.

Reaccionó mientras daba cortos pasos, se desenfundó uno de sus guantes con elegancia, y al llegar frente a la reina se inclinó con una más que elegante reverencia, dejando sus ojos cerrados sin perder el equilibrio.

La reina sonrió al verla, pues era todo perfección, sutileza, belleza, resplandor, delicadeza, y nadie hasta el momento había dejado con la boca abierta a la reina de Inglaterra.

Y continuando con los planes de la duquesa, nada más retirarse de la presencia de su majestad, tomó a Juliet por el antebrazo y se la llevó a su casa sin detenerse a saludar a nadie.

Dos fuertes golpes sobre la puerta la hicieron regresar de nuevo a donde se encontraba.

—¿Estás despierta? Te dije que debes dormir, pero no demasiado, o los párpados lucirán hinchados por todo el día.

—Sí, adelante —respondió sonriendo.

—Tenemos trabajo —dijo su tía refiriéndose al hecho de encontrar esposo.

A Juliet le fastidiaba que lo llamase trabajo. Ella iba a casarse, y eso no era un trabajo. Era su futuro.

—Está bien, yo te haré caso en todo, pero ya conoces cual es mi intención, debes respetarla —volvió a repetirle.

—Debes terminar con esta cabezonería tuya, el marqués de Salisbury es inalcanzable para ti, su familia jamás aceptará a una esposa sin dote, sin propiedades, sin título. Ellos solo desean a un símil a su familia.

—¿Y si se enamora de mí?

—Eso no podrás conseguirlo. —Puso los ojos en blanco—. Céntrate en seducir a otro, no pienses en más que eso.

—¿Qué haremos hoy?

—Visitaremos Hyde Park, llamaré a la doncella para que te ayude a vestir, debes ponerte el azul, casi todas las damas han elegido el rosa y el amarillo.

La tía tenía ojos en todos los lados, pues debía asegurarse de no cometer errores.

Una temporada, ese era el único tiempo del que disponía.

Mientras se dirigían en carro al parque frondoso donde haría su primera aparición después de ser presentada en sociedad, la mirada de Juliet se perdía entre tanta belleza. Y cuando llegaron al lugar donde todos los carros esperaban, la tía sugirió que hiciesen el recorrido sin bajarse del carruaje, sin techo, evidentemente para que todos pudiesen verla, pero sin estar al alcance de nadie por el momento.

La espera se estaba haciendo larga, pues ella ansiaba cruzar aunque fuera una mirada con el nuevo marqués de Salisbury.

Las palabras de su tía no le habían importado nada, ella continuaba convencida en que él sería su objetivo.

Muy a su pesar, Juliet aceptó la sugerencia de su tía de hacer el recorrido en carruaje, así es que se acomodó en el asiento, y apoyando su codo sobre la puerta del carro, y su barbilla sobre sus nudillos, se limitó a suspirar mientras avanzaban a paso lento por el interior de Hyde Park.

Poco le duró aquella postura, pues la tía de la joven pronto la corrigió y le incorporó a su mano un abanico para que no volviese a cometer semejante error.

Durante el paseo pudieron cruzarse como con tres caballeros bien posicionados como ella necesitaba, pero digamos que ninguno era lo que Juliet buscaba, y cuando ya regresaban de nuevo a la salida del parque, ocurrió algo con lo que nadie contaba, y mucho menos podrían imaginar.

Se acercaba el carro de la duquesa de Hastings y en dirección opuesta, y de frente, el de los Cavendish.

Juliet ya había podido darse cuenta de que Marcus estaba sentado, y a su lado junto a él, su hermana Violeta, como en las otras ocasiones que había tenido oportunidad de verlos.

Faltaban pocos metros para cruzar sus miradas, todo estaba más que calculado. Cuando sus ojos estuviesen a la misma altura, entonces ella le sonreiría, y Marcus quedaría totalmente prendado de ella.

¿Ocurrió?

No.

Cuando faltaban a penas seis metros, una señorita se cruzó por delante del carruaje de los Cavendish, y casualmente se tropezó con una piedra imaginaria, y cayó al suelo, también con una lentitud fascinante, con la que le dio tiempo a poner las manos sobre el camino empedrado y detener el fuerte golpe que le habría encantado ver a Juliet.

—¡Detengan los caballos! —gritó.

¿Quién?

Marcus Cavendish, el más apuesto, gentil y caballero de toda Londres.

Bajó del carro de un salto y corrió hasta llegar al lugar donde aquella teatrera de tres al cuarto hacía su gran actuación de la temporada.

Ese fue el momento en el que Juliet se percató de que, cazar a un marqués no solo dependería de ella, pues al parecer había más damas interesadas en él.

Se daba por abierta la temporada de cacerías.

—Disculpe, señorita, ¿está usted bien?

Así fue como se acercó Marcus hasta la joven Amelia De la Rua, hija del capitán Armando De la Rua, de la guarnición armada de La Corte Real.

¿Tenían un problema? Se preguntó Juliet.

Sí, un gran problema.

Pues era la hija de un hombre poderoso. Justo lo que la familia de Marcus desearía para él. La hija de un capitán, con tierras en el campo donde seguro sembraban y criaban animales, haciendo de sus tierras más ricas todavía. También era conocido que los oficiales de alto rango poseían propiedades en ciudades próximas a la corte, como; Mayfair, Bath, Belgravia. Además de los títulos que se les ofrecían a sus hijos heredando así tierras junto con ellos. Todo un

despropósito si Juliet pensaba en lo poco que ella podía ofrecerle al marqués en comparación con Amelia.

—Mi tobillo, me duele mucho —Amelia hizo dos caídas de pestañas mientras el marqués la miraba y ella no dejaba de lloriquear.

Juliet no iba a soportar por más tiempo quedarse allí parada en mitad de lo que ella denominaba el levantamiento de su futuro esposo.

Y de un salto bajó del carro hasta el suelo, y caminó a paso decidido haciendo sonar sus talones sobre la piedra del suelo, para ayudar a levantar a la joven que se encontraba en mitad del camino.

—Dios mío, pero ¿qué crees que estás haciendo? —susurró su tía Olivia mientras miraba el atrevimiento de su sobrina.

—¡Arriba! —dijo Juliet estirando del brazo de la señorita Amelia.

—¿Está usted loca? La señorita se ha torcido un *tob…* —Marcus no pudo terminar de hablar, porque nada más mirar el rostro de la joven Juliet, enmudeció al instante sorprendido por su belleza.

—Pamplinas, está perfectamente, con un poco menos de dignidad ahora mismo por lanzarse a la pesca de un esposo a través del engaño, pero eso es todo. Nada que no pueda olvidar algún día —dijo la atrevida.

—Es usted una maleducada, si supiera quien soy no se atrevería a hablar de mí de esa manera.

La señorita Amelia se levantó con la rabia que Juliet acababa de despertar en su interior, y como si fuera un milagro, comenzó a caminar hasta ella, no mucho, pero con esos tres o cuatro pasos que dio, bastó para que todos pudiesen ver que ninguno de sus tobillos había sufrido el más mínimo daño.

Juliet caminó hacia atrás tratando de alejarse de Amelia. A cada paso que daba su sonrisa era un poco más grande, hasta que Marcus pudo ver la danza con la que Amelia deleitaba a todos los presentes, entonces Juliet le guiñó un ojo al marqués, y este se sorprendió y la imitó agradeciéndole a su vez que hubiera descubierto las intenciones de Amelia.

—No me interesa nada quien es usted, solo pretendo llegar a mi hogar para desprenderme de este incómodo vestido, y usted entorpecía mi paso, eso es todo —le susurró Juliet al oído de Amelia.

—¡Atrevida! —dijo Amelia.

—Pues si se encuentra ya recuperada, señorita Amelia De la Rua, yo me retiro —dijo Marcus.

Entonces estando frente a Juliet, inclinó su cabeza a modo de despedida, y ella lo imitó regalándole además una sonrisa.

Se dirigieron después a sus carruajes enfrentados el uno con el otro, y como Juliet esperaba, antes de que pudiera poner un pie en el escalón del carro, la mano de Marcus Cavendish acompañó el movimiento de la joven para ayudarla a acceder al interior. Y nada más entrar, se acomodó en el amplio asiento, y volvió su rostro hacia el lado contrario del que el joven se encontraba.

Lo había conseguido. Le había ignorado.

Marcus ya había podido darse cuenta de que la joven por la que acababa de suspirar era la protegida de la duquesa, aquella muchacha de la que su padre le hablaba en su carta.

Capítulo 4

Abril de 1824

Casa de los duques de Hastings, ahora de la viuda de Hastings por el momento

Westminster, Inglaterra

Juliet se acomodó cerca de la ventana, por la que el sol entraba a raudales, se apoyó en el cristal y suspiró. Desde ese punto de la casa tenía una visión de la calle amplia. Podía ver como los pretendientes de otras damas llegaban a los hogares para cortejarlas como era de esperar, en cambio a ella nadie la visitaba aún.

Juliet siempre había sido muy habladora, y cuando se encontraba nerviosa hablaba todavía más, pero en aquel momento no tenía nada que decir. Por la mente solo se le pasaban cosas malas. Pensamientos sobre lo que ocurriría si nadie mostraba interés en ella. Entonces recordó que tenía valentía a raudales, y que no cesaría en su empeño de cazar a un noble.

—No puedo creer lo que has hecho hoy, te has puesto en evidencia saltando de esa manera del carro, parecías un vulgar buscavidas de esos que trepan por los árboles.

—No tenía opción, lady Amelia De La Rua estaba a punto de llevárselo.

—Te he dicho infinitas veces que no apuntes tan alto, esto no va a salir bien.

—Saldrá.

La duquesa negaba con la cabeza, porque temía que el asunto de intentar embaucar al marqués no saliera como su sobrina esperaba, y realmente aquella era la única opción que tendrían de no terminar en la calle.

No tuvo el valor de decirle nada más, además sabía que no le haría caso, y llegado el momento, pensó que Juliet estaba poniendo todo de su parte para que el plan funcionase.

A ella ya le quedaba poca vida que vivir, pero el resto de la familia sería la que pagara las malas decisiones de su esposo, y la verdad era que no veía capaz de que ningún hijo de su hermana buscase trabajo para mantenerse, habían pasado demasiado tiempo acomodados recibiendo sustento por su parte.

Mientras Juliet y Olivia guardaban silencio, y miraban a través de la ventana con la mirada perdida, algo insólito ocurrió.

—Permiso, duquesa —pronunció el mayordomo abriendo la puerta del saloncito e inclinando su cabeza.

—Habla, Leonard, no te quedes ahí parado —le animó la duquesa.

—Tienen visita —dio un paso—, el ayudante de cámara del marqués de Salisbury trae un mensaje —dijo en una especie de susurro.

—¿Por qué demonios hablas tan bajo? —La duquesa pensó que eso debía gritarlo, pues todo el mundo tenía que saber que el marqués se interesaba por su protegida.

—Hágale pasar, no le haga esperar.

Juliet se sonrojó de inmediato, trató de arreglar sus ropas pasando la palma de su mano por la falda, y se sentó en la butaca tomando el pañuelo que había a su lado en una cesta, y se dispuso a bordar. Aunque no sabía cómo hacerlo, la verdad.

No sabía ni tan siquiera como sostener la guja entre sus dedos y a la vez no pincharse con ella, jamás lo había intentado, pero no podía estar allí parada sin hacer nada, no era lo propio de las muchachas de Londres.

—¿Señoras? —dijo el ayudante al entrar—. Mi señor, el marqués de Salisbury desea hacer una visita a lady Pennington.

—¿Por qué? —preguntó Juliet sin disimular su curiosidad.

—No le haga caso. Dígale a su señor que estaremos encantadas de recibirle —respondió la duquesa, y sonrió exageradamente.

—Mañana pues, a la hora del té.

El ayudante se retiró.

Juliet no parecía muy convencida de aceptar la visita, mientras que la duquesa esperó a escuchar la puerta cerrarse para increparla.

Se acercó a la ventana para ver el carro en el que había llegado el ayudante del marqués, y cuando lo vio alejarse por la calle al fin, se volvió a Juliet.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Insensata! —le riñó.

—No debería haber aceptado verle tan rápido.

—¿Acaso pretendes acabar en el hospicio? ¿Es eso? Mañana iremos de visita, así verás con tus propios ojos lo duro que sería vivir de la caridad. No tienes la menor de las ideas de lo que sería eso.

—¿Cómo puedes estar segura de que le intereso de verdad?

—Niñata, estúpida, ¿para qué si no vendría?

—Para descartar candidatas, es evidente.

—¡Oh!

Juliet podría estar equivocada, o quizá no lo estaba. El caso era que la duquesa parecía convencida de lo que le había dicho su sobrina.

Se recostó en el asiento y emitió un suspiro. Las dos querían que funcionase, sí, pero de nuevo volvía a su mente que solo tendrían una oportunidad, una temporada. Y el verano esta vez parecía ser corto para ellas.

—Déjame que piense en algo —sorprendió la joven.

Capítulo 5

Abril de 1824

Casa de los duques de Hastings, ahora de la viuda de Hastings por el momento

Westminster, Inglaterra

A la mañana siguiente, Juliet se despertó antes de que su tía lo hiciera. Y junto con su doncella se dedicaron a organizar la jornada del día. No les llevó mucho tiempo planear todo un día fuera de casa.

Ya estaba todo bien atado para cuando Olivia Hastings despertó en la mañana.

—Tía, no hay tiempo que perder, el carruaje nos espera en la puerta —dijo Juliet sonriente.

—¿Qué dices, niña? Has olvidado lo importante del día…

Juliet negó con la cabeza mientras que levantaba una ceja y sonreía de una manera perversa.

A saber qué planes tenía la muchacha…

—¿Puedo saber donde iremos? —preguntó la duquesa, mientras la miraba por encima del borde de la taza de su café humeante.

—Pasaremos el día en el campo, primero iremos a las regatas de remo, siempre he querido verlas, y en el río Avon hoy dan comienzo. Después almorzaremos en Covent Garden, la doncella me ha comentado que el duque de Hastings era socio del club social: Royal Thames, así que no tendremos ningún problema allí. Y por último, iremos a la ópera en Sawclose, veremos el Barbero de Sevilla, es ingeniosa, y quizá nos ayude con nuestro plan, aunque aquí la pobre soy yo y el marqués es el rico.

—Hablando del marqués, ¿qué ocurrirá cuando vea que no estamos? —preguntó preocupada la tía.

—Entonces sí tendrá ganas de conocerme. No creo que nadie se haya atrevido a darle plantón todavía —dijo divertida.

—Es una falta de respeto incuestionable, Juliet, puede que jamás quiera volver a verte —respondió asustada.

—Si es así mejor saberlo ahora, tendremos el resto de la temporada para dedicarlo a cazar a otro noble.

La duquesa al escucharla sonrió ampliamente. Estaba orgullosa de su pupila, pues tenía una mente brillante.

Desde luego, el río Avon no era lo que se podía decir la zona más elegante de la ciudad. Así que se volvió hacia la tía.

—Es aburrido hasta decir basta, marchémonos de aquí —dijo Juliet.

—Tú elegiste este lugar, aquí solo hay deportistas, y mujeres que suspiran por los músculos y sudores de ellos. También hay apostadores, y comprenderás que sienta cierta repulsión hacia esa parte.

—Decidido, nos marchamos —anunció Juliet.

—No tan rápido, lady Pennington, todavía no me ha dado la oportunidad de cruzar palabra con usted —dijo un hombre apuesto colocándose frente a ella.

—Creía que para eso estaban las visitas —respondió Juliet haciendo una caída de pestañas, cosa que no le resultó nada fácil, pero que había aprendido de lady Amelia en el aparatoso accidente de Hyde Park.

—Mil disculpas —dijo el joven, y se retiró mientras Juliet y la duquesa caminaban hasta su carruaje.

Una vez ya en el carruaje que les llevaría hasta Covent Garden y así poder disfrutar de una escasa comida, porque ya se conocía que durante la temporada, las jóvenes casaderas no podían comer demasiado, o la cintura se ensancharía, y pocos interesados acabarían cortejándolas, Juliet le preguntó a su tía.

—¿Su nombre?

—Creí que era otra treta tuya para llamar su atención. Era Archie Lawrence, duque de Westbury. Te hablé de él un centenar de veces, Ha regresado de África, allí ha hecho cientos de tratos, y ha vuelto mucho más rico de lo que se fue.

—No lo recordaba —dijo pensativa.

—El marqués te tiene idiotizada. Ahora me darás la razón cuando digo que una segunda opción siempre sería buena tenerla.

—No hará falta —dijo convencida de que su plan del día daría sus frutos pronto.

Sí, Juliet solo iba a malgastar su tiempo en cazar al marqués. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron, y había podido comprobar que él no la recordaba. Y no le culpaba, porque era evidente que aquella niñita delgada, frágil, enclenque, fea y pobre como él la llamó en el pasado, se había convertido en una mujer bonita, y una cazadora. Y ella iba a cazarlo.

De regreso a su hogar, ya cansadas de lo ajetreado del día, del agobiante momento de las regatas, de intentar soportar a todas aquellas damas con las que se habían cruzado en el

almuerzo, y de bostezar en la ópera más de lo necesario para que su tía la sacara de allí antes de que nadie la viese, decidieron que el retraso de tres horas a la visita del marqués era mucho tiempo como para que él continuase esperando. Y que seguramente en los próximos días tendrían noticias nada agradables por su parte.

Y ojalá hubiese ocurrido así, pero no.

Allí, frente a la fachada de su hogar estaba el carruaje de la familia Cavendish.

—¿Qué hora tenemos? —preguntó la duquesa a su dama de compañía al verlo.

—Son más de las siete —respondió apresurada.

—¿Estás segura? —añadió Juliet mientras se acercaban a paso lento hasta la puerta.

El carro en el que llegaron no las había podido dejar más cerca por el motivo de que el carruaje del marqués ocupaba gran parte de la calle. Ocho caballos idénticos tiraban del carro, ocho. Todo un despropósito, pensó Juliet al verlo.

Caminaron sin levantar la cabeza, tratando de no hacer ruido y así entrar de forma sigilosa en el interior de la casa.

—¿Acostumbra a dejar plantadas a sus visitas? —Se escuchó con voz iracunda.

Juliet cerró los ojos. Y aunque para cualquier dama habría sido una vergüenza y habría tratado de esconderse, para ella no, para ella era lo mejor que podría ocurrir ahora mismo. Y tenía que esforzarse mucho por ocultar su sonrisa.

—¿Visita? —dijo mirando a su tía que caminaba a su lado.

—Querida, qué despiste, ¡era hoy! —pronunció la tía colocándose una mano en la boca evocando sorpresa.

Todo muy fingido.

Entonces se escuchó el clásico sonido que hace alguien al salir de un carro. Después, también se escucharon unos pasos fuertes, propios de alguien que camina por detrás furioso.

Juliet le pidió a su tía que entrase, y ella después de torcer su gesto, asintió, dejándola acompañada de su dama de compañía.

Juliet dio media vuelta para quedarse de frente, y nada más verlo quedó desarmada. Un fuego le recorrió el cuello hasta quedarse instalado en sus mejillas, por suerte tenía las manos frías y colocándoselas varios segundos sobre la piel, logró aplacar el calor.

—¿Le ocurre algo señorita? Se ha sonrojado —preguntó Marcus al verla.

—¿Cree que me he sonrojado al verle? No sea tan creído. No tiene porqué intentar avergonzarme por un simple plantón.

—Disculpe no deseaba incomodarla.

—Vístase usted con ropas de mujer, así sabrá lo que es andar incómodo. ¡Habrase visto! —dijo imitando un enfado, aunque por dentro reía divertida.

—De nuevo ruego que me perdone, no era mi intención malhumorarla.

—Otra vez cree que usted es el protagonista de todo lo que tiene que ver conmigo, tiene un terrible problema con su ego —dijo ella.

Aquel momento le estaba resultando de lo más entretenido del día, y por la cara que Marcus

Cavendish tenía, estaba funcionando como ella esperaba. Calculaba que disponía aproximadamente, de unos tres minutos más para dejar en el marqués su impronta, y la última frase era la que pondría el broche de oro entre ellos.

—Es usted una señorita de lo más curioso, y es por eso por lo que pasaré por alto su falta de respeto por haberme dejado plantado. Estoy dispuesto a regresar de nuevo otro día.

—Oh, se lo agradezco, es usted todo un caballero.

El marqués de Salisbury aceptó el cumplido complacido y sonrió levemente.

—Mañana la visitaré de nuevo —le dijo.

—No se moleste, no pierda el tiempo conmigo, vaya a cortejar damas puntuales, de las que estén acostumbradas a sonrojarse por palabras estúpidas, y que suspiren cada dos minutos por usted. Estoy segura de que no le suele costar nada encontrarlas.

—¿Me encuentra apuesto?

—De nuevo su ego —dijo y puso los ojos en blanco—, ¿solo ha escuchado eso?

—Espere, ¿acaba de decir que le parecen estúpidas mis palabras? —Marcus levantó una ceja.

—Buenas tardes, milord —dijo Juliet y volvió a dar media vuelta quedándose mirando a su puerta.

—Mañana volveré —dijo él.

—Suerte —respondió ella.

Capítulo 6

Abril de 1824

Casa de los duques de Hastings, ahora de la viuda de Hastings por el momento

Westminster, Inglaterra



El tiempo solía pasar muy lento cuando uno estaba nervioso, y eso fue lo que a Juliet le parecía, que había pasado un lustro cuando llegó la hora del té.

—¿Nerviosa? —preguntó la tía.

—Puede que no aparezca, ayer fui demasiado soberbia. No, no vendrá.

—¿Has perdido la cabeza de nuevo? —La tía susurraba a gritos.

—No es fácil llamar la atención de un hombre que puede tener a cualquier mujer —le recriminó a su tía.

—Deberías replantearte centrarte en otra persona, ya te avisé de que el marqués no es el adecuado.

Juliet continuaba dando vueltas a lo suyo, no escuchaba nada que dijese su tía. Y menos si sus palabras volvían a pronunciar que el marqués era demasiado para ella.

—Si es puntual es que ha caído en la trampa, si llega tarde es que no está del todo convencido, pero como todo un caballero impera su educación —le dijo a la tía.

Aún quedaban más de diez minutos.

Pero de pronto, el mayordomo hizo aparición en el saloncito del té.

—El marqués de Salisbury ha llegado —anunció.

Y detrás, el marqués.

—Pronto, eso quiere decir que es mío —le susurró a su tía.

—¿Qué tal, señorita Pennington, milady —hizo una corta inclinación con su cabeza ante la duquesa—, duquesa de Hastings? Encantado de poder disfrutar con ustedes de esta magnífica tarde.

La duquesa le sonrió, y de manera inmediata mandó a la sirvienta traer el té con unas galletas. Ella se retiró a una esquina del saloncito a disfrutar de una buena lectura, y les dejó allí todavía de pie.

—¿Cuándo dice que es una tarde magnifica, hace referencia al tiempo? —preguntó Juliet.

—Así es, ha salido el sol, y en Londres eso es una noticia excelente. ¿No está usted de acuerdo?

—Entonces, ¿por qué se esconden en el interior de las casas como si lloviese?

—¿Quiénes?

—Ustedes, los nobles, no disfrutan del aire libre, del campo, de la naturaleza.

—No es mi ambiente —respondió y bajó el rostro recordando que desde que se había convertido en marqués tenía otros menesteres, debía dedicarse a cosas más importantes que pasear por el campo como hacía en el pasado cuando era un niño.

—Pues el mío sí, salgamos afuera.

—¿Ahora?

—Ajá —dijo—, o si lo prefiere esperamos a que llueva.

—Está bien.

—Las casas de la ciudad son pequeñas pero esta tiene un patio trasero en el que se cuela la luz del sol cuando sale.

La duquesa estaba poniéndose de los nervios, porque Juliet lo dificultaba todo. Con lo fácil que habría sido tomar el té de forma tranquila, y después dar paso a otra visita, y otra, y otra hasta completar toda una serie de citas y llegado el momento comprometerse…

Juliet tomó de la mano a Marcus, y en ese momento fue en el que ella se dio cuenta de que los sentimientos por él iban más allá de cualquier juego absurdo por conseguir un buen esposo, sentía cosas de verdad, y por ese motivo su corazón se aceleraba al tocarle, y su respiración era jadeante, y como no, sus pasos se volvían torpes y descuidados.

Atravesaron la cocina a toda prisa, guiados por la inquietud de ella, y en el escalón que separaba el pasillo estrecho con el patio, Juliet tropezó, y si no hubiera sido por que estaba todavía sujeta a la mano de Marcus Cavendish, habría aterrizado de bruces en el duro suelo, pero iluminado por el sol de la minúscula terraza.

Marcus tiró de ella con tanta fuerza al notar como caía, que el efecto que consiguió fue exagerado, y ambos cuerpos quedaron muy juntos.

—¿Esto ha sido una treta para que la salvase de un accidente? —le dijo él.

—¿Le hubiese gustado? —le sorprendió su respuesta.

—Me pareció que cuando levantó a usted del suelo en Hyde Park a la señorita De La Rua, no era una de esas mujeres a las que le gustan ser salvadas.

—No soy una mujer como cualquier otra que ya conozca.

—Es usted bastante incorregible.

—¿Le gusta?

—Señorita Juliet —entrecerró los ojos—, me recuerda a alguien.

Enseguida ella se retiró de su cuerpo nerviosa.

—¿A quien le recuerdo? —preguntó Juliet curiosa, dándose media vuelta y caminando hasta llegar en dos pasos hasta la pared más lejana del patio. Quedándose a espaldas a él.

—Cuando era niño jugaba junto a mi hermana y la hija de unos campesinos todos los veranos…

Juliet apretó los puños al recordar que sus posiciones sociales volvían a separarlos de nuevo. Y también apretó con fuerza los labios para no increparle después de escucharle hablar con cierta pedantería.

—¿Le recuerdo a una simple campesina? ¿De verdad es usted un caballero? —preguntó mirando todavía la pared.

—Disculpe si he dado a entender eso, es solo que, se llaman igual —dudó al decirlo.

—Pide demasiadas disculpas, quizá debería de pensar bien como actuar y elegir bien sus palabras para evitar después pedirlas.

Marcus ignoró las palabras de Juliet para no enredarse en discusiones, pues estaba claro que a él le gustaba la muchacha que tenía cerca, y no quería perder el tiempo.

—¿Asistirá mañana al baile que celebra el duque de Westbury? —preguntó interesado en su respuesta Marcus.

—Si yo pudiese elegir le adelanto que no.

El marqués había llegado hasta ella mientras Juliet aún miraba la pared.

—Entiendo por su respuesta que no va a poder negarse a asistir. Si es así, entonces me atrevo a pedirle un baile antes de que todos los hombres asistentes se me adelanten y llenen su carnet de baile.

—Le adelanto también que de tener que asistir, me niego a bailar.

Marcus apoyó su espalda sobre la pared y así pudo verle el rostro.

—Es usted preciosa. Espero no incomodarla con mis palabras.

—¿Sabe su madre que corteja a la protegida de la duquesa de Hastings? Lamento comunicarle que no poseo dote, ni tierras. Y me ha parecido escuchar que los Cavendish solo aceptarían a alguien igual de rica que ellos. Como le dije ayer, pierde el tiempo conmigo.

—Y yo me alegro de comunicarle, señorita Pennington, que no me importa si es usted una princesa o una mendiga.

Juliet le miró a los ojos, y volvió a recordar todas esas tardes en el campo jugando con su hermana y en las que Marcus no hacía otra cosa que molestarla. Había llegado el momento de hacerle pagar, aunque sus sentimientos fueran reales, pero ahora lo único que importaba era engañarle.

Marcus se acercó un poco más al cuerpo de Juliet, y colocando una de sus manos sobre el brazo de ella, y haciendo una caricia suave, después acercó su rostro al de la joven.

A Juliet había empezado a acelerársele de nuevo el corazón, su respiración ya no era controlable con la boca cerrada, así que tuvo que abrirla y dejar salir aquella especie de respiración en forma de jadeos, el fuego abrasador que en otras ocasiones había sentido, ahora lo notaba subir por sus pantorrillas, y cuando Marcus acercó sus labios a los de ella, emitió un jadeo que la hizo recuperar el control de todo al escucharse a sí misma.

—¿Es usted un caballero? —se apresuró a decirle.

—Mil disculpas —dijo de nuevo.

—Deje de hacerlo.

—¿El qué?

—Pedir disculpas por todo.

—Tiene razón, además no lo lamento —Le dio un beso en los labios—, no lo lamento en absoluto —le arremetió otro beso, y en esta ocasión hasta acarició sus labios con la lengua haciendo que la respiración de Juliet volviera a acelerarse.

—Deténgase, ni si quiera conozco a su familia —logró pronunciar ella.

—¿Quiere conocerla? —Sonrió.

—¡No!

—Eso es contradictorio, si nunca conoce a mi familia no podré pedir su mano.

—Esto va muy rápido. Es la primera vez que me visita, y ya quiere pedir mi mano. Tiene

que marcharse.

Juliet se había dado cuenta de que ya lo tenía en el saco. No había costado nada.

Capítulo 7

Abril de 1824

Casa del duque de Westbury

Westminster, Inglaterra

Después de que Juliet le contase a su tía lo que había ocurrido durante la visita del marqués, cayó en la terrible certeza de que Marcus Cavendish estaba jugando con ella, porque un caballero no besa a la señorita con la que desea comprometerse antes de hacerlo. Además, también tuvieron las dudas de que quizá él la había reconocido, pues mencionó que le recordaba a la hija de unos campesinos… Así es que durante el baile al que se dirigían en ese momento, tendría que despertar todo el interés en ella para averiguar cuales eran las verdaderas intenciones del marqués. Porque si lo que él buscaba era una relación clandestina, eso sería todo un escándalo, y los escándalos no solían terminar bien. Y raramente terminaban en matrimonios ventajosos para ellas.

A Juliet le dio un vuelco el corazón al ver entre la multitud a Violeta. Debía de asegurarse de que ella no la reconocía, y según la recordaba, Violeta era una niña muy despierta, claro, que le sacaba cuatro años, y cualquier joven mayor le hubiera parecido espabilada cuando ella era tan solo una niña.

—Podemos decir que te encuentras indispuesta —le susurró la duquesa.

—No podemos dejar pasar los días sin afianzarnos un compromiso —respondió Juliet convencida.

Por un momento pensó que Marcus era demasiado complicado de llevar a cabo, y que quizá poniendo el ojo en una pieza un poco menos… menos, cara, todo saldría mejor, así es que pensando en el bien mayor, cruzó la pista de baile y pasó justo por delante del anfitrión, quien conversaba animadamente con dos damas. Esperando levantar un interés rápido en él. Que no era otro que el duque de Westbury, aquel atrevido caballero que en las regatas del río Avon había tratado de presentarse.

—Su amabilidad es un regalo —pronunció el duque de Westbury justo cuando pasaba cerca.

Se tomó la libertad incluso de detenerle el paso tomándola por el guante, pues sus manos en esta ocasión estaban cubiertas.

Juliet se volvió con una sonrisa que no trató de ocultar, pues su tía le había dicho que el duque no era hombre de largas conversaciones, que duraba poco tiempo socializando con la gente, y que si los temas que se trataban no eran interesantes, se marchaba pronto a su descanso, sin importarle que él fuese el anfitrión.

Ella le dio las gracias con cierta modestia, aún sin saber el porqué de esa palabra, pero por supuesto, la amabilidad no era lo que la movía en absoluto. Y como no quería dar palos de ciego con el duque, no tuvo más opción que sacar a relucir el único tema que a ella no le interesaba ni un poco, pero a él sí.

—Parece que es usted un hombre muy inteligente. Se dice que se marchó a África hace tan solo dos años y que ha regresado doblando su fortuna. Pero, no me malinterprete, milord, no son sus riquezas lo que me entusiasma de usted, sino su valentía, su ambición, su fuerza, su coraje por marchar a un lugar desconocido sin saber lo que le espera… Tiene toda mi admiración —pronunció coqueta.

—Va a conseguir que me ruborice, pues viniendo de una señorita tan bella como es usted, lo único que puedo hacer es pedirle un baile para tenerla cerca durante algo más de tiempo.

Juliet inclinó su barbilla simulando vergüenza, y después volvió a hacer lo de las pestañas. Qué gran artimaña para andarse de cacería. Al final la señorita Amelia le había hecho un regalo aquella tarde increíble.

—Estaré encantada de bailar con el hombre más valiente de Londres. O quien sabe, quizá lo es del mundo entero.

En otro momento no se habría atrevido de decir aquello a nadie más, pero al duque de Westbury le encantaba que lo agasajaran con palabras bonitas hacia él.

—¿Y por qué esperar? La música ya suena —dijo él.

—Déjeme que beba algo de limonada para recuperar el aliento, he sentido tal extenuación al verle que es necesario hacerlo, y podremos bailar más tarde.

—Espero que no sea una despedida, señorita Pennington, porque pienso ir a buscarla.

Juliet regresó al lado de su tía y de su dama de compañía, y mientras hablaban cautelosamente de lo que había conseguido, alguien le colocó en la mano un pedazo pequeño de papel arrugado.

Todo había pasado muy rápido, así es que con la sorpresa de encontrar algo en el interior de su mano, y reaccionar tarde con la vista, no pudo saber de quien se trataba. Porque aunque ella se volvió buscando alguien que desencajase en la escena, no pudo dar con la persona.

Con cuidado de no levantar sospechas, abrió el papelito y pudo leer lo que había escrito en su interior.

Conozco tus intenciones, sé lo que pretendes.

Te espero en la biblioteca, no tardes y que nadie te siga.

Dio un respingo al terminar de leer, y de manera inmediata arrugó el papel hasta dejarlo reducido casi a la nada, y lo escondió entre la fruta que había sobre una de las mesas.

¿Quién había escrito aquella nota? Quizá la hija del capitán De La Rua, seguro que se había enfadado mucho después de dejarla en evidencia aquel día en Hyde Park delante de Marcus Cavendish, y ahora la estaba observando.

Eso era imposible, ella no había podido ver nada, pues no estaba en el baile, y en la única ocasión que se había visto con Marcus había sido en su casa. Así que desechó esa idea de que fuera Amelia.

Abrió mucho los ojos al pensar en el duque de Westbury, quizá él había descubierto que Juliet no tenía un penique y que lo que estaba intentando con él era un compromiso ventajoso. Sí, aquello tenía más sentido. El duque se había dado cuenta de que ella intentaba seducirlo.

Daba igual, porque fuera lo que fuese, no tenía otra opción que asistir a aquella cita en la biblioteca.

—Ahora regreso, debo ir al excusado —le dijo a la duquesa.

—Ninet te acompañará —respondió su tía.

—Es tu dama de compañía, no la mía.

Y con aquella frase, se alejó de su lado.

Mientras Juliet caminaba por la mansión, se inquietaba a cada paso, y cuando descubrió donde estaba la biblioteca, más todavía. Pues debía de subir las escaleras al piso de arriba. ¿Quién demonios hacía construir una biblioteca en la parte alta de la vivienda?

Después de hacer mil peripecias para no ser vista, logró acceder al piso alto sin que nadie la descubriese, y al abrir la puerta de la biblioteca, comprobó que nada de luz había en su interior. Las ventanas tenían las cortinas echadas, y ni un candil ni vela se hallaban encendidos.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—Cuide sus modales, señorita —pronunció una voz con tono afable.

—Me lo dice alguien que se esconde en la oscuridad, y que cita a una dama en un lugar alejado del tumulto al parecer intentando chantajearla…

—Si la hago alejarse de todos entonces será porque solo la deseo para mí.

Juliet tenía sus dudas, pues el silencio de la estancia entorpecía el reconocimiento de la voz misteriosa.

Hasta que las manos del caballero misterioso se colocaron justo a la altura de su cintura y

del sobresalto que Juliet dio, las cabezas de ambos chocaron.

—¡Maldición! —dijo con dolor la voz masculina.

—¿Está bien? —preguntó Juliet—, mi cabeza por lo visto es más dura que la suya.

—Eso es porque su cabeza ha golpeado mi nariz. Y una nariz no es tan dura como una cabeza.

Entonces una luz tenue proveniente de la llama de una vela iluminó el rostro de Marcus.

—¿Tú? —preguntó Juliet.

—¿Y si no era yo qué haces aquí? —respondió de mala gana Marcus.

—Creí que sería… —esperó unos segundos para pensar antes de continuar—, la señorita De La Rua.

—Pues siento desilusionarte —dijo Marcus, dejando caer su cuerpo sobre un sillón y apretándose la nariz para tratar de detener la hemorragia.

—¿Qué querías decirme con esa nota?

—Que me he dado cuenta de que tratas de ponerme celoso, porque no veo otro motivo por el que te acercarías a Archie Lawrence. Es un ser mezquino, que solo busca adulaciones. Bueno, y ese es el menor de tus problemas si sigues a su lado.

Juliet sonrió, y se acercó a Marcus para colocarle un pañuelo que ella llevaba consigo bajo su nariz.

—Deberíamos de salir de aquí antes de que nadie nos sorprenda.

—Sí, o habrá un escándalo —dijo él.

—Y nadie quiere un escándalo, ¿verdad? —continuó ella.

—No me importaría que me obligasen a casarme contigo.

De nuevo, Juliet sentía que Marcus Cavendish quería tratar de engañarla. ¿Por qué se mostraba tan interesado en ella de esa forma tan apresurada? Y lo que aún era más un sinsentido, ¿por qué siempre que se acercaba a ella era en la más pura intimidad?

Ambos regresaron de nuevo al gran salón donde la fiesta continuaba su rumbo. Y nada más poner un pie junto a su tía, lord Lawrence se acercó para sacarla a la pista.

—¿Dónde se había metido? Llevo un rato esperando por usted, espero que esté bien hidratada, pues me temo que le he pedido a los músicos que toquen sin descanso la misma sinfonía una y otra vez para hacer eterno nuestro momento.

No era tan incómodo estar acompañada del duque. Además tenía que ir acostumbrándose, porque acababa de decidir que iba a ser la esposa de Archie Lawrence, duque de Westbury. Era una estupidez dejar escapar aquel zorro y perder el tiempo con un conejillo. Por mucho interés que le despertase Marcus Cavendish.

—Estaré encantada de acompañarle mientras la música suene —dijo Juliet con una sonrisa impostada en su rostro.

Ambos salieron a la pista bajo la atención de los presentes. Al parecer el joven duque no había intentado cortejar a ninguna de las damas invitadas, y al verlo de repente en compañía de aquella joven con la que la mismísima reina se había quedado boquiabierta, todas las madres de hijas en edades casaderas entendieron que lord Lawrence ya había elegido.

—Y dígame, lord, ¿qué tipo de negocios dedica en su tiempo?

—No deseo aburrirle con mis idas y vueltas en barco.

—Le aseguro que lo que de verdad me aburre es no tener tema de conversación.

—No se inquiete, señorita Pennington, tengo cientos de conversaciones que mantener con usted, pero no sobre mis viajes, más bien me gustaría conocer si vivir en Londres le gusta, ¿o por el contrario desearía afincarse en el campo?

—¿Me está usted preguntando algo tan importante como mis gustos sobre la residencia habitual?

—Le estoy preguntando si desearía vivir conmigo en mi casa de Londres.

—¿Tal vez quiera pedir mi mano primero?

El duque negó con la cabeza.

Que descortés por su parte, pensó Juliet.

—Antes dígame si es una de esas mujeres que odia el bullicio y que desea dar largos paseos a pie por el campo con su esposo.

Así era. Juliet odiaba el tono gris con el que vestía la ciudad de Londres, y el ajetreo de sus calles, y el ruido ensordecedor de los cascos de los caballos, y de las ruedas de los carros sobre el adoquín. Y también el olor a humo, y la negrura que envolvía el ambiente. A ella le gustaba la hierba, y si estaba fresca mejor, también era una gran amante de los animales, así que sin duda elegiría mil veces el campo que la ciudad.

Pero, ¿podía decírselo al hombre que deseaba convertirla en su esposa? ¿Y que además parecía muy cómodo en aquella ciudad que ella repudiaba?

—Yo deseo ejercer de esposa obediente —se decidió a mentir.

El duque la miró con atención. Seguramente para averiguar si le engañaba.

—Bonita e inteligente —dijo al fin.

—Me ruboriza —dijo cubriéndose los ojos.

Aunque le hubiese gustado hacer un gesto menos decoroso, algo así como, simular una arcada.

Antes de que el baile terminase, y eso que llevaban ya más de siete minutos danzando sobre la pista, alguien chocó con ellos. Alguien no, fueron dos personas. Dos bailarines que al igual que ellos, disfrutaban de la agradable velada.

—Disculpe —dijo el caballero, y bastó con escuchar aquella palabra para identificar al dueño de la voz.

—No se preocupe, no ha sido nada —respondió el duque.

Enseguida la acompañante de Marcus Cavendish, que no era otra que su hermana Violeta, hizo el gran papel de su vida resultando muy sorprendida, demasiado, al ver al duque de Westbury.

—¿Es usted? Dios Santo. Qué alegría poder decirle cuanto le idolatro, es un verdadero valiente cruzando el mar en busca de expandir sus negocios. Pocos se han atrevido a hacerlo. Le admiro.

—Qué tan agradable forma de conocer a alguien —dijo él, dejándose encantar por Violeta.

—Creo que mi hermana es una gran admiradora del duque de Westbury, si no le importa podríamos dejarles un momento para que le diga lo feliz que se siente de haberle conocido —sugirió Marcus a Juliet.

—Espero que no le importe, querida, no siempre se encuentra uno con admiradoras tan agradables —dijo coqueto el duque.

—Teniendo en cuenta que la dama en cuestión ha venido a un baile celebrado por usted, no entiendo bien la sorpresa de encontrarse en su casa al propio anfitrión —dijo Juliet con cierto retintín.

El rostro de Juliet permaneció impasivo. Era toda una falta de respeto por parte del duque dejarla allí para conversar con otra dama. Y se alejó del gran salón con paso fulminante. Estaba tan agitada que no se había dado cuenta que al parecer allí en esa temporada no era la única que jugaba al juego de la caza.

El marqués de Salisbury siguió a la señorita Pennington por los escalones que llevaban hasta la entrada de aquella magnífica mansión.

—¿Ahora se siente atraída por el duque de Westbury? —dijo Marcus persiguiéndola por detrás.

—¿Atraída, piensa que me he podido sentir atraída por usted en algún momento también? Veo que sigue con el ego hinchado milord.

—¿No le atraigo?

—Nada.

—¿Y besa usted a alguien que no le gusta?

—¡Me besó usted!

—Está bien, pues volvamos a la conversación que nos ocupaba hace un segundo.

—De acuerdo. Solo bailábamos, ¿Dónde está escrito que si una dama baila con un caballero es que se siente atraída?

—Debería de alejarse de él.

—¿Porque usted lo diga?

—No le conoce.

—Tampoco él a mí. Además, para ser sinceros, tampoco le conozco a usted.

—Él es peligroso.

—¿Descuartiza mujeres?

—No es broma, ese hombre es peligroso, ¿cómo cree que ha conseguido gran parte de su riqueza?

—¿Y la de su familia? Cuénteme como ha adquirido su familia tanto poder.

Juliet además de querer sacar un matrimonio ventajoso, también intentaba descubrir quien era el buen hombre que había arruinado al duque de Hastings ganándole todo cuanto poseía. Su tía no quería decírselo, pero ella al final lo averiguaría. Y necesitaba conocer cada una de las fuentes de las riquezas de todos los nobles. Y sino de todos, al menos de los que tenía a mano.

Capítulo 8

Marzo de 1824

Casa del marqués de Salisbury

Bath, Inglaterra

Un mes antes de que diera comienzo la temporada.

Violeta golpeó la puerta con sus nudillos, no lo hizo demasiado fuerte porque de haber sido así se habría hecho daño, ya que ella era frágil, aunque cuando se trataba de oponerse a la opinión pública no era debilidad lo que aparentaba.

Su hermano andaba tan nervioso que se asustó al escuchar los golpes.

—¿Otra vez? Adelante —dijo Marcus.

—Necesito entenderlo, y no cesaré en mi empeño hasta que me lo expliques bien.

Violeta y Marcus acababan de llegar a Bath hacía solo un mes, justo dos meses antes de la temporada, y coincidiendo también después de que hubiesen pasado treinta días desde que el abogado de la familia leyese el testamento de su padre.

Todo había sido lo que esperaban. Un montón de tierras que acompañaban al título, muchas otras propiedades que su padre había comprado durante su marquesado, decenas de asignaciones a familiares, y muchas instrucciones todavía por revisar. Solo una verdaderamente importante y que debía de obedecer con impaciencia aquel mismo día, pero todo era un secreto, y solo su hijo Marcus sabría de él cuando llegase a Bath. Esas habían sido las palabras del abogado.

—El deseo de nuestro padre fue que nadie, salvo yo, conociese este secreto.

—¿Entiendes que cuando pronuncias la palabra secreto todo se vuelve más interesante aún?

—Puedo entender que seas una cotilla, pero yo no soy un chismoso.

—Al menos dime cuando regresaremos a Londres, estoy cansada de ser el motivo de los corrillos entre las mujeres.

—Cásate y dejarás de serlo.

—No pienso casarme, no tengo la paciencia de aguantar a un estúpido que cree que las mujeres solo existimos para darles hijos.

—Yo soy un hombre y no opino eso.

—Lo sé, pero no me casaré contigo —le dijo con gesto de decepción.

—Violeta, no insistas, no puedo contarte nada, solo te diré que no podemos marcharnos todavía a Londres. Debo encontrar esposa en esta temporada, y además tengo que encontrar a alguien, no podré elegirla.

—¿Padre te obliga a casarte con una dama? Jamás esperaría esto de nuestro padre, a mí ni tan siquiera me azuzó al matrimonio.

—Es algo más complicado que eso.

—¡Estamos en la ruina!

—Por favor, no grites. No estamos en la ruina. Poseemos más de lo que es nuestro.

—¿Cómo dices?

—Nada, no he dicho nada, y ahora haz el favor de no armar mucho revuelo entre la sociedad, la última vez que estuviste aquí fuiste un tanto rebelde.

—No creo que por contar a las jóvenes damas lo que les ocurriría después del matrimonio tengan que tacharme de rebelde, yo más bien diría —Violeta levantó su barbilla y echó los hombros atrás antes de continuar—, revolucionaria.

—Es lo mismo, y ahora déjame a solas.

Marcus esperó a que su hermana saliera de su despacho para abrir el cajón del secreter de su padre. Es ahí donde aguardaba la carta en la que le pedía que esa temporada debía de casarse con la muchachita que la duquesa de Hastings presentase en sociedad, fuese quien fuese, y le despertase o no deseos como hombre. El motivo venía más abajo, y enfureció al verse envuelto en aquel lío.

¿Por qué tenía que arreglar él nada ético?

Su padre había sido claro. Un Cavendish no se queda nunca nada que no es suyo.

¿Y por qué no se lo había devuelto él mismo? Se preguntaba Marcus.

Según la misiva, la duquesa había intentado de todas que sus posesiones regresaran a ella, incluso se había ofrecido como trabajadora a cambio de que una de las propiedades nunca fuese sustraída. La casa de campo en la que vivían su hermana y su familia. Pero su padre no había aceptado. Según él, la duquesa era una mujer con recursos, y durante los cuatro años y medio que estuvo tratando con ella, la vio capaz de mucho por no llegar a perder jamás el legado de su difunto esposo.

Marcus se quedó leyendo una y otra vez el final de aquella carta.

La duquesa ha protegido a una joven, a la que instruirá en el arte del engaño, no me

equivoco cuando digo que esta mujer es inteligente y la veo capaz de cualquier artimaña para conseguir lo que un día fue suyo. Estoy seguro de que si no quedaras avisado en esta carta, caerías como un corderito en su trampa, y quizá no debería de decírtelo, pero me temo que debo asegurarme de que sus planes salgan según lo previsto.

Cásate con la protegida de la duquesa de Hastings.

Puede parecerte contradictorio, pero aun así debes hacerlo o de ser de otra manera me ocuparé de que no heredes nada de lo que un día pudo ser tuyo.

Ellas jamás deben enterarse de que lo haces por interés, o por caridad, como desees verlo.

Aquella carta era tan complicada de obedecer…

A Marcus la joven le había causado interés, incluso mucho antes de averiguar que era la protegida de la duquesa, pero si se esforzaba en cortejarla sería porque sentía verdadero deseo de hacerlo, no porque su padre se lo pidiera. Y si lograba hacer que ella se enamorase de él, ¿qué ocurriría si llegara a enterarse de todo?

Marcus pensó que hubiera sido más fácil si la dama en cuestión hubiera resultado ser otra.

Capítulo 9

Abril de 1824

Casa del duque de Westbury

Westminster, Inglaterra



La fiesta en casa del duque de Westbury todavía no había llegado a su fin.

—No dejaré que se acerque a él, si es necesario acapararé todo su tiempo y de esa forma no le quedará ni un segundo al día para el duque.

—Es usted egoísta también, pensé que el egocentrismo era su único defecto —dijo Juliet.

—Cuando me conozca sabrá cuales son mis virtudes, y mis defectos apenas los verá.

Marcus dijo aquello como si diera la hora. No la miró, ni si quiera se atrevió a hacer sonar su voz divertida, y por eso fue por lo que Juliet sintió un cosquilleo en el vientre.

—Ya le dije en el pasado que no pierda el tiempo conmigo.

—Usted dice muchas cosas, pero ya he podido comprobar que no habla en serio.

—¿Cómo?

—Me dijo que aunque se viese obligada a asistir a la fiesta en Westbury Creek —señaló con ambas manos la fachada de la casa del duque—, no bailaría con nadie. ¿O solo dijo aquello para decirme que jamás bailaría conmigo?

Juliet se quedó mirando a los ojos de Marcus, eran tan bonitos, tan rasgados, tenía las pestañas tan largas… Estaba ensoñada.

Marcus chasqueó los dedos en su cara.

—¿Decía?

Lo había escuchado, pero no iba a responderle. Por supuesto que había dicho que no bailaría, pero tampoco pensó que el duque le pediría un baile. Y de repente recordó durante ese baile lo que había ocurrido.

—Creo que va a pedirme matrimonio.

—Rechácelo.

La tía Olivia Hastings apareció entre dos columnas apartadas de donde estaban ellos. Nada más verles torció el gesto y se puso a caminar de manera brusca a donde se encontraban.

—No sé cómo decirte que una señorita no puede permanecer a solas con un caballero, y menos aún escondidos en la noche.

—No nos escondíamos —respondió Juliet.

—Lady Hastings, concédame el honor de poder convertirme en el *esp*… —Juliet interrumpió lo que iba a decir.

—Es tarde, será mejor que nos marchemos, o mañana no tendremos fuerzas para el paseo

por Hyde Park —dijo ella.

Marcus sonrió, a pesar de que le había dejado con la palabra en la boca, y que lo que iba a decir era muy importante, pues le iba a pedir su mano, no pudo hacer otra cosa después de que Juliet le guiñase un ojo al iniciar el camino junto a su tía.

Además apropósito, o no, le había dicho que mañana estaría en Hyde Park, y no pensaba perdérselo.

La tía Olivia se contuvo de decirle nada mientras caminaban de regreso al coche de caballos, también se retuvo de hablarle mientras iban de regreso a casa, incluso lo hizo al bajar del carro, pero cuando cruzaron la puerta de su cálido hogar no pudo contener las ganas de gritarle.

—Debí haberme traído a tu hermana Cecilia, ella seguro que es más inteligente que tú mil veces.

—Cecilia solo tenía seis años cuando me elegiste.

—Y me apuesto el pescuezo que no hubiera perdido la ocasión que tú has tenido hace un rato de que tu mano fuese pedida.

La duquesa gritaba, lloraba, reía histérica.

—No creo que deba aceptarle, por eso es por lo que he evitado el momento.

—Pero, muchacha, ¿tú te has dado un golpe en la cabeza? Llamaré al médico.

—El duque también quiere casarse conmigo, y tengo que decidir qué futuro será más fácil para mí —le dijo sorprendiéndola.

La duquesa frenó en seco sus lamentos, y se sentó en una silla. Miraba a su sobrina, no apartaba la vista de ella.

Se conocía que el duque era poderoso, que hacía crecer fortuna con solo subirse a un barco, se desconocía qué era lo que exportaba. Seguramente brandy de contrabando, porque cuando no se conocía mucho sobre la fuente de dinero, se sospechaba del contrabando siempre.

Pero, era un buen hombre, seguro que cuidaría a su sobrina, no le faltaría de nada, aunque a ella no se le viera muy feliz a su lado, como ya había podido ver Olivia.

Luego estaba Marcus Cavendish, ese sí que era un hombre espectacular. Era terriblemente extraño que aún estuviera soltero, pero viniendo de esa familia, quizá el motivo estaba en que no encontraban esposa adecuada para él.

Olivia había podido observar a Juliet con Marcus, y casi todo el tiempo estaban sacándose de quicio el uno al otro, y eso le recordó a alguien.

No a ella, evidentemente, sino a su hermana, a la madre de Juliet. Quien desde que conoció a su esposo se pasaba los días enfurruñada con él. Era divertido verles pelear por todo. Se querían.

Olivia supo que lo que estaba creciendo entre esos dos jóvenes era algo muy bonito, pero que seguramente se vería estropeado por culpa de su difunto esposo, y menos mal que estaba muerto, porque si no ella misma lo habría matado con sus propias manos, y habría sido culpable de asesinato.

—Sabes que con cualquiera de ellos lograríamos salvarnos, pero a pesar de que la fortuna

del marqués de Salisbury es mayor que la del duque de Westbury, con lo rápido que este último hace crecer su dinero, creo que en menos de un año podría superarle.

La tía no quería oponerse al matrimonio con Marcus sin un motivo de peso, pues sabía que Juliet andaba detrás de conocer el nombre del que había desplumado a su familia.

—¿Crees que seré feliz con él?

—Serás feliz contigo misma. No esperes que un hombre te dé la felicidad —dijo muy seria.

—Pero, ¿qué hay de esas mariposas que se sienten en tu interior? O del corazón latiendo fuerte. De las sonrisas que a una se le escapan cuando le observa, o de todas esas fantasías que se repiten en tu cabeza al acostarte. De la falta de aliento cuando me roza la mano, o de sus miradas que parecen saber en lo que estoy pensando…

Olivia cerró los ojos.

Olivia suspiró con fuerza.

Olivia derramó una lágrima.

—Jamás sentí nada de lo que pronuncias, pero mi vello se ha erizado solo de pensarlo, así es que si alguna de ellas has sentido con uno de esos hombres, deberías ir por él.

Capítulo 10

Abril de 1824

Casa del marqués de Salisbury

Bath, Inglaterra

La marquesa de Salisbury acababa de llegar a Bath. No era habitual su presencia en lugares como aquel, sobre todo ahora que su esposo había fallecido, y que la temporada había comenzado. Ella prefería estar en Londres donde sus amigas más fieles la acompañaban en las tardes de té, o en el campo que era donde realmente descansaba, pero aquella era una urgencia.

Un marqués no se casa a diario, y habían llegado rumores a Londres que el recientemente nombrado marqués de Salisbury iba a pedir la mano de una joven en esta temporada.

Las puertas del hogar Cavendish se abrieron, y aunque el mayordomo intentó recoger su chal, sus guantes, e incluso hizo malabares para sostener el sombrero, la marquesa derrochando enfado, comenzó a gritar el nombre de su hijo.

—¿Madre? —dijo Marcus sorprendido al escucharla.

—No vas a casarte con cualquiera. No lo permitiré.

—También me alegro mucho de verte, madre.

—He venido para hacerme cargo de este problema, no permitiré que el marqués de Salisbury vaya en boca de toda la sociedad por elegir una muchachita de poca monta.

—¿Dónde está el problema?

—Eres ciego, hijo, están engañándote.

Debía ver en su propio hijo un simple y estúpido hombre, porque la marquesa iba muy en

serio con aquel papel de madre protectora.

—¿Y si fuera yo quien trata de engañarla?

—No eres ningún cretino.

—Me casaré con ella, puedes aceptarlo o puedes marcharte.

A Marcus le costó mucho pronunciar esas palabras, pues era su madre y conocía del dolor que estaba sintiendo en los últimos meses después de la muerte de su esposo, pero no dejaría que nadie eligiese por él. Porque aunque su padre ya lo había hecho antes de morir, a él no le había importado nada hacer un esfuerzo por casarse con ella.

Violeta bajó las escaleras cuando escuchó que los aires ya se habían calmado, y todavía con cautela, besó a su madre para saludarla.

Marcus miraba a su madre mientras abrazaba a su hermana. ¿Tan difícil hubiera sido que a él también lo hubiera besado al verlo?

Conocía que su madre se preocupaba siempre en exceso, y seguro que con aquel cotilleo que había llegado hasta sus oídos, pues la histeria se había adueñado de su alma.

Solo él conocía aquella orden, y solo era cosa suya llevarla a cabo. Así que no podía contarle a nadie la obligación impuesta por su padre. Y estaba claro que no podía negarse, porque aunque no fuese egoísta con él, tenía que pensar en su familia, ya que si él no heredaba, todo pasaría a manos del hospicio.

¡Qué gran lugar tendrían los niños huérfanos para vivir! Pensó Marcus levantando la vista a las paredes.

—Me marcho, pasearé por Hyde Park, hace una mañana fabulosa.

—Te acompañaré —dijo Violeta.

—No es necesario, sé cuánto odias estas cosas.

—Si es mi hermano el que busca esposa, es diferente.

La madre de ambos suspiró resignada.

—Esperad que me cambie, yo también iré.

¿Accedió? Los hermanos se miraban de manera sospechosa, porque ninguno se atrevía a decir nada.

—Sí, acepto que vayas a arruinar tu vida, así es que al menos deja que te acompañe en el camino al desastre.

Marcus y Violeta no escondieron sus risas, y su madre se marchó.

Mientras esperaban a que su madre bajase de su alcoba, Violeta insistía en lo poco que se conocía sobre Juliet Pennington. Y le dio a entender a su hermano que trataría de buscar información sobre la joven.

Marcus le prohibió que lo hiciera, qué más daba quien fuese, su padre le había obligado a casarse con ella. Así es que mejor no conocer feos secretos de haberlos.

Pero Violeta lo único que conocía del secreto que Marcus guardaba, era que su padre le obligaba a casarse con una joven. ¿El motivo? Ni la menor idea. ¿Y si se negaba? Tampoco conocía cual era la consecuencia de hacerlo.

Por más vueltas que le dio en la cabeza durante aquel rato que esperaban a su madre, sobre quien podía ser la elegida, no lograba adivinarlo. Hasta que de pronto, se le vino a la memoria la noche en el baile de lord Westbury, la muchacha con la que bailaba y por la que Marcus le obligó a embelesar al duque de aquella manera.

¿Quién era esa joven y preciosa dama? Estaba a punto de averiguarlo, se dijo para sus adentros.

La marquesa viuda de Salisbury estuvo preparada después de más de media hora, y cuando subieron al carruaje, intentó indagar sobre la procedencia de la afortunada.

—Madre, es una buena persona —dijo Marcus.

—El mundo está lleno de muchas así, además son nobles la tercera parte, y una pequeña de esa parte pertenecen a la buena sociedad. ¿No puedes elegir de ese círculo?

Marcus puso los ojos en blanco, y su hermana sacó un tema de conversación más ameno para él y que su madre recibió encantada.

—… No le recuerdo, pero estoy segura de que no es tan elegante como su padre, pero si bien es cierto que los ojos los heredó de su madre, o de su abuela, no lo recuerdo bien. ¿Posee tierras aquí en Londres el duque de Westbury?

—Madre solo te he hablado de él para que supieses que ha regresado y en esta temporada va a dar varios bailes en su casa.

—Qué menos. Es una de las mansiones más grandes de todo Westminster. —De nuevo la marquesa hacía referencia al poder y las posiciones.

Llevaban casi una hora dando paseos a pie por el parque, cuando a lo lejos apareció Juliet. Y la madre del marqués lo notó enseguida, porque silenció su voz y haciendo especial escrutinio apretó sus labios.

—¿Está aquí? —preguntó, y al ver que él no respondía, arremetió un codazo a su hija.

—Así es. Si no me equivoco, es aquella señorita que camina a paso acelerado.

—Sin modales, como me temía —susurró la marquesa.

Marcus se adelantó caminando de espaldas mientras le pedía a su hermana que le deseara suerte.

—Dios santo, ¿qué es lo que pretende hacer? —Se echó una mano al pecho la marquesa.

—Pedir su mano —respondió Violeta.

—Detenlo, no le dejes hacerlo.

Capítulo 11

Abril de 1824

Hyde Park

Westminster, Inglaterra



—Ya te ha visto, no es necesario que corras —le decía Olivia a su sobrina.

—Ni una palabra de lo que acaba de ocurrir. Te espero en el carro —respondió ella sin girarse.

Aquella mañana cuando despertaron nadie presagió lo que estaba a punto de acontecerles.

Juliet se había despertado con el rostro deshinchado, y seguro era porque no había dormido cuanto a penas. Aquello de decidir con quien casarse era más difícil de lo que parecía desde fuera. Creía sentir por Marcus Cavendish amor real, pero en ocasiones también pensaba que quizá la necesidad de un matrimonio con un rico le había llevado a sentir ese amor por él. Luego estaba el duque de Westbury, elegante, rico, muy rico, pero también maleducado, la había dejado plantada en mitad de la pista para recibir halagos de otra señorita.

¿Quién iba a imaginar lo que ocurriría en el paseo de la mañana? Absolutamente nadie.

El duque había aparecido frente a ellas. Llevaba con él un enorme ramo de flores, y nada más verla, hincó su rodilla sobre la hierba y le pidió su mano.

Juliet no se esperaba ni por un segundo que aquello pudiera ocurrirle a ella. Qué vergüenza, qué bochorno, qué clase de caballero hacía algo así.

—Responde, no querrás dejarlo ridiculizado ante todos —dijo la tía.

—Yo ya había elegido, y no era a él —susurró en su oído.

—Boberías, mírale.

Juliet lo había descartado justamente por escandaloso. Se había dado cuenta de que al duque le gustaba demasiado llamar la atención por allá por donde iba. Bueno por todos los lados menos lo que tuviese que ver con negocios, pues no había podido conocer nada de aquello.

—Lord Lawrence —pronunció sorprendida.

—Llámame Archie, Juliet —le pidió dulcemente.

—Esto, eh, esto no me lo esperaba.

—Sabía que se llevaría una sorpresa, soy magnifico sorprendiendo.

Otra vez estaba él, él y él.

—Sí, ya lo creo que lo es.

—Por si todavía no se ha dado cuenta, le estoy pidiendo matrimonio, ya sabe, ahora debe responder con un sí —dijo, y a Juliet todavía le pareció más ridículo de lo que ya le era antes.

—Me ha cogido de improvisto, eh, ¿no cree que deberíamos de hablar un poco más hasta llegar a este momento?

Juliet no quería darle una respuesta negativa, porque entonces todo aquel juego dependería de una mano, como si hablase de cartas, pero tampoco deseaba apostar su vida a una simple pareja, cuando ella había creído ver un repóquer sobre la mesa.

—¿Me está rechazando? —preguntó de forma imperceptible.

—¿Cómo sugiere eso? Mi sobrina está feliz de que le pida matrimonio.

—Debe ser ella quien lo diga.

—Sí, sí —pronunció sin energía.

—¿Lo ve? Lord Lawrence, está más que asombrada, casi no puede ni hablar. Será mejor que nos marchemos, mañana pueden celebrarlo.

—Sí, será mejor que se reponga de esta gran sorpresa, es entendible que cualquiera en su lugar se habría quedado paralizada como ha hecho ella. No todos los días un caballero como yo le pide matrimonio a una señorita como usted.

Enfureció al escucharlo. ¿Una señorita como ella?

Aquel hombre era más egocéntrico de lo que ella imaginaba. Y mal educado.

Juliet a paso apresurado comenzó a caminar en dirección al carro, que entre la furia, la impotencia y la culpabilidad, no veía más allá de los pocos pasos que tenía frente a ella.

Su tía la perseguía a paso rápido, pero no tanto como para alcanzarla. Y aunque Olivia ya la había avisado hacía seis pasos de que Marcus Cavendish iba a su encuentro, a Juliet poco le importaba ya lo que pasara en el día, pues todo se veía reducido a la pena que sentía.

Hubiera querido que nada más poner su trasero en el asiento del carro, el cochero hubiese salido de aquel lugar marcado por la tragedia, pero la tía Olivia aún parecía que le quedaban algunos minutos para llegar.

¿Qué lógica entonces tenía correr a esconderse si ahora tenía que esperarla?

—Buenos días, milady, de nuevo ha salido el sol en Londres, y me temo que es todo por su culpa. Desde que ha llegado a mi vida todos los días parecen buenos —dijo Marcus

desafortunadamente.

—¿Es usted siempre así?

—¿Cómo dice?

—Que si para saludar suele pronunciar un poema.

—Será que me inspira para hacerlo.

—Pues está muy feo por su parte hacerlo a una dama comprometida.

Marcus abrió mucho los ojos, y la sonrisa que dibujaban sus labios se vio fulminada de repente.

—¿Bromea?

—No me atrevería con algo tan serio.

—Pues espero que su vida sea todo lo feliz que lo sería junto a mí, porque no tenga usted duda de que iba a dejarme la piel en que lo fuese.

Se dio la vuelta, y con una corta inclinación saludó a la duquesa que acababa de llegar.

Fiel a su palabra y con el mayor de los ánimos posibles, Juliet se repetía en silencio que aquello era lo mejor para todos.

La tía repasaba una y otra vez como si se hubiera vuelto loca, todos esos libros que había colocado sobre el asiento justo a su lado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Juliet.

—No encuentro donde está el maldito libro que instruía en las cenas de compromiso.

Levantaba un libro, después otro, y otro…

—No creo que sea necesario, el duque no es más elegante que un asno.

—No digas esas cosas en voz alta, si te escuchase podría retirar su petición de matrimonio.

—No lo hará, no creo que haya nadie a parte de mí que desee casarse con ese nuevo rico.

—¿Desprecias el dinero porque es nuevo?

—No es el dinero lo que desprecio, es a él. Sé que no me dará el lugar que merezco a su lado.

—¿Ahora quieres que tu esposo pase tiempo contigo, que no te ignore, y que sea divertido?

—Ahora y siempre he querido tener un esposo que no me deje en mitad de un salón mientras bailamos para prestar atención a otra dama que pretende adularle aún más.

—Acostúmbrate.

—Lo haré. No tengas dudas.

Juliet sabía que aquel papel para el que había sido entrenada durante algo más de cuatro años, era ese, y que por mucho que hubiese soñado con casarse con un caballero noble guapo, elegante, educado, apuesto, inteligente, valiente, y que la respetase, al final su misión era una y por el bien común debía de completarla.

Solo le pidió una única cosa a su tía, y era que nadie la molestase en lo que quedaba de día. Necesitaba convencerse de que lo que hacía era la única salida que tenía.

Quería sacar su rabia por no haberle dicho que no al señor Lawrence.
Quería golpear el mullido colchón por ser una enamoradiza desde pequeña.
Queria gritar ahogando sus gritos con la almohada, pero sobre todo, quería llorar.

Capítulo 12

Abril de 1824

Propiedad de los duques de Hastings, según parecía por mucho tiempo

Westminster, Inglaterra



Sobre las ocho de la tarde, el mayordomo se encontró abriendo la puerta de la casa de la duquesa de Hastings. Se sorprendió sobremanera al encontrar allí, bajo los tres escalones que separaban la entrada de la calle, al señor Lawrence, y aunque tenía petición expresa de no recibir visitas en el día, terminó acompañando al duque a la sala de costura donde se encontraba lady Hastings.

Lo tenía tan pegado a él que mientras se acercaba a la habitación procedió a anunciar la visita.

—Creí que te había dicho que no recibiríamos visitas hoy —pronunció la duquesa con incredulidad.

—No soy una simple visita, deberían de habérselo hecho saber a la servidumbre.

Leonard carraspeó al escuchar de qué formas se dirigía el duque al servicio.

La duquesa con un ligero movimiento de mano le pidió que se retirase.

—Creí que serían algo más de las ocho —dijo, y emitió un bostezo.

—Es posible que incluso el reloj roce las nueve.

Olivia pudo ver en ese comentario que poco decoro iba a encontrar en sus palabras.

—Imagino que ya habrá cenado, si pudiera ofrecerle algo —le dijo mientras se dirigía al mueble de licores.

—Un *whisky* estaría bien.

La duquesa, acostumbrada a tomar un vaso todas las noches para poder conciliar el sueño, pensó que aquella ocasión bien merecía que fuese doble.

—Aquí tiene. —Le entregó el vaso con el licor ámbar en su interior.

—Muy amable —respondió él, dando un corto sorbo y sin dejar de observarla desde el borde de su vaso.

—Dejemos los rodeos para otro momento, aún no me ha pedido que haga bajar a Juliet, eso quiere decir que es conmigo con quien desea hablar.

—Muy inteligente la veo como para esperar que su plan saliera bien a la primera, lady Hastings. ¿O quizá debería llamarla arruinada Hastings?

La soberbia del duque le hizo apretar los labios, pero prefirió dar un largo sorbo de licor en lugar de responderle precipitadamente.

—¿De qué plan me habla? —No iba a ser ella la que le diera datos si había sido él quien se había presentado en su casa con, a saber qué información.

—Está usted en la miseria. Ha utilizado a su sobrina para recuperarlo todo. Y aunque no conozco del todo los entresijos de su malévolo plan, entiendo que necesita del dinero de un buen rico para pagar sus deudas.

—Veo que está muy bien informado.

—¿No va a negarlo? —Se horrorizó.

—¿Para qué?

—Para no quedar en evidencia.

—Mi familia necesita continuar viviendo, comiendo, vistiéndose, necesitan de un lugar donde hacerlo, como por ejemplo su casa, y si yo puedo —negó con el dedo de forma rápida—, disculpe, si mi sobrina puede evitar que todos terminen durmiendo en la calle, no veo donde está el problema.

—Es usted muy atrevida descubriendo su intención conmigo.

—¿Dónde está el problema? —La duquesa repitió, y caminó hasta quedarse cerca del duque.

—Como yo lo veo, ahora mismo podría retirar mi petición.

—No lo hará.

—¿Se atreve a retarme? —alzó la voz.

—No se irrite, milord —pronunció con una sonrisa—, no le conviene que todos conozcan sus misterios en África.

El duque entrecerró los ojos.

—Tengo intención de cumplir con mi parte, no tiene de qué preocuparse, su sobrina recibirá una gran suma de dinero para que puedan pagar sus deudas, pero hay algo que me preocupa.

—Solo mi dama de compañía y yo estamos al tanto de sus negocios, y no dirá nada, puede estar tranquilo.

—Ya, bueno. Permítame que yo no esté tan convencido de eso.

—Debería.

—Lamento lo que voy a decirle pero, no puedo casarme con su familia.

—Es usted muy estúpido si piensa que se casará con toda mi familia, solo lo hará con mi sobrina.

—Tampoco. Estar ligado a usted me crea inseguridad. La única forma de arreglar esto que veo es que se rompa nuestro compromiso de manera inmediata. Así me protejo yo, si usted se atreviese a levantar chismes sobre mí, siempre podría decir que lo hace por que dejé a su sobrina.

La duquesa sacudió la cabeza.

—Necesitamos su dinero, no intentaré convencerle de otra forma.

—Se lo entregaré, el dinero no me preocupa, de forma rápida volveré a reponerme. No tengo preocupaciones en cuanto a eso.

La duquesa apretó los labios con fuerza debido a la rabia de escuchar lo que dijo.

—Es usted un ser malvado, pero tengo claro que ya lo sabe. Acepto, con una condición.

—Es más de lo que nadie haría para que guarde silencio.

—Solo enseñe a Juliet a cómo comportarse con la buena sociedad.

—Yo la he visto bastante resuelta sin tener un maestro.

—Lo necesita. Y ahora más que no será usted al que deba impresionar. Lamento decírselo, pero es usted, cómo decirle para no herirle —pensó por un momento—, poco exigente.

—No puedo quedarme el resto de la temporada, solo tenía previsto estar poco más de un mes en Londres.

—Será suficiente —les sorprendió la voz de Juliet.

Capítulo 13

Abril de 1824

Propiedad de los duques de Hastings, según parecía por mucho tiempo

Westminster, Inglaterra

El duque abandonó la casa de los Hastings después de intercambiar decenas de preguntas con lady Pennington. Las fuertes voces a horas tan altas de la noche la habían obligado a salir de la cama. Y a pesar de que su cuerpo estaba cubierto por un camisón, y que aquello no era muy elegante a la hora de presentarse frente a la visita, como era su prometido el que estaba en el salón de costura, no le importó la forma en la que iba vestida.

—Estarás contenta —dijo su tía.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Fue él quien vino a retirar su petición, al parecer alguien le ha informado de nuestra situación.

—¿Quién más lo sabe?

—No puedo conocer a cuantas personas se lo contó el desgraciado que arruinó al duque de Hastings. Desde luego mi esposo jamás mencionó nada sobre el asunto, pero quien sabe si algún compañero de juego sabía del tema.

—¿Crees que cumplirá con su palabra?

—Ya le has escuchado. Solo nos dará el dinero si consigues un esposo antes de un mes.

—Será complicado, sobre todo ahora que Marcus Cavendish sabe de mi compromiso.

—Mañana mismo haré correr el rumor que el mismo duque se ha echado atrás.

—Será un escándalo. Espero que nadie piense que mi reputación es el motivo de este compromiso fallido

—Yo me las ingeniaré para que nadie piense eso.

A la mañana siguiente, la duquesa de Hastings y lady Pennington, acompañadas de la dama de compañía de la duquesa, Ninet, se presentaron sin previo aviso en el hogar del duque de Westbury.

El mayordomo del duque, trató de hacerlas esperar en la entrada, pero la duquesa había podido comprobar que al hombre al que habían ido a visitar no era de los que solían obedecer protocolos.

El mayordomo anunció a la duquesa de Hastings, Olivia Hastings y a lady Pennington con cierto malhumor en su tono.

El duque al verlas allí sonrió, no podía ser de otro modo, aquello le resultaba gracioso.

—¿Y bien? ¿Qué puede ser tan importante como para saltarme el desayuno? —dijo Archie.

—Me dio su palabra de que me enseñaría como actuar en cada momento.

—Oh, sí, claro —pronunció mientras rebuscaba algo por debajo de los cojines de las butacas—, aquí está.

Sacó un libro muy grueso, y se lo entregó en las manos a Juliet.

—¿Qué es esto? —dijo exhausta.

—¿Sabe leer? Pues lea —la animó a hacerlo.

—Comportamientos dignos —leyó en voz alta y clara.

—Ahí lo tiene, todo lo que desea saber sobre como convertirse en una dama.

—¡Usted es que se ha dado un golpe en la cabeza! ¿Cómo pretende que lea, estudie, memorice, y practique todo esto en tan poco tiempo?

—Lo rápido que lea usted es su problema.

—Me temo que no —interrumpió la duquesa.

—Veamos, señora, señorita —se acercó a ellas—, yo no soy una mujer, y jamás me he inclinado ante un noble como ellas lo hacen.

—Pero estoy segura de que lo ha visto hacer centenas de veces, y puede hacerme un ejemplo para que yo lo repita. Y necesito conocer también como se saluda a un conde, y si el mismo saludo sirve para una marquesa —eso último lo dijo pensando en la madre de Marcus Cavendish.

—¡Claro que no! Es evidente que la reverencia debe de ser corta, pero no la misma para toda la nobleza. Está usted muy poco instruida para ser la sobrina de una duquesa. —Miró a Olivia.

—Nunca me preocupé por esas necedades, mi marido el duque frecuentaba lugares en los que yo no era bien recibida, no asistí a demasiados encuentros con la buena sociedad.

—Está bien, le enseñaré todo lo que conozco, pero será en secreto, nadie debe de saber que es usted mi aprendiz de cazafortunas, o no seré bien visto entre los caballeros.

—No se preocupe, a partir de mañana entraré por la puerta de atrás, y vendré sola —dijo Juliet.

—Ni se le ocurra. Debe saber que una dama soltera nunca debe visitar a un caballero soltero, acompañada o no de doncella, eso sería un escándalo.

Juliet abrió mucho los ojos, aquellos escasos minutos junto al duque estaban siendo de lo más enriquecedores para ella.

—No veo motivo de escándalo, pero estará bien, nuestras reuniones serán entonces en la casa de mi tía. Que si lo piensa bien, yo no puedo visitar a un hombre soltero, pero un soltero si puede visitar a una mujer soltera. Me dará la razón de que es un sinsentido todo esto.

—Lo que no tiene sentido ahora mismo es que no esté desayunando, así es que si son tan amables. —Hizo un ademán para señalar la puerta.

—Una última cosa, asistirá al baile de los Hopkins imagino, ¿puede hacerme el favor de saludarme con elegancia?

—Creo que podré hacerlo.

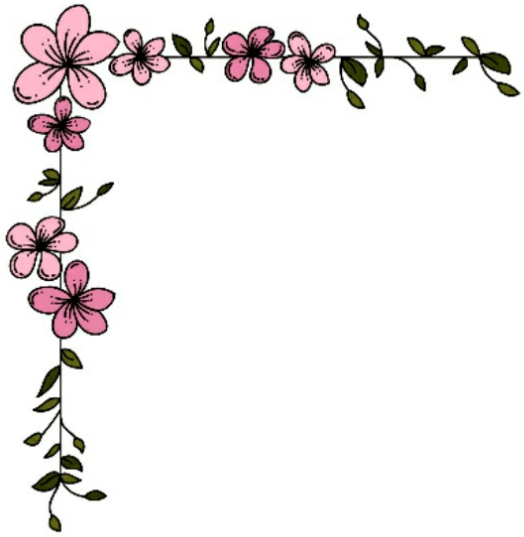
—No se lo tome a mal, pero creo que su ego le haría cometer la estupidez de mirarme por encima de su hombro para quedar por arriba de mí. Y yo le prometo que a quien me pregunte por nuestra ruptura, le diré que nuestras cualidades eran incompatibles.

El duque esbozó una sonrisa.

—Al final va a resultar que usted es una mujer fascinante, y que voy a arrepentirme de haberla dejado escapar.

—Que su ego no le confunda, no me dejó escapar, me rechazó. Es aún peor.

Juliet dio media vuelta y agarrándose al brazo de su tía salieron de allí.




Capítulo 14

Abril de 1824
Baile en Rover Creek ofrecido por los Hopkins
Kent, Inglaterra

La casa en el campo de los Hopkins era de las más bonitas que Juliet había visto en mucho tiempo, siempre que ignorara el recuerdo de la enorme y preciosa casa de los Cavendish, porque aquella granja adosada a la casa de los marqueses era sin duda la mejor casa para vivir. Aunque a la dueña le resultase espantoso que un gallo la despertase en la mañana o que debido a como soplara el viento, terminase la tarde con olor a estiércol en su alcoba.

—Despierta, hemos venido a trabajar —la sacó de las nubes su tía.

—No vuelvas a decir eso, aunque sea cierto, deja que crea que por casualidad en unas semanas habré encontrado a alguien con quien casarme.

—Como tú quieras pensarlo, pero, el resultado es el mismo.

Al acceder a la propiedad y dejar a sus espaldas el enrejado, pudo ver a través de la ventana del carro a Archie Lawrence, el que se suponía que había sido su prometido, aunque aquello hubiese durado menos de veinticuatro horas. Tenía que recordar que aquel hombre no era su amigo el que le estaba enseñando los más puros secretos sobre comportamientos en la buena sociedad, sino, un hombre que recientemente había decidido anular el compromiso por falta de compatibilidad con ella. Así es que el saludo debía ser el correcto.

Al bajar del carro, ningún otro rostro conocido pudo descubrir, y sin darse cuenta chasqueó sus dedos con fuerza debido a la rabia.

—¿Nadie a quien hincarle el diente?

Aquella voz era tan estridente como reconocible.

—Estoy segura de que si lo hubiera sería usted la que clavaría sus colmillos en el cuello del caballero —respondió echando la cabeza sutilmente hacia atrás.

Amelia De La Rua, soltó un bufido y después la adelantó en el paso para dejarla la última.

Para consternación de Juliet se dio cuenta de que ella y su tía serían la tónica de todas las presentaciones.

¡Menos mal que había sido justamente eso lo que el señor Lawrence le había enseñado!

Se comportó en todo momento como si viniese de una buena familia, pero la sociedad era un círculo muy pequeño, y si señalábamos a la buena de esa sociedad, el círculo se reducía aún más.

Por más intentos que hizo Juliet para despistar sobre sus orígenes, pues nadie debía de relacionarla con la familia del duque de Hastings, que en realidad no tenían nada que ver salvo porque ese señor se había casado con la hermana de su madre, las miradas de desaprobación al comprobar que en todo el suroeste de Londres no habían conseguido ubicarlas, iban en aumento.

Su salvación, llegó en forma de maestro.

Todos estaban tan pendientes de lo que el duque de Westbury podía decir en cualquier momento, que Juliet se sintió tranquila al verle aparecer cerca de ella.

El duque la saludó con una corta inclinación de cabeza, después la felicitó por el buen gusto a la hora de elegir su vestido, y hasta incluso haciendo uso de su lado más pícaro, le guiñó un ojo.

La cena se anunció pronto. Y menos mal que así fue, porque Juliet no sabía como ignorar todas esas preguntas que el señor Hopkins, el anfitrión, le hacía para ubicarla cerca de alguno de sus conocidos. Pues supuestamente, la sociedad debe de conocerse toda, y si no es así, al menos estar cerca de alguien a quien conozcas.

Menuda suerte había tenido, acababan de sentarse a la mesa, y los lugares estaban todos reservados con sus nombres frente a las sillas. Además, a su izquierda no se sentaba nadie, la silla estaba vacía, y en un intento por descubrir quien había fallado en la cena, se inclinó hacia un lado para leer el nombre, y resbaló de su silla cayéndose al suelo.

Al menos, con la caída, el cartón que tenía el nombre del invitado escrito, también se había caído al suelo con ella, así es que lo agarró, le dio la vuelta, y todavía estando sobre la alfombra del salón, leyó el nombre, y del susto se golpeó la cabeza con la mesa.

—¡Marqués de Salisbury! —gritó la última palabra.

—Presente —escuchó como respuesta.

Juliet levantó la mirada siguiendo los zapatos que tenía frente a ella, y recorriendo las piernas hasta llegar a su rostro allí estaba él, Marcus Cavendish.

—¿Necesita ayuda, o tomará la sopa sobre el suelo? —preguntó divertido.

—No le importa —respondió enfadada.

A él era a la única persona que esperaba no encontrarse allí. ¿Cómo se suponía que iba a encontrar un marido en su presencia? Que a Juliet le hubiera gustado que fuese él el interesado, pero después del momento tan incómodo en Hyde Park hacía días, ella ya imaginaba que eso no podía ser.

—A decir verdad, sí me importa. Está usted ocupando parte de mi sitio.

—Disculpe, no era mi intención —ella se levantó con apremio.

—No se disculpe, no creo que se haya caído apropósito.

—¿No debería de ser yo la que le diga a usted que deje de disculparse?

—Ya no lo hago, no me fue bien en el pasado.

—Vaya.

—Sí, vaya. Y ahora —Le retiró la silla para que ocupara su sitio a la mesa—, dígame, señorita Pennington. ¿Con quien quiere casarse ahora? —preguntó Marcus confundiéndola.

—Qué rápido corren las noticias.

—Mucho. Pero, no me negará que no es ningún secreto lo suyo.

—¿Y puede saberse qué es lo que se dice sobre mí?

—Unas lenguas dicen que no comparten intereses suficientes como para el matrimonio, otras hablan de que está usted sin blanca y el duque no quiere compartir sus riquezas con nadie, y después está lo otro, pero eso solo se lo he escuchado a dos personas.

—Adelante —le susurró.

—Parece ser que el duque ha sido chantajeado para que se retire —se puso una mano sobre su boca para que nadie pudiera leer sus labios—, chantajeado por otro hombre.

—Cuantas estupideces se dicen cuando uno no sabe en lo que ocupar su tiempo. Le sugiero

que ocupe su tiempo en realizar tareas más propias de un marqués.

—En ello ando —dijo Marcus y se retiró de la mesa.

Marcus Cavendish era un hombre muy apuesto. Era marqués, era joven, y también un hombre conocido por su caballerosidad, así que no le costaría nada encontrar esposa, pensó Juliet.

Al terminar la cena, pronto se anunció que daría comienzo el baile en el gran salón dorado.

La tía de Juliet se acercó a ella y le pidió que la acompañase. De forma discreta se adentraron en una habitación destinada a las reuniones de caballeros, y allí esperaba lord Lawrence pacientemente con una copa de algún licor amarillento en su interior.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Juliet.

—Me necesita más de lo que imagina —respondió él.

Juliet miró a su tía con cierto reparo.

—No me fío de él. Si alguien nos encontrase aquí…

—No tiene de qué preocuparse, su tía está con usted, ella la salva de su temor.

Juliet no comprendía bien esas estúpidas normas morales de la buena sociedad, pero asintió y esperó a que le aclarasen el motivo de su escondite.

—He recordado que en el baile celebrado en mi hogar, usted bailó conmigo, y para no mentirle lo hizo de pena.

Juliet abrió mucho los ojos.

—¿Por qué no me lo dijo entonces? —le increpó.

—No soy tan irrespetuoso como cree que soy —se defendió él.

—Dígale qué tiene que hacer —le ordenó la duquesa.

—Negarse, por supuesto.

—Parecerá que no desea bailar con nadie —respondió la duquesa.

—Es preferible eso a que se den cuenta de que no conoce las danzas habituales.

—¿Y cuales son? —insistió Juliet.

—No es momento. Usted finja una torcedura, permanezca sentada todo el tiempo, y ya nos ocuparemos de los bailes en otro momento.

—Me parece lo más adecuado.

Cuando la conversación quedó clara, tía y sobrina desaparecieron de la habitación con cuidado de nos ser vistas y haciendo entrada al salón dorado, que era realmente fascinante con todos esos grabados intrincados en sus paredes, llegó el momento de sufrir una torcedura de tobillo al más estilo Amelia De La Rua.

Se aseguró bien de hacerlo cuando la mayor parte de los invitados la miraban. De esa manera, poco más tendría que añadir cuando intentasen sacarla a bailar.

¿Y quién apareció frente a ella para levantarla del suelo? Sí, ella, la joven Amelia, haciendo un intento de devolverle la jugada.

—Qué torpeza la suya, lady Pennington. ¿Con qué piedra invisible ha tropezado? —pronunció desde arriba.

—Cree el ladrón que todos son de su misma condición —le respondió Juliet.

La señorita Amelia se alejó, no antes sin dedicarle unas palabras inapropiadas para Juliet.

—Es usted toda una farsante —dijo encolerizada.

A Juliet le dio la risa, no pudo evitarlo a pesar de que supuestamente, le dolía mucho el tobillo.

Pero de repente alguien apareció cerca. Alguien a quien todavía no había tenido el honor de conocer. La marquesa de Salisbury, la madre de Marcus Cavendish.

—Ayuden a la joven muchacha, por Dios, lleva casi dos minutos en el suelo. ¿Acaso se han perdido los modales en Londres? —refunfuñaba lady Cavendish.

La tía de Juliet miró a su sobrina de forma aterrorizada. Intentaba decirle algo a través de sus ojos, pero se puso tan nerviosa que solo abrió mucho los ojos y arrugó su nariz. Vamos, nada práctico a la hora de comunicaciones no verbales.

—Marcus, hijo, ayuda a esta dama —pronunció ella.

Juliet palideció al instante de escuchar el nombre de Marcus salir de su boca. Aquella mujer sin pelos en la lengua, ¿era la madre de Marcus? Como había envejecido en aquellos años que no la veía. Aunque tampoco es que la viera muy a menudo antes, pues solo una vez bastó para odiarla con todas sus fuerzas.

Juliet escondía su rostro simulando más dolor de tobillo del creíble.

—Parece que se ha roto el pie —dijo Marcus acercándose.

—No lo creo —respondió.

—¿Es usted médico?

—Me rompí hace unos años un brazo, y eso duele mucho más que esto —respondió.

—Con que un brazo roto… —repitió Marcus.

Juliet sintió un extraño escalofrío recorrer su cuerpo. ¿Y si con aquel dato había podido descubrir quién era?

—¿Nunca se ha roto nada?

—Jamás.

—Eso es porque no se ha divertido en su infancia.

Volvió a hacerlo. ¿Por qué hablaba de la infancia de nadie?

—Haz el favor de ayudarla a sentarse en una silla, ¿qué modales te enseñaron en Eton?

Juliet se quedó pensando en la suerte que había tenido Marcus por poder asistir a Eton, y seguramente después a Cambridge o incluso a Oxford. Ojalá su hermano pudiera correr con la misma suerte. Y aferrándose a ese deseo, volvió a centrarse de nuevo en la misión que le ocupaba la temporada.

—¿Me permite? —dijo Marcus, y la levantó del suelo en brazos.

Ella se sujetó de él pasando su brazo por detrás de su cuello, y colocó su mano sobre su hombro. El marqués era un hombre fuerte, más que Archie Lawrence quien había podido comprobar mientras bailaban en su fiesta el día anterior que sus brazos parecían palillos, no como los del hombre que la llevaba ahora en sus brazos, y al parecer sin ningún esfuerzo.

La depositó con cuidado en una silla, y a gritos pidió de un doctor en la sala.

Alguien levantó la mano tímidamente a lo lejos, y se abrió un pasillo entre la gente para que se acercase hasta ellos.

—¿Puede comprobar si se ha roto algún hueso? —le preguntó Marcus remangando sus puños.

—Termino de regresar de Edimburgo, *es-esta* sería mi primera paciente de verdad —dijo tartamudeando el joven.

Juliet se puso nerviosa, por si ese doctor aunque novato, se daba cuenta de su invención. Así es que se encomendó al señor, y levantó su vestido y sus enaguas tan solo hasta por debajo de la rodilla. Y se dedicó a quejarse todo el rato, le palpase por el interior, por el exterior, o incluso le tocara el dedo del pie.

Era evidente que la habían instruido muy bien para cazar un esposo, pero a la hora de mentir a la cara, estaba perdida.

—No se ha roto nada —aseguró el joven médico.

—¿Lo ve? Se lo dije. Solo es una simple torcedura de tobillo —le dijo Juliet a Marcus.

—Coloque frío durante un par de días y estará como antes —añadió el médico.

—Gracias por su atención, venga a vernos pronto, estará invitado a una taza de té con pastas —le dijo la duquesa en agradecimiento.

—Encantado estaré de visitarlas, mi nombre es Philip Montagut, baronet de Nova Scotia. —Y con una inclinación a ambas se retiró.

Juliet sonrió a Philip, sobre todo en agradecimiento por sus servicios, pero también y porqué no, por asegurarse un nuevo pretendiente. Pues el duque de Westbury había sido muy claro, pagaría sus deudas siempre y cuando ella se comprometiese con un hombre.

—No se preocupe por ella, lord Montagut, yo me encargaré de que lady Pennington llegue a su casa como es debido —dijo con tono afable Marcus.

El joven médico, aunque todavía inexperto tanto en medicina, como en el cortejo hacia una dama, aceptó, pero enfureció de inmediato por las palabras de Marcus. Estaba claro que lo había tratado como si no importase su presencia.

Capítulo 15

Abril de 1824

Propiedad de los duques de Hastings, según parecía por mucho tiempo, o no…

Westminster, Inglaterra

Juliet había conseguido salir airosa de su puesta en escena en la buena sociedad, ahora de nuevo como una dama sin compromiso alguno.

La duquesa de Hastings continuaba esforzándose por aparentar, y ahora la ocasión lo requería más que nunca, pues daba una fiesta en su cálido hogar.

La casa de los Hastings brillaba como nunca lo había hecho.

Juliet se mostraba nerviosa, y se movía por la sala que ocupaba una altura privilegiada en la casa y desde donde podía observar a todo el que se acercaba.

Se asomó por la ventana para observar el espectáculo en la puerta, pues muchas damas, demasiadas para su gusto, se acumulaban en la entrada.

Si por ella fuese, lo único que dejaría entrar serían caballeros, pero estaba segura de que eso sería tachado de incorrecto en aquella sociedad.

Con lo fácil que sería que todos los pretendientes se mostrasen ante la dama y que ella pudiese elegir a dedo.

La puerta de la habitación se abrió y la doncella asomó su cabeza con timidez.

—¿Está usted lista?

—Más que preparada, voy enseguida.

Juliet tomó aire hasta en tres ocasiones para calmar su pulso y se decidió a salir.

Cuando puso un pie sobre el último recorrido de escaleras un silencio imperó en la estancia

y todas las miradas se posaron en ella.

Realmente estaba preciosa. Su vestido, aunque no tan pretencioso como muchos de los que algunas señoritas vestían en la noche, estilizaba su figura, además de no ser demasiado recargado ni chillón como otros. Sus cabellos solo semi recogidos por una trenza a un lado de su cabeza, y su rostro luciendo un maquillaje ligero, hacía resaltar sus ojos claros siendo innecesarios los cumplidos.

El día anterior ya lo habían pasado entero practicando el vals y otro de los bailes propios de estas fiestas, y aunque le seguía pareciendo un derroche de energía terrible, estaba dispuesta a bailar al menos dos veces. Esos sí, el caballero con el que lo hiciera debía de ser como mínimo un poco inteligente, así que descartó a los hermanos Wimpole.

Para sorpresa de Juliet, el señor Lawrence no había llegado todavía, y si tardaba más de diez minutos, la sorpresa se podía convertir en furia. Se sentía segura teniéndolo cerca.

—¿Busca a alguien? —Apareció a sus espaldas Marcus.

—¿De verdad no tiene otra cosa que hacer que incomodarme con preguntas que sabe que no responderé? Además, no recuerdo haberle invitado. —Juliet se volvió y entrecerró los ojos.

—No lo hizo. Vine por mi propia iniciativa.

—Oh, qué atrevimiento.

—Supuse que se le habría olvidado invitar al marqués de Salisbury, si no a usted, a su tía, ella tenía mucha relación con mi padre.

—¿Dice que su padre y mi tía tenían buena relación? —Juliet levantó una ceja.

—No dije eso.

—Sí que lo dijo.

—Dije: relación. Ustedes las mujeres siempre tergiversan las cosas.

¿Relación con el marqués? Pensó.

Aquello empezaba a interesarle. Así que no se separaría tan rápido.

—Pasaré por alto que me llame lianta.

—No lo he hecho.

—¿Piensa sacarme a bailar? O quizá prefiere seguir discutiendo conmigo…

—No sé si se encuentra recuperada de su tobillo.

—¿Desea comprobarlo por usted mismo, o prefiere que baile con otro y lo vea desde lejos?

Entonces Marcus le tendió la mano con una inclinación de cabeza irónica.

—¿Me permite este baile?

—Estaré encantada. —Continuaba mirando a todas partes.

—Estoy convencido de que las mujeres pueden hacer más de una cosa a la vez. Como bailar conmigo y comprobar si está en la sala el señor Lawrence, pero disfrutaría más si se centrase solo en una de ellas.

—¿Cómo sabe que le busco a él?

—Por mi experiencia sé que cuando un hombre rechaza a una mujer, ella se vuelve obsesionada con él.

—¡No estoy obsesionada!

—Pues deje de buscarle, no vendrá.

—¿Y eso lo sabes por…?

—Porque yo mismo le pedí que no lo hiciera.

—¿Quién te has creído?

—Me está tuteando, quizá esa pregunta debería hacerla yo.

—El duque de Westbury es mi amigo.

—Debería de conocer bien a sus amigos antes de llamarles así.

—Me tienes harta, o te disculpas por todo o te crees con autoridad suficiente para hacer cualquier cosa.

—Si me creyese eso ahora mismo la estaría besando.

A Juliet comenzó a subirle un fuego de nuevo por todo su cuerpo, un ardor difícil de controlar. Además estaba allí frente a todas esas personas que no conocía prácticamente de nada.

Gracias a Dios la música sonaba de fondo, y el baile en esta ocasión de la misma manera que los unía, después al siguiente compás los separaba de nuevo.

—¿Y dígame, ya ha encontrado a su futuro esposo? —le preguntó cuando se acercaron.

—He hablado con tantos caballeros durante estos días que si le soy sincera, ahora mismo me cuesta retener más nombres de los que poseo en mi memoria. Incluso no equivocarme con los que ya conozco.

—¿No le han gustado los Wimpole? O el conde de Pembroke, ni el duque de Standford —Marcus le hacía burla nombrando a los más feos de la nobleza británica.

—No nos engañemos, cuanto más título poseen más difícil resulta que ellos puedan escoger su futuro.

—¿Entonces en quien ha pensado?

—¿Por qué le interesa tanto a quien elija para mi futuro?

—Si es cierto todo lo que se dice, usted debe de darse prisa en hacerlo.

—No sé de qué habla —pronunció preocupada.

—¿Entonces no se casará?

—De hacerlo, será Philip Montagut, pues es apuesto, inteligente, a la vista está que ha estudiado medicina, y es amable también, además de ser tan solo un baronet.

Juliet no solo le decía eso para ver de cerca su reacción, también lo hacía para ver si mencionaba algún dato sobre el secreto de su tía. Tenía que averiguar si esa relación de Olivia Hastings con el marqués de Salisbury había sido tan intensa como para que hablasen de dinero perdido.

—Es solo un médico que recién termina ahora su carrera. Estoy seguro de que se volcará con sus pacientes.

—¿No le parece increíble? Todavía existen personas que se dedican a salvar a otras.

Todo un eufemismo. Porque Marcus Cavendish es lo que intentaba hacer con ella.

—Recuerde, por dinero —finalizó él.

—No estoy tan segura de eso.

—Es un trabajo como cualquier otro.

—Salgamos de dudas, cuando me case con él, vendré a contárselo —dijo ella y se retiró del baile separándose de las manos de Marcus.

La señorita Pennington se perdió entre la multitud del salón preparado de nuevo para bailar.

Marcus se pasó buena parte de la noche tratando de encontrarla. Pero sus pasos eran lentos, ya que se había extendido el rumor de que el nuevo marqués encontraría esposa durante la temporada.

A cada paso una joven se presentaba, después rápidamente se formaba un corrillo con algunas damas más y comenzaban a hablarle sin descanso de lo afortunado que era supuestamente por haber heredado el título de marqués. A lo que él entendía que la escasa inteligencia de las damas no habían dado con el motivo por el que él heredaba el título de su padre. La muerte de su padre.

Se escapaba con gran astucia, pero a los pocos metros una madre acompañada de sus dos hijas le presentaba a las jóvenes para que viese lo hermosas que eran, y dispuestas al matrimonio.

¿La culpable? Era evidente. La persona que estaba frente a él y que lo miraba pletórica.

Marcus no estaba acostumbrado a ser el centro de atención nunca, de hecho esta temporada era la única a la que había asistido, y el motivo no era otro que por obligación.

Tardó en escabullirse de sus últimas opresoras, pero cuando lo logró, fue directo hacia su madre, la que casualmente conversaba con Amelia De La Rua.

—Hijo, qué bien que te encuentres libre. Quiero presentarte a la joven Amelia, hija del capitán De La Rua —dijo y le colocó la mano sobre la mano de ella.

—Gracias madre, la señorita De la Rua y yo ya hemos tenido ocasión de coincidir —respondió a su madre apartando la mano cuidadosamente, y añadió—. ¿Recuperada de ese pie?

—No fue nada. —Se ruborizó ella.

—Es cierto, se levantó y recuerdo que no cojeaba —le dijo con un gesto en su rostro de burla.

—Creo que me solicita mi madre —dijo Amelia y salió de allí corriendo.

—¡Hijo! Parecía que buscabas incomodarla.

—Justo eso.

—Oh, que desfachatez. Mi hijo es un hombre sin modales ni sentimientos.

—Parece que la que no tiene sentimientos eres tú, madre. ¿De verdad deseas casarme con cualquiera?

—Eres tú el que andas con prisas de boda.

—Pero no con cualquiera.

—Tengo entendido —carraspeó—, que la señorita Pennington, ha sido rechazada por un hombre, incluso llegando a retirar su compromiso. Ah, y que está en la ruina.

—Dime qué es lo verdaderamente importante de esto. ¿La ruina o que sea su segunda opción?

—¡Qué preguntas! Me hieres —Simuló un desmayo—. Es evidente que no puedes mezclarte con la pobreza.

—Pues lamento comunicarte que —apretó fuerte las muelas dejando a la vista su mandíbula fuerte, después apretó sus labios, y hasta la lengua también la retuvo entre sus dientes un tiempo, pero terminó hablando—, o me caso con la señorita Pennington o tú misma también acabarás perteneciendo a ese grupo de personas que tanto rechazo te causan.

—¡Dios mío! No digas eso ni en broma. Baja la voz ahora mismo.

—Es cierto, si lo deseas ve a preguntarle al abogado de mi padre. Él te contará todo lo que yo trataba de esconder para proteger a mi familia, pero llegado el momento, es lo que mereces.

Marcus se retiró del lugar, no sin antes avisar a su hermana que estaba allí cerca que regresara junto a su madre, le haría falta su compañía para el resto de la noche.

Cuando salió a la calle para hacer llamar a su carro, encontró al joven médico del que Juliet le había hablado, y en un impulso incontrolado por su parte se acercó hasta él.

—Buenas noches, milord —dijo al colocarse a su lado.

—Marqués… —le ofreció su mano como saludo.

—¿Su primera temporada en Bath?

—Oh, no, es mi tercera. Pero, ya sabe, mis estudios en Edimburgo nunca han hecho nada fácil mi interés en buscar esposa.

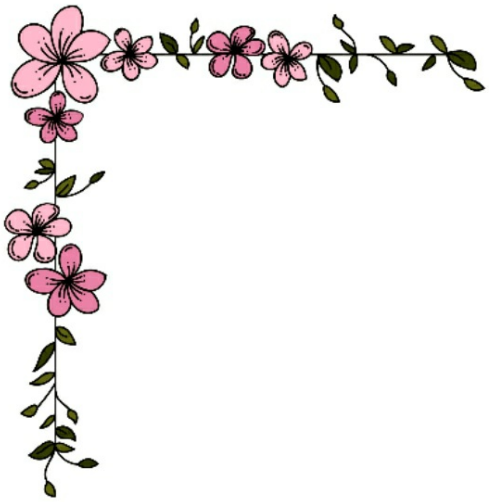
—¿Y cree que ahora es diferente?

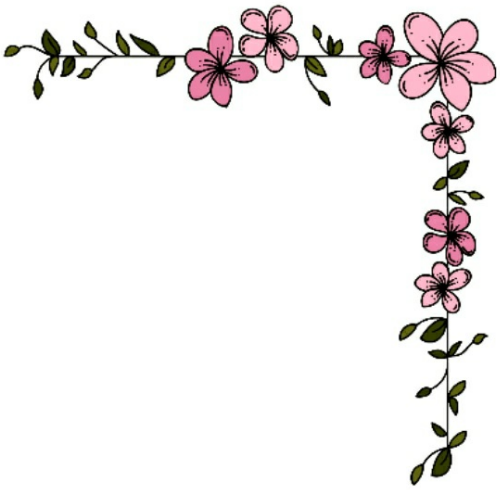
—He llegado a la conclusión de que mi esposa si me ama no tendrá inconveniente en el lugar de residencia.

—Tiene usted razón.

—Así que, sí, este año me casaré, pero guárdeme el secreto, no pienso decirle a ella que viviremos en Edimburgo hasta que estemos casados.

—Qué inteligente por su parte señor Philip —Marcus simuló cerrar una cremallera sobre sus labios.





Capítulo 16

Abril de 1824

Casa del duque de Westbury

Westminster, Inglaterra



—Ya no sé como decirle que una mujer soltera no puede venir a casa de un hombre soltero, y ¡sin doncella!

El duque andaba nervioso por la entrada de su casa.

—Dijo que no importaba si lo hacía con doncella o sin ella, y era mucho más fácil escaparme sola que con ella. Y además de esta manera me aseguraba de que nadie me viese entrar.

—Está usted loca. Qué suerte que me haya dado cuenta a tiempo.

—Hable —interrumpió la verborrea del duque.

—¿Qué quiere que diga?

—Para empezar usted ayer me dejó tirada. No se presentó en la fiesta que dio mi tía.

—Me surgió algo de última hora.

—Miente.

—No le daré explicaciones. Usted me está tratando como si fuese una enciclopedia, me utiliza. Así es que bastante esfuerzo hago para cumplir con el trato.

—No es suficiente. Necesito saber como hacer para que se peleen por mí.

—Lo que decía. Está usted loca de remate. ¿Quién querría que alguien se pelease por uno?

—Una dama que busca una excusa para rechazar a dos hombres a la vez.

El duque de Westbury se echó la mano a la barbilla, estaba fascinado con la cabecita pensante de aquella mujer.

—¿Ha conseguido dos caballeros dispuestos a casarse? Me tiene impresionado.

—No son los que deseo.

—Está bien, pues quede con ambos hombres a la vez en el mismo lugar. Después finja que ha habido una confusión y ellos discutirán por ser el que se quede mientras el otro se marche. Pero recuerde, con doncella siempre. Ah, y en un lugar muy concurrido.

—Quiero que se peleen, no busco que discutan.

—¿Dolor físico? —preguntó aterrorizado.

—Bueno, eso dependerá de lo fuerte que lancen sus puños.

—Eso es algo más complicado. Yo solo le pegaría a un hombre si faltase el honor de una dama en mi presencia.

—Está bien. Tengo suficiente con esto. Y ahora confiese porqué me dejó plantada ayer.

—Digamos que alguien me convenció para que me quedase en el calor de mi hogar.

Juliet abrió mucho los ojos, y enseguida pensó en Marcus.

—¿Marcus Cavendish? —Se acercó mucho a su rostro.

—No le diré de quien se trata.

Entonces Juliet se remangó ambas mangas de su vestido.

—Pues lamento decirle que yo, al contrario de usted si me peleo por bastante menos.

—¿Piensa pegarme por no confesarle un secreto?

Asintió y echó el brazo hacia atrás para coger impulso.

—Pare, pare, le diré su nombre —dijo tapándose la cara—. Fue Marcus Cavendish, el fue quien me dijo que no podía asistir, y también fue él quien me contó lo de su ruina.

Juliet dio un respingo. Marcus sabía que estaba arruinada. No eran habladurías de la gente, había sido él mismo quien había hecho correr el rumor.

Sin decirle nada salió de la casa del duque y corrió calle abajo para contarle a su tía todo lo que acababa de descubrir.

Capítulo 15

Abril de 1824

Propiedad de los duques de Hastings, según parecía por mucho tiempo

Westminster, Inglaterra



Cuando Juliet llegó a casa de su tía había corrido por tres manzanas de Westminster sin descanso. El corazón iba demasiado acelerado como para hablar sin ahogarse, y la temperatura del *hall* la hizo sentir un escalofrío. Demasiada calor. Así es que empezó a despojarse de la capa que llevaba sobre los hombros, del sombrero atado debajo de su barbilla, y hasta se aflojó el cuello del vestido para conseguir recuperar la temperatura adecuada.

Estaba nerviosa por lo que acababa de descubrir en casa de Archie, y debía de contárselo todo a su tía.

—Tía, tía, es urgente, todos nuestros planes se ven amenazados. Y todo por mi culpa, por mi cabezonería —Juliet no podía dejar la perorata. Continuaba hablando por toda la casa mientras buscaba a su tía—, debí hacerte caso. Ahora perderemos todo lo que estábamos tan cerca de recuperar.

Ella silenció su boca de repente al ver a su tía en el saloncito del té sentada junto a la marquesa de Salisbury.

—Siempre armando escándalo cuando cruzas la puerta, no vas a cambiar jamás —le recriminó su tía.

—Disculpen mi intromisión, no sabía que tuviésemos visita —dijo Juliet acercándose hasta la marquesa y efectuando una perfecta reverencia delante de ella. Quizá demasiado larga, pero no recordaba cuanto tiempo debía de inclinarse ante una marquesa.

—Tú debes de ser la joven que ha levantado tanto revuelo en la temporada —dijo ella.

—No creo que sea yo, tan solo soy la protegida de la duquesa. Ya sabe, ni dote ni tierras…

La marquesa movió sus labios hacia un lado, levantó su ceja mostrando desaprobación, y hasta agitó su cabeza, pero ni dijo nada.

—La marquesa ha venido a darnos la enhorabuena por la magnífica fiesta de anoche. Además nos invita esta noche a su casa. Desea que conozcas a su hijo, ¿recuerdas el joven que te levantó del suelo cuando te hiciste daño en el pie? Es el marqués de Salisbury, Marcus Cavendish.

—Le conozco.

—¿Y? —preguntó la marquesa.

—Es educado.

—Es más que eso, muchacha. Es marqués, y para tu información, este año elegirá esposa —le dijo ella.

Juliet se vio contrariada. ¿Estaba ofreciéndole a su hijo?

—¿Está arreglando el matrimonio de su hijo? —preguntó sin tacto.

—Digamos que doy el visto bueno a las posibles esposas de Marcus.

Posiblemente otra se hubiera sentido halagada al escuchar eso, o hubiera saltado de alegría. Sí, se estaba imaginando a Amelia De La Rua saltando y abrazando a la marquesa, en cambio ella dio un paso atrás y frunció el ceño.

—¿No vas a decir nada? —preguntó la marquesa.

—Juliet es tímida. Seguro que esta noche se comporta diferente, ¿verdad? —la duquesa le lanzó una mirada que de haber podido la habría fulminado.

—Sí, son los nervios —dijo Juliet.

—Está bien, pues yo me marcho, me ha encantado volver a verla, duquesa de Hastings.

La marquesa salió del saloncito acompañada de su dama de compañía que esperaba en el saloncito de al lado, y la temperatura de la sala parecía volver a subir de repente.

—Esta señora da miedo —dijo Juliet después de asegurarse de que se había marchado.

—No sé cómo lo haces, pero la suerte te acompaña. Te muestras grosera, indiferente, incluso demuestras tus malos modales en público, y aún así vas a conseguir casarte con Marcus Cavendish.

—No. No me casaré con él.

Juliet apoyó su frente en el cristal de la ventana. Estaba exhausta por todo lo que había averiguado aquella mañana. Y sin perder un minuto más, comenzó a hablar.

—Marcus Cavendish ha lanzado el rumor de que no poseo nada. Supuestamente busco un marido esta temporada para poder salir de mi miseria. Él hizo que el señor Archie Lawrence retirase su compromiso, me tachó de cazafortunas.

—Debe de haberse enamorado de ti —dijo la tía recuperando su pañuelo de bordados que había en la cesta del suelo.

—¡Es maravilloso! —exclamó Juliet llena de ironía.

—¡Lo es! —dijo con la misma emoción.

—¿No será que su padre, el marqués de Salisbury fue quien desplumó al duque de Hastings?

—No.

—Si lo piensas, tía, tiene lógica. Él conoce mi secreto y desea que acabe en la ruina. El tiempo corre en mi contra. Tengo que alejarme de él.

—¿Tienes un pretendiente mejor?

—Philip.

—No me convence.

—No es necesario que lo haga, solo necesito una boda. Así salvaremos nuestras posesiones.

—De acuerdo. Como tú quieras, estoy segura de que con mi aprobación o sin ella harás lo que te venga en gana. Pero, quítate la idea absurda de tu cabeza de que el marqués es quien nos desplumó.

—Si no quieres que lo siga pensando, dime pues quien fue.

—No. Es un secreto.

—Un secreto que descubriré cuando me haya casado.

—No, yo me encargaré de todo, tú jamás conocerás de quien se trata.

—Es injusto. El sacrificio es mío, yo debo saber a quien se le pagará la deuda.

La tía se mostraba reticente, y sin más palabras se fue.

En la casa de los Cavendish, todo estaba en calma, o al menos hasta que entró la marquesa por la puerta.

Lo primero que dijo fue, que quería hablar con sus hijos. Y se escabulló al despacho de su difunto esposo, aquel mismo que había ocupado su hijo en los últimos meses.

Marcus entró acompañado de su hermana.

—¿Ocurre algo, madre? —preguntó él primero al verla sentada en una esquina de la habitación.

—Sentaos, deseo hablar con los dos —dijo y se puso en pie.

Los hermanos tomaron asiento, y se miraron entre ellos después de acomodarse inquietos.

—Esta noche se celebrará una cena —dijo lady Sofía, marquesa de Salisbury.

—Yo no podré asistir —se precipitó Violeta.

—Asistirás —pronunció brusca la marquesa.

Violeta miró a su hermano para ver si él entendía algo de lo que estaba pasando.

—¿Hay algo que debamos conocer? —preguntó Marcus.

—Debes de pedir la mano de esa muchacha.

Marcus se movió aún más inquieto. Había sido poco prudente, y le había dicho a su madre que si no se casaba terminarían mendigando, pero a Violeta no le había dicho nada, y temía que todo saliera a la luz.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión tan rápido? —preguntó Violeta.

—Nuestro estatus no debe cambiar, así es que si la decisión de vuestro padre era que te casaras con la hija de unos simples campesinos, así se hará.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Marcus.

—Ahora me diréis que no sabéis quien es la señorita Pennington, después de haber pasado veranos y veranos jugando con ella, ¿ahora no reconocéis a vuestra vecina de Rutland, la hija de los Pemberton? —pronunció con desprecio.

Marcus quedó desarmado. ¿Era ella? Juliet, la joven niña a la que le hacía la vida imposible día tras día…

—Ya sabía yo que me resultaba conocida su cara. Aunque desde luego ha cambiado. Es preciosa, jamás pensé que una niña como ella pudiese cambiar tantísimo. Apostaría mi pescuezo a que es la dama más bonita que conocemos —parloteaba Violeta.

Marcus continuaba callado.

—Dicho esto, hijo, esta noche intenta pedir su mano, cuanto antes quede resuelto este lío, antes volveré a conciliar el sueño.

Ellas abandonaron el despacho dejando allí sentado a Marcus con el cuerpo más que relajado y con la mirada perdida.

A las seis horas, después de haber organizado todo para una cena en casa del marqués de Salisbury, situada en Bath, el marqués todavía se encontraba desubicado con la revelación de su madre.

Cuando la puerta se abrió para dar paso a la duquesa de Hastings, y lady Pennington, Marcus corrió a esconderse a su despacho, pero su madre le bloqueó el paso y le obligó a darles la bienvenida.

Marcus fue el último en saludarlas.

—¿Tiene por costumbre ser tan maleducado con todas las visitas que llegan a su casa? —dijo Juliet.

—Al contrario. La alta sociedad me considera de lo más cortés.

—Imagino que eso debería de ser juzgado, es todo un sinsentido, carece de inteligencia esa consideración, y teniendo en cuenta que ustedes se casan con sus primos hermanos…

—Es usted verdaderamente increíble. Admito que me sorprende a cada poco —dijo entre risas.

Juliet lo dejó con la palabra en la boca cuando le iba a decir que si tenía el honor de sentarse a su lado.

Marcus la perseguía por todo el salón donde la mesa estaba ostentosamente preparada, con más de cuatro copas por invitado, cuatro cubiertos a cada lado, y platos debajo de otros platos.

Enseguida cayó en la cuenta de que el señor Lawrence no le había mencionado nada, absolutamente nada de lo que debía de hacer con cada uno de esos cachivaches que se acumulaban allí.

Violeta abrazó de manera efusiva a Juliet, y aquel abrazo hizo que la duquesa de Hastings sospechara de que allí estaba ocurriendo algo que a ella se le escapaba.

—Cuanto me alegro de volver a verte, Juliet —dijo Violeta.

—Qué maravilloso recibimiento le das a nuestra invitada, pero quizá la señorita Pennington no está acostumbrada a tanto contacto con alguien que solo —hizo especial fuerza en esa última palabra al pronunciarla—, ha visto en una ocasión.

Violeta se dio por enterada, y supo que no debía decirle que la reconocían. Y aunque ella estaba ansiosa de poder compartir los últimos años de su vida con su amiga de la infancia, tuvo que reprimir sus deseos y cerrar la boca.

Juliet se dirigió a su tía la que se encontraba disfrutando de una copa de algún tipo de bebida burbujeante, y con mucho disimulo le preguntó por el orden de los cubiertos. La tía que no tenía muchas ganas de explicarle como era que debía de usarlos, le dijo que mirase a sus lados y que imitase como lo hacían ellos.

—Está bien, no comeré —susurró.

—Pues te perderás el confit de pato que prepara nuestra cocinera —dijo Marcus que la escuchó.

—Es imposible que las mujeres que se sientan a la mesa, coman carne y continúen respirando dentro de sus vestidos.

—Ahora que lo dice, jamás vi masticar a una delante de mí.

—Lo ve, las mujeres no comemos, o al menos las que buscamos esposo.

—Si lo desea la puedo librar de ese mal.

—¿Sí? —preguntó ella ingenua.

—Cásese conmigo.

La mirada de Marcus se volvió sincera, desapareció toda señal de broma.

Pero Juliet se sintió de nuevo bastante tonta, porque creyó que sus palabras iban en serio, bueno, hasta que recordó las palabras de su tía: Elijas a quien elijas, no te desvíes del plan, y no te dejes llevar por los sentimientos.

—Lord Cavendish, es usted un hombre demasiado insistente, y creo recordar que hemos evitado esta conversación, al menos una vez.

—Y sigo sin entenderlo. Alguien me ha contado que está en la ruina, y yo deseo casarme con usted. No veo el problema.

—El problema es que no se lo ha contado nadie, si no más bien has sido tú el que ha ido difundiendo el rumor entre la sociedad.

—Pues de ser eso cierto, creo que nadie querrá tener cerca una cazafortunas. Piense que todos saben que busca esposo por ese motivo.

—¿Eso es lo que deseas? Que siga pobre. No le importa nada que mis hermanos pasen hambre, que mi hermano no pueda recibir sus estudios en Eton, o que yo misma tenga que venderme, porque eso es lo que haré, estaré dispuesta a vender mi cuerpo sin con ello consigo que mi familia continúe unida.

—¿De qué está hablando? Yo solo le he dicho que deseo casarme con usted.

—No es sincero.

—¿Por qué se niega a creerme?

Entonces Marcus miró a su alrededor y cuando vio que nadie miraba a donde ellos se encontraban, se la llevó al jardín trasero, que al contrario de aquel patio que tenía la casa de la duquesa de Hastings, allí en Bath, los marqueses disfrutaban de un jardín.

—No puede secuestrarme —decía Juliet mientras caminaba arrastrada por Marcus.

—Cásate conmigo. Yo cuidaré de ti, yo me ocuparé de que tu familia no termine pasando penumbra. Juliet, yo, solo quiero que seas mi esposa. No veo el momento de no tener que robarte un beso.

—¿Robarme? —preguntó ella.

—Sí, como este.

Entonces Marcus se acercó hasta Juliet, y colocó sus labios sobre los de ella. Las manos del joven se colocaron en su cuello, cada una a un lado, y las bocas se entreabrieron dejando paso a sus lenguas. El beso era lento, pero con pasión, y las manos de ella se enredaron en su pelo.

Marcus jadeó. Juliet le siguió, y entonces una de las manos de él, comenzó a deslizarse por su clavícula, y acarició suavemente su escote, haciendo que ella sintiera un terrible escalofrío en su espalda.

Juliet le cogió la otra mano que todavía tenía colocada en su cuello y la dirigió a su corazón, sobre las ropas, pero presionó fuerte para que notase sus latidos.

—Te deseo —susurró él.

—No más que yo —respondió ella.

—Regresemos o se harán preguntas sobre nosotros —advirtió Marcus.

—Sí, será lo mejor.

Se recolocaron las ropas correctamente, también los cabellos algo revueltos y se unieron al resto para cenar.

Una vez todos acomodados alrededor de la mesa, y cuando nadie parecía haberse dado cuenta de su pequeña desaparición, Violeta que estaba justo a la izquierda de Juliet, le arremetió un codazo y en un susurro le sugirió que para la próxima vez se dirigieran al jardín lateral, ya que allí hay menos cristales que dan al pasillo de la casa.

Se ruborizó al escuchar que la habían podido ver, pero pronto una voz llenó el aire, y la pregunta hizo que dejase de inmediato de pensar en eso.

—¿Ya ha decidido entre todos sus pretendientes, señorita Pennington? —la marquesa fue la dueña de esa pregunta.

—Todavía quedan más de seis semanas, no veo cuales son las prisas, se supone que deberé de permanecer el resto de mi vida junto a esa persona que elija..

—Así se habla. —Golpeó la mesa Violeta.

—Aunque crea que le queda mucho tiempo, debería de asegurarse un buen marido. O este podría acabar en otras manos, ¿no cree?

—Si termina entre otros brazos, es porque no era para mí. Es preferible que lo haga sin estar atada a él, se conoce que hay mucho libertino suelto por Londres.

—Me encanta esta muchacha —insistió Violeta.

—¿Qué tiene usted para ofrecer al matrimonio? —preguntó la marquesa—, como está tan

segura de sí misma…

Juliet cogió aire para calmar su ira por aquella pregunta, que de nuevo dejaba ver que en lo único que esa familia parecía estar interesada, era en lo económico.

—Madre. Deja de importunar a nuestra invitada.

—Marqués, le agradezco que salga en mi defensa, pero creame cuando le digo que no necesito que nadie hable por mí —dijo Juliet y continuó hablando—. Ofrezco mi respeto, y mi fidelidad, ofreceré también mi resiliencia hasta para cuando los tiempos nos sean los más fáciles de soportar, y sin dudarlo el amor a mi familia el día que la tenga.

—¿Y el amor a su esposo? —preguntó Marcus.

—Si lograse enamorarme de un hombre y que ese amor perdurase en el tiempo, sería algo precioso. Pero como no puedo mandar a mi corazón, ofrezco lo que sí estoy segura que le puedo dar a mi esposo.

—He escuchado que usted está muy cómoda con Philip Montagut, ¿es así? —preguntó la marquesa.

—¿No deberíamos de hablar de alguien que no se encuentra con nosotros —salió en su defensa Violeta.

—No te preocupes, hija. Le he invitado esta noche, me prometió que llegaría al postre. Al parecer el trabajo a penas de leja tiempo para la diversión.

—Es un buen hombre. Muy responsable con sus quehaceres.

—Marcus también lo es. Esta misma mañana se encargó de visitar él mismo todas las tierras del oeste de Rutland para que nada faltase cuando llegara el momento de la siembra.

—¿Continúan sembrando en Rutland? —dijo Juliet sin darse cuenta.

—¿Continúan? ¿Cómo sabe que nuestra familia siembra por aquel condado?

—Soy una amante del estudio de la agricultura. Averiguo si se cultiva cebada por Londres, y me enteré de que en el condado de Rutland, la familia Cavendish era una de las que tenían el mayor campo de cebada.

La tía de Juliet se puso la mano en el pecho, concretamente a la altura de su corazón, después de haber escuchado que su sobrina salía airosa de su propia metedura de pata.

Marcus y Violeta se miraron y escondieron sus sonrisas, pues ella misma había dejado ver quien era.

—Qué curioso, una mujer se ocupa en el estudio de los campos de un condado que a muchos hombres le resulta casi invisible —dijo Marcus.

—Es una muchacha de lo más extraña, lord Cavendish —dijo Olivia Hastings.

—Pero no hablemos de mí, me resulta incómodo. Hablemos de su familia. Seguro que tienen más cosas interesantes que contar que yo —dijo Juliet.

—Salvo que hablen de esas odiosas tierras que acaban de mencionar, no veo que puedan hablar de nada más. Han pasado tanto tiempo allí metidos, que sentí un terrible temor a que se convirtieran en asnos y puercos de tantas horas dedicadas a la granja.

La marquesa odiaba el campo y todo lo que tuviese que ver con él.

—¿Le gusta el campo, lady Pennington? —preguntó Violeta entusiasmada.

Juliet recordó que al duque de Westbury le había dado a entender que no, diciendo que sería una esposa obediente dejó ver que podría acostumbrarse a cualquier decisión, pero lo cierto era que sin tener contacto con la naturaleza se sentía incompleta. Así es que respondió con sinceridad.

—Más que cualquier otra cosa.

Marcus sonrió ampliamente.

—Lo que mi sobrina ha querido decir es que ella, se siente cómoda en cualquier lugar, y si es el campo, pues no tiene objeción —dijo la tía.

—No he dicho eso, he dicho que, el campo es el mejor lugar donde podría vivir —zanjó ella.

Después de hablar un poco más durante la cena, pero cosas vanales sin importancia, llegó la hora del postre.

Marcus se movía incómodo en su silla, y no apartaba los ojos del reloj que ocupaba su lugar sobre la chimenea del salón.

Estaba siendo una velada muy agradable para él, y sentía que su momento estaba a punto de interrumpirse debido a la visita del señor Philip Montagut.

Y como si lo hubiese invocado con su pensamiento, el mayordomo anunció el nombre del barón al segundo.

—Bienvenido, tome asiento —dijo la marquesa sin levantarse de su asiento.

—Es todo un honor que me haya invitado, de verdad, estoy muy agradecido —dijo Philip—, y le pido disculpas por las horas, pero el trabajo me tiene muy ocupado.

A Juliet se le iluminó el rostro al escuchar lo agradecido que se mostraba con aquella invitación. Y al ver la cara de Marcus, que era una mezcla de enfado y rabia, entonces suspiró intensamente mientras miraba al nuevo invitado.

—¿Por qué no se sienta aquí? —separó la silla que se encontraba vacía justo al lado de Marcus.

Pero antes de que el joven Philip pudiese reaccionar, la duquesa de Hastings también le habló.

—La verdad es que yo creo que voy a tomar el aire, discúlpenme pero necesito caminar para que a mi cuerpo no se le olvide más tarde como hacerlo —dijo la tía ofreciéndole su asiento a Philip. Un asiento que estaba justo al lado de su sobrina.

En ese instante, Marcus supo que la duquesa de Hastings no estaba nada de acuerdo en que él se acercara a Juliet. Y al parecer el barón de Nova Scotia era un pretendiente mucho más aceptado que él. Así es que tendría que saber jugar al juego de la astucia para poder conseguir lo que pretendía. Conseguir la mano de Juliet.

—Y dígame, lord Montagut, ¿qué horario de trabajo tiene usted? —lanzó una picaresca Marcus Cavendish.

—Pues ahora mismo no sabría decirle si tengo o no un horario establecido. Me debo a mis pacientes. Si me necesitan de madrugada, saldré corriendo, y si es en domingo lo mismo.

—Qué buen hombre —suspiró Juliet.

—Ya lo creo, muy buen hombre —repitió Marcus—. Aunque me temo que estando tan ocupado no tendrá mucho tiempo para nada más que trabajo —continuó.

—¡Todo lo contrario! Soy el dueño de mi propio horario. Aunque reconozco que ahora limitado, estoy seguro de que dentro de muy poco tiempo, eso cambiará. Y es por eso por lo que me he decidido esta temporada a buscar esposa.

—Enhorabuena.

—Muchas gracias, lord Cavendish.

—Aunque le sugiero que busque entre mujeres que no les importe estar mucho tiempo solas, ya sabe, para que después no tenga problemas.

—De nuevo gracias por su sugerencia.

—Perdone, no nos han presentado, soy Violeta Cavendish. Me preguntaba mientras le escuchaba, si es usted un hombre de campo o de ciudad. No es nada importante, pero tengo la curiosidad. Hace un momento discutíamos sobre ese asunto.

Philip entrecerró los ojos, arrugó la frente, y miró a ambos lados antes de responderle.

—Imagino que debo de ser un hombre de ciudad, tanto tiempo impartiendo estudios en Edimburgo no me han dejado disfrutar de las zonas verdes de este mundo.

—No he debido de expresarme bien —insistió Violeta, la que pretendía echar una mano a su hermano—, quería decir que, ¿si usted pudiese elegir, viviría en el campo o en la ciudad?

—Rotundamente en la ciudad, ¿sino cómo haría para poder visitar a mis clientes? —soltó una carcajada, como dejando en evidencia la inteligencia de la joven que preguntaba aquella absurdez tan obvia para él.

—Pacientes.

—¿Cómo dice? —preguntó desubicado.

—Ha dicho clientes, imaginé que se había confundido…

—Sí, sí, claro… —se avergonzó—. Una mujer muy simpática —dijo después de mirar a Juliet.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Marcus.

—Es su hermana quien se ha dirigido a mí.

—En cambio, usted miraba casi todo el tiempo a la señorita Pennington.

La conversación parecía recorrer otro rumbo, y entonces la tía Hastings, que acababa de regresar de nuevo al salón, y ya era perro viejo, decidió que ya era hora de marcharse. Y sin mucho disimulo pidió a su sobrina acompañarla a casa.

—Creo que es tarde. Deberíamos regresar a casa para que pueda tomar mis pastillas, las he olvidado sobre la mesa esta mañana en el desayuno.

—¿Cuál es su afección? —preguntó el médico presente.

—Falta de circulación en mis viejas piernas.

—¿Las toma en todas las comidas? —preguntó Philip.

—¡No! Si fuese así, no estarían allí desde el desayuno —se quejó la duquesa.

—¿Las toma solo en el desayuno entonces? —siguió importunando Philip.

—Lord Montagut. Es usted un médico brillante, estoy segura de que si se ha licenciado lo es, pero en cuanto a sentido común…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Philip serio.

—Pues que si las dejé en el desayuno, no las tomo en cada comida, y debo de tomarlas esta noche, está claro que solo las necesito en la mañana y en la noche.

Todos los presentes rompieron a reír al escuchar a la duquesa como dejaba ridiculizado a Philip.

—Buenas noches, ha sido una cena excelente, y no tengo cómo agradecerle la invitación, marquesa —se inclinó en una reverencia leve antes de marcharse.

Pero la marquesa, aprovechó la cercanía de Juliet, y tomándola por la muñeca, la acercó ligeramente a ella.

—Creo que sí tienes manera de agradecérmelo. Acepta la invitación que te hago, ven con nosotros a Rutland, así podrás disfrutar de esos campos de cebada que tanto te apasionan. Allí en Willowbrook usted puede ser feliz.

Juliet quedó conmovida con la invitación. Y Violeta que no estaba muy lejos, y pudo escuchar lo que su madre le pedía, se unió a la conversación.

—Me temo que no puedo en estos momentos —respondió Juliet.

—¿Por la temporada? —preguntó Violeta, y prosiguió—, Rutland solo te ocupará una semana, después regresarás a mezclarte con señoritas presuntuosas y caballeros obstinados. Te aseguro que Rutland es precioso.

Juliet se rio. Le apetecía tanto regresar a aquellas tierras. No encontraba ninguna excusa para inventarse y salir airosa, así es que llamó a su tía para pedirle permiso.

La tía que caminaba retranqueando debido al dolor de sus piernas, le respondió con una frase que sirvió como respuesta. Aunque no tuviese la menor idea de qué se trataba.

—Debes ser agradecida, y ahora vayamos a casa de una vez.

Violeta al escucharla, abrazó a Juliet efusivamente, y se despidió de ella bajo la atenta observación de su hermano Marcus.

Acababa de aceptar la invitación a Rutland. Eso significaba muchas cosas. Una que viviría durante una larga semana bajo el mismo techo que Marcus Cavendish, y otra que no sabía como iba a soportar estar tan cerca de sus familia y no poder acercarse a ellos. Habían pasado dos años desde la última vez que pudo hacerlo.

Capítulo 16

Abril de 1824

Propiedad de los duques de Hastings

Westminster, Inglaterra



—Nos has metido en un buen lío sin darte cuenta —le recriminaba a su tía.

—Qué iba a saber yo lo que la marquesa te estaba diciendo. En lo único que podía pensar era en sentarme en el carruaje que nos traería de regreso. Mira mis piernas. —La tía se levantó las ropas para enseñarle los tobillos hinchados y amoratados.

—No tiene buena pinta —dijo Juliet torciendo sus labios.

—Cada día tengo más claro que la elección correcta es el medicucho.

—Tía, no le llames así. Si no te merece ni tan siquiera tenerle respeto, ¿por qué habría de casarme con él?

—Por que solo así el duque de Westbury nos dará el dinero. Y además, Philip me recuerda a uno de los Wimpole.

—Pues a la vista está que no es por ser feo, así es que lo dices por su inteligencia. Si crees que es medio tonto no me casaré con él.

—No me hagas caso. Es médico, no debe de ser muy tonto.

—Me dejas más tranquila —ironizó.

—Ahora en lo único que debes pensar es en que no nos estalle en la cara la gran mentira, o nos jugamos quedarnos sin nada.

—Tú lo has complicado mucho aceptando la invitación.

—Siete días pasan rápido. Preocúpate de que todo esté igual a tu regreso a casa.

—Siento miedo, tía. Cómo voy a hacer que todo esté igual con Philip si durante una semana no le veré.

—Boberías de niña. Eres una mujer, compórtate como lo que eres. Y no te acerques a Marcus Cavendish, él es el único que puede arruinarlo todo. Veo como te hace sentir cuando está cerca de ti.

—Es posible que él no viaje hasta Rutland. En ningún momento he escuchado su nombre.

La tía sabía bien que si la marquesa había invitado a una muchachita sin dote, y que seguramente conocía que estaba en la ruina, solo tenía un motivo, estaba intentando conseguir que su hijo se casara con ella. ¿Por qué? Aún no lo sabía.

¿Cómo iba alguien a sospechar que el mismo marqués había obligado después de muerto, a su propio hijo para que se casara con la protegida de la duquesa?

A la mañana siguiente, Juliet Pennington llegó a la casa del marqués de Salisbury con una única cosa en mente. Mantenerse lo más alejada de Marcus Cavendish.

Estaba convencida de que si lograba mantener las distancias con él, todo marcharía más o menos bien.

Ya se habían besado en dos ocasiones, incluso en la última de ellas se podría decir que llegaron demasiado lejos, así es que estaba en peligro junto a ese hombre.

Al entrar en la mansión pudo ver a la marquesa organizando montañas de cajas, y ordenando a las doncellas lo que iba en cada carro.

—Creo que debería de ir a por más ropa, tan solo traje una bolsa —masculló Juliet al ver el escenario.

—No te preocupes, mi madre siempre exagera con todo. Te aseguro que más de la mitad de lo que lleva no saldrá de ahí. —Señaló al montón de cajas Marcus.

—Buenos días, lord Cavendish. ¿Vendrá usted también? —preguntó tímida.

—Tengo que ir. Soy yo al que le pertenece estar allí, me necesitan los arrendatarios. Llevan semanas preocupados con las tierras, al parecer no dan todo el *sust*… —dejó de hablar en seco—, discúlpame, no sé por qué cuento todo esto.

No debió detenerse. Juliet estaba encandilada cuando Marcus hablaba de sus cosas. Parecía un hombre inteligente, responsable, y le gustaba escucharlo. Estaba convencida de que entre ellos existía un vínculo muy difícil de eliminar, por eso debía de intentar alejarse lo máximo que pudiese de él.

—Está bien.

Solo eso. No dijo nada más. Lo importante era alejarse.

Violeta apareció a su lado sin que ella se percatara.

—¿Lista? —le preguntó.

—Dios mío, qué susto me has dado —se sobresaltó.

—No era mi intención. ¿Vamos juntas durante el viaje?

No dudó en responderle, tenía que alejarse de su hermano, así es que aceptó ir con ella.

Lo que no recordaba era que en todas las ocasiones que Juliet había visto a Marcus subido a un carruaje, en todas, se encontraba con Violeta. Y esta no fue diferente.

—¿Y su madre, viaja sola? —se interesó.

—¿Deseas acompañarla? —Hizo una pausa y pestañeó—. Viaja con tres doncellas que sujetan su cabeza con almohadas mientras duerme. Ronca.

Marcus que ojeaba unos libros de cuentas sentado en el asiento frente a ellas, levantó la vista divertido al escuchar a su hermana.

Juliet esbozó una sonrisa, y aquel gesto encandiló a Marcus.

A él le gustaba en todas sus formas, pero sonriendo era la que más.

—Y díganos, señorita Juliet, ¿de verdad desea casarse tan pronto?

La pregunta de Violeta la hizo reformularse la pregunta para ella misma.

No. No era un deseo que ella sintiese suyo. Ella lo que quería era salvar la familia. Hacer que sus hermanos continuasen unidos, que ninguno perdiese la casa donde vivían, y que Eton estuviese al alcance de su hermano.

—¿Usted no desea casarse? —evitó mentir esta vez.

—¿Por qué querría casarme? No estoy enamorada.

Juliet abrió tanto los ojos que se asustó cuando empezaron a picarle.

—¿Está usted bien? —preguntó Violeta.

—No había pensado en el amor. Quizá estaba demasiado preocupada en otras cosas.

—¿Y dígame cuáles son sus preocupaciones? —dijo Marcus.

—Lo sabe. Ambos saben que estoy en la ruina. Que soy la protegida de la duquesa. Que no ostento título, ni vengo de una distinguida familia, que no existe dote alguna. No me obliguen a mentirles —dijo Juliet con los ojos anegados en lágrimas todavía presas.

—No pretendía hacerla sentir incómoda —le pidió perdón Violeta.

—¿Por qué su madre me ha invitado?

—Desea que se case con mi hermano —dijo Violeta como si él no estuviera allí sentado frente a ellas.

—¿No va a decir nada? —preguntó Juliet a Marcus.

—Eso se lo dejo a usted —respondió.

—¿Pretende casarse conmigo solo porque su madre se lo pida?

—En realidad no solo nuestra madre se lo ha *pedid*…

—¡Silencio! —ordenó con el tono grave Marcus.

Juliet sabía que el viaje iba a resultar incómodo, pero no conocía cuanto de incómodo. Y como no volvieron a dirigirse la palabra ninguno de los tres, se hizo largo e incómodo.

Llevaban cerca de siete horas de camino cuando comenzó a darse cuenta de que estaban muy cerca de su hogar.

Se acercó a la ventana, sacó levemente la cabeza por ella, y respiró profundamente el aire. Aquel aroma a fresco, a limpio, a casa, a hogar. Sí, estaba donde ella quería estar. Se sentía en

cierto modo agradecida con su tía, porque le había dado la oportunidad de salvar todo cuanto conocía, aunque era una responsabilidad demasiado grande para ella, pero sin pensarlo dos veces regresaría a su casa una y otra vez, aunque su futuro fuese comer pan y leche de por vida. Solo había un inconveniente. Su familia. Ella podía conformarse con eso, ¿pero y ellos? No iba a ir a preguntárselo, así es que tenía que lograr su propósito. Y para eso tenía que conseguir casarse con Philip, que el duque de Westbury cumpliese con su trato de saldar la deuda para recuperar todo lo que era suyo, e intentar vivir lo más feliz que pudiera.

¿El problema? Que cuando miraba al futuro no se veía con Philip Montagut del brazo, lo hacía al lado de Marcus Cavendish. Su subconsciente le traicionaba.

—¿Bajas? —Chasqueó los dedos Violeta frente a la cara de Juliet.

Habían llegado.

—Os dejo que os acomodéis, voy a ensillar los caballos.

Juliet miró a Violeta, por si se había perdido algo, pues no entendía nada de lo que Marcus había dicho.

—Di por hecho que querrías visitar los campos, así es que organicé con mi hermano una visita a caballo. Los tres juntos, ¿te parece bien?

Juliet sonrió ampliamente.

Llevaba años sin montar, y aunque eso no era un problema para ella, pues lo llevaba haciendo casi desde que tenía altura suficiente para llegar a los estribos, sintió que una gran pena se adueñaba de ella al recordar que siempre lo hacía acompañada de su padre.

Juliet supo disimular rápido antes de que una lágrima resbalara por su mejilla, y entró al interior de la casa dejando a Violeta atrás.

De repente, un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba en el mismo lugar que hace años, ese lugar que tanto dolor le había causado. Aunque en realidad nada que ver tenía el sitio, si no más bien una persona en concreto, la marquesa de Salisbury.

Ella fue quien la echó de allí. Aquella mañana en la que esperó mucho tiempo en la fachada de la granja, situada al norte de la casa de los Cavendish, y al sur de la casa donde ella vivía. Allí quedaban todas las mañanas durante el verano, y Juliet al ver que ninguno de los hermanos acudía para jugar, se atrevió a llegar a la casa señorial donde los dos niños vivían. Pero el recibimiento no había sido el esperado. Aquella señora la echó de allí haciendo alusión a que era una niña pobre y no debía pasar más allá de la zona de servicio. Cuando supo que su intención había sido llamar a sus hijos, entonces, le ordenó que jamás volviese allí, y nunca, jamás, bajo ningún pretexto, podía volver a ver a sus hijos.

Juliet era solo una niña, y regresó a su casa triste y desolada. No volvió a hablar del tema con nadie, no volvió a ver a los Cavendish, y jamás regresó a las tierras donde se encontraba ahora.

La marquesa apareció a su lado, y la animó a ocupar una alcoba del piso de arriba. Juliet aceptó sin mucho entusiasmo, recordando aquellas palabras tan duras del pasado.

A los pocos minutos de haber acomodado todo cuanto había llevado a Willowbrook, la puerta de la alcoba fue aporreada.

Violeta entró sin esperar a que Juliet le diese permiso, y de forma inmediata sonrió. Seguía siendo igual que siempre. Impaciente.

—Nos espera.

—¿Quién?

—Pues Marcus, con los caballos, ¿recuerdas?

Juliet asintió. Se le había olvidado lo que harían. Había estado tan ocupada repasando punto por punto todo lo que debía hacer, que había olvidado que la prueba más importante la tenía muy cerca.

Salieron a la calle donde tres increíbles caballos perfectamente ensillados esperaban.

—¿Listas? —dijo Marcus apareciendo detrás de ella.

Juliet dio un leve respingo al escuchar su voz. ¿Por qué su voz la hacía sentir de esa manera? Se estaba volviendo loca, y debía centrarse, y obligarse a pensar en Philip.

Marcus ayudó a Violeta a subir a su caballo, y después se dirigió a donde se encontraba Juliet para ayudarla, pero con un gran impulso, colocando su pie en uno de los estribos, subió y montó sin necesitar ayuda.

—Veo que no necesita mi ayuda.

—Ni la suya ni la de nadie.

—Así se habla —dijo Violeta.

Ambas se miraron y sonrieron.

Comenzaron a alejarse de la gran casa, en dirección a una gran extensión de campos. Marcus encabezaba el grupo, con una leve diferencia en cuanto a distancia. De esa forma, Violeta y ella podían conversar sin que Marcus pudiera escucharlas.

Hablaban del buen tiempo, de lo feliz que se sentía Violeta en aquellas tierras, y de lo mucho que le gustaba la compañía de Juliet, cuando de repente, sin esperarlo, le pidió perdón.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juliet.

—Debo regresar, se me ha olvidado hacer algo —se escusó.

—Pero no puedes dejarme sola con él —le señaló con la barbilla.

—Es una urgencia, además, cada uno está montado a un caballo. Se podría decir que no estáis solos, sois cuatro —dijo entre risas Violeta.

Tiró de las riendas de su caballo, obligándole a relinchar al animal, y después espoleando con fuerza, se alejó sin más.

Capítulo 17

Mayo de 1824

Willowbrook, Rutland, *Inglaterra*

Marcus se volvió al escuchar relinchar uno de los caballos. En su rostro se mostraba preocupación, la que desapareció al ver que era su hermana, y que se alejaba de ellos.

—Parece que nos hemos quedado solos —dijo intentando ocultar una sonrisa.

—¿Y por qué creo que esto lo tenían planeado?

—No tengo la menor de las ideas de por qué piensas eso —le respondió.

Se colocó junto a su caballo, y trató de ralentizar los pasos del animal para alargar el paseo.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó ella.

—Quiero enseñarle algo. No tenga impaciencia pronto llegaremos.

—No es impaciencia, pero, estoy preocupada.

—¿El motivo?

—Si el señor Philip se enterase de que cabalgo acompañada de un hombre, puede que no piense en mí como su posible esposa. Y como bien conoce no puedo perder esa oportunidad.

—Mejor —le dijo sin ocultar lo que sentía.

—¿Mejor?

—¿Cree que un medicucho recién licenciado puede sacarla de sus apuros económicos?

—Usted no sabe nada.

—O quizá sepa más de lo que piensa.

—¿Tanto me odia? —le preguntó Juliet mirando fijamente a sus ojos.

—¿Por qué iba a odiarla?

—No pienso andarme con rodeos. Usted sabe que todo cuanto la duquesa posee ahora es parte de la fortuna de su familia. Y está tratando de que finalice el plazo que su padre le dio para quedarse con todo —le gritaba.

—¿Plazo? No sé de qué me habla.

Verdaderamente, Marcus desconocía todo aquello de lo que le hablaba Juliet. A él, su padre le había dado órdenes de que se casara con la protegida o no heredaría nada, pero no conocía nada más. Solo que en la carta se hacía mención de que un Cavendish nunca se queda nada que no es suyo.

—No se haga el tonto, no le pega nada.

—Está bien. Le contaré todo cuanto sé.

Marcus detuvo el caballo, desmontó lentamente, y aprovechando que se encontraban cerca de unos robles, ató allí las riendas. Después se dirigió hasta el caballo de Juliet para ayudarla, pero de nuevo ella, lo hizo sin necesitarle.

—Desembuche —le pidió.

—Al morir mi padre, en su testamento me solicitaba algo —el corazón había comenzado a acelerarse, y le costaba respirar y hablar a la vez—, para heredar todo como marqués de Salisbury, debía de casarme con la muchacha a la que la duquesa de Hastings protegiera. Según él, la duquesa se encargaría de instruirla para engañarme y que yo cayese en sus redes, aun así, debía de casarme con ella. Pues un Cavendish nunca se queda lo que no le pertenece. Aquella frase todavía no logro descifrarla, y poco más conozco.

—¿Has estado engañándome todo el tiempo? Cuando me besabas, cuando intentabas ¡pedir mi mano! —gritó recordando ese momento.

—Cuando te vi en Hyde Park levantando a Amelia De La Rua del suelo, aún no sabía quien eras, y debo decir que me quedé prendado de ti.

—No te creo.

—Puedo ayudarte. Si me caso contigo recuperarás lo que es tuyo.

—Lo voy a recuperar igualmente, te dije que no me haces falta.

—El medicucho no tiene una fortuna.

—Tengo un buen amigo —pronunció.

—Nadie hace ese tipo de favores.

—Es muy muy buen amigo.

—Solo la familia es capaz de hacer ese tipo de cosas por alguien. Te están engañando.

—Tú no lo harías, pero mi amigo lo hará.

—Pierdes el tiempo creyendo en cosas imposibles. Cásate conmigo.

Marcus lo estaba haciendo todo lo bien que sabía. No quería engañarla. Tenía que decirle toda la verdad. Y era lo que estaba haciendo. Que sabía quien era, que conocía su secreto, y que a él le habían pedido que se casara con ella. Pero no estaba funcionando. La verdad estaba

sobrevalorada, pensó.

Sin embargo, la quería. Esa mujer le hacía sentir todo tipo de emociones cuando estaba cerca de él. Y habría sido más fácil decirle que la quería, que de verdad quería casarse con ella, que creía que era la mujer perfecta para él, que él lo era para ella, y que juntos iban a ser muy felices. Que estaba deseando llenar su hogar con pequeños revolucionarios como su hermana, y que sentía la necesidad todo el tiempo de apretarla entre sus brazos, pero no le dijo eso, solo le dijo la otra parte de la verdad. La que no trataba de sentimientos.

Juliet se dio media vuelta dispuesta a montar de nuevo en su caballo, pero Marcus la alcanzó al ver sus intenciones, la cogió por la cintura y la cargó a su hombro.

—Suéltame.

—No lo haré, no hasta que no comprendas que tú y yo debemos casarnos —de nuevo salía a relucir el deber.

—No me casaré contigo, ni aunque fuésemos los últimos seres humanos de la tierra, y amenazase nuestra extinción.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—Porque tengo la razón.

—¿Por qué crees siempre que tienes la razón?

—Porque la tengo.

—¿Por qué no te casas conmigo?

—Porque no me lo has pedido. Solo haces que decir lo que debería de hacer. Repetir una y otra vez que el medicucho no tiene fortuna suficiente, que no existen los amigos que hagan favores de ese tipo. Pero no me pides que me case contigo. ¿Sabes porqué no lo haces? Por que en realidad no deseas casarte conmigo. Lo único que quieres es que yo pierda todo, que mi familia se quede en la calle, que mueran de hambre, que mi hermano pequeño nunca pueda ir a Eton, ni a Cambridge claro está.

—Es mejor Oxford —dijo Marcus.

Aquello sacó de sus casillas a Juliet quien comenzó a propinar puñetazos a Marcus para que la bajase. Pero Marcus Cavendish era un hombre fuerte, y apenas notaba los golpes de ella.

—Eres un cretino.

—Pero te casarás conmigo.

—No lo haré, me casaré con Philip Montagut.

—No te lo ha pedido, ni lo hará.

—Ni se te ocurra chantajearle como lo hiciste con Archie.

—¿Archie? Oh, ya veo. Llamas al duque de Westbury por su nombre de pila. —La dejó en el suelo.

—Es mi amigo —dijo Juliet colocando su vestido de forma correcta.

—No es amigo de nadie.

—Mío sí. Y no me importa que sus negocios sean de contrabando, no es mi nombre el que está en juego, imagino que él sabe bien lo que hace. ¿Y sabes una cosa? Si yo supiese hacer

dinero como él sabe, no me casaría con ningún hombre.

—No te ayudará.

—Lo verás.

—No te ayudará porque ayer mismo abandonó el país. Te avisé de que era peligroso.

—Regresará para cumplir con su palabra, es un caballero.

—Un caballero que vende, además de licor de contrabando, esclavos.

Juliet se tapó la boca de inmediato al escuchar lo que Marcus había dicho.

—Debo regresar con mi tía. Debe saberlo.

Juliet estaba preocupada. Estaba terriblemente preocupada. Además del engaño que había sufrido, ahora tenía un problema muy grande. La temporada estaba a un mes de darse por finalizada. Cuatro semanas. Y ahora el barón de Nova Scotia no servía para finalizar el plan.

—Seguro que ha llegado a sus oídos antes que a los tuyos.

¿Lo sabía? ¿Su tía lo sabía y no estaba allí para decirle qué hacer? Estaba claro, se había dado por vencida. Seguro que ya estaba recogiendo sus cosas y ocupándose de buscar algún lugar donde vivir. Estaban perdidos, tanto esfuerzo no había servido para nada.

Juliet comenzó a respirar demasiado rápido, no podía controlar su corazón, nunca había sentido algo parecido, no era un simple nerviosismo, estaba a punto de desmayarse.

Marcus se dio cuenta de que algo no iba bien, y se quedó un poco más cerca de ella, y cuando fue a preguntarle si necesitaba algo, se desplomó, a tiempo estuvo de sostenerla para que no se golpease con el suelo.

La tomó entre sus brazos, y susurró su nombre para intentar hacer que abriera sus ojos, pero no funcionó. Después la zarandeó suavemente, pero tampoco lo consiguió, y por ultimo le dio un par de golpecitos sobre su mejilla. Eso último sí que hizo que Juliet abriera los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Marcus.

—He perdido.

—Todavía puedes hacer una última cosa antes de darte por vencido. Cásate conmigo.

—Sí.

—¿Qué has dicho?

—Me has pedido que me case contigo, y yo he aceptado.

—Retiro mi oferta.

—¿Te burlas de mí?

—No quiero que te cases conmigo solo porque yo te lo pida.

—Creo que no te estoy entendiendo.

—No pienso casarme por dinero.

—Pero, es eso todo el tiempo, dinero. ¿Lo entiendes? Necesito el dinero para poder mantener a mi familia en la misma posición en la que viven, ni más y mejor, ni menos. Siempre es el dinero.

—No, no siempre es el dinero.

—¿Sabes por qué opinas diferente a mí?

Marcus esperó que continuase.

—Porque a ti nunca te ha faltado, y no has tenido que preocuparte.

—¿Solo te casarás conmigo por el dinero? —preguntó Marcus.

Juliet podía decir que sí y terminar con todo. O podía decir que no y alargar la conversación, incluso decir lo que de verdad sentía por él, desde hacía tantos años, pero eso solo la dejaba en inferioridad. Al menos de sentimientos, porque él ni siquiera sabía quién era ella. O eso creía Juliet.

—Solo por dinero. No te he engañado.

—Entonces sigue buscando, no creo que te resulte nada complicado, eres una mujer preciosa, e increíblemente inteligente.

—Lo soy, inteligente al menos, por eso me temo que regresaré a Willowbrook para despedirme de su familia, debo regresar a Bath, el tiempo corre, y no tengo el suficiente.

—No te dejaré ir.

—Acabas de retirar tu oferta de matrimonio. Debo de conseguir esposo.

—Pero no tendrás jamás lo que tenemos nosotros.

—¿Lo que tenemos?

—Sí, esto.

Entonces Marcus tomó a Juliet de la cintura y la arrastró hasta él, después colocó su mano en la nuca y acercó su cabeza suavemente a la suya, hasta dejarlas pegadas por los labios.

Después de darle el más dulce de los besos que Marcus había dado nunca, le susurró algo bonito en el oído que hizo que Juliet sonriera.

Deslizó la boca por el cuello y recorrió cada pedazo de su piel dejando un reguero de besos. A pesar de que estaba furioso por haber escuchado decir que tendría que buscar a otro esposo, sus besos era lentos, suaves, y llenos de dulzura.

Cuando el beso terminó se apartó de ella torpemente, su respiración le impedía mantener el equilibrio, y al mirarla desde un poco más de medio metro, se dio cuenta de que ella no parecía encontrarse en mejor estado.

Juliet respiró dos veces profundamente para recuperar el aliento, y se saboreó los labios.

Marcus sintió unos celos enormes de su boca, y sintió una punzada en su vientre al pensar que otro hombre podría saborearla.

—Espero que te hayas dado cuenta de lo que tenemos. Y si tú reconocieras que lo que existe entre nosotros es algo innegable, volvería a proponerte matrimonio. Es más, sería lo que más feliz me haría en el mundo.

Capítulo 18

Mayo de 1824

Propiedad de los duques de Hastings

Westminster, Inglaterra

Dos días después, Juliet se encontraba desubicada por completo. No había conseguido aclarar todas sus ideas. La noticia tan abrupta de que el duque de Westbury había dejado el país, la había destrozado. La insistencia del barón de Nova Scotia en querer verla continuamente, le estaba amargando los días, y la ignorancia a la que estaba sometida por parte del marqués de Salisbury le dolía más que si un carro le hubiese pasado por encima.

Cada vez que recordaba aquel último beso que Marcus le había dado, se ponía a temblar sin poder evitarlo.

¿Por qué le costaba tanto trabajo reconocer que tenía sentimientos por Marcus? Si lo verbalizaba todo terminaría. No podía costar tanto, o eso era lo que repetía una y otra vez su tía.

—Mandaré llamarle. Le dices que le amas y se acabó. Si hasta estoy convencida de que es cierto.

—No puedo casarme con él. Su madre me odia. Además él también me odiaba.

—¿Cómo dices?

—Es nuestro vecino desde siempre, he jugado infinitas veces al escondite con los Cavendish, pero nunca me han ofrecido un trozo de pastel, ni un vaso de agua, todo lo contrario, la marquesa de Salisbury me echó de su casa y me prohibió que volviese a acercarme a sus hijos.

—¿Por qué nunca me contaste que conocías a los Cavendish?

—Aún te habrías opuesto más a mi elección.

—De todas formas no importa, si debiésemos tener en cuenta todos los desplantes que la sociedad nos hace en algún momento de nuestras vidas… —trató de restar importancia.

Los tres días siguientes pasó la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación. Cuando su tía se dio cuenta de que nada de lo que dijese la haría entrar en razón, dejó de intentarlo, y comida tras comida, mandaba subirle una bandeja y dejarla junto a la puerta. Estaba a la vista de todos que no quería tener nada que ver con las personas.

Después de que pasara el tercer día de aquella reclusión impuesta así misma, su tía subió hasta su alcoba, y al escuchar la voz tras la puerta, Juliet se asustó. Algo muy importante debía de ocurrir para que su tía subiese todos aquellos escalones. Además últimamente se quejaba sobremanera del dolor de piernas.

—Ha llegado esto para ti —dijo todavía detrás de la puerta.

—¿Qué es?

—Es una carta de la marquesa de Salisbury.

—¿Ya tampoco intimidad nos queda? ¿Por qué abres mi correspondencia? —siguió hablando con la cabeza enterrada entre almohadones.

—No he abierto ninguna carta. Su lacayo me dio esa información, pero deberías abrirla.

—No es necesario. Imagino que desea verme, necesita convencerme para que me case con su hijo, sino ellos no podrán heredar nada del marqués.

Su tía se quedó helada como un tempano de hielo.

—Repite —dijo entrando en la alcoba.

—Marcus me dijo que su padre le obligaba a casarse con la protegida de la duquesa de Hastings, de otra manera perdería la herencia.

—¿Por qué iba hacer eso? Imagino que los viejos jugadores lo hacen hasta en su lecho de muerte.

—Extraño, pero real.

—¿Entonces?

—Acepté, claro está. No soy tan estúpida como crees.

—No lo estoy entendiendo, ¿por qué no lo estamos celebrando en lugar de encerrarte en tu habitación a llorar?

—Porque en ese momento, él retiró su oferta de matrimonio.

—¿Por qué iba hacer eso?

—Porque según él solo me caso por el dinero. Y él necesita que reconozca que es por amor.

—¿Le amas? —preguntó interesada.

—Me casaría con él por dinero, no pretendo mentirle a nadie.

—Estabas dispuesta a hacerlo con Philip Montagut. Ibas a mentirle.

Es cierto, pensó Juliet. Iba a casarse con Philip por dinero, y él no lo sabía, así es que eso era una mentira. No por su dinero, sino por el de Archie Lawrence, que se lo daría cuando se hubiese casado con alguien antes de que finalizase la temporada. ¿Entonces, por qué no podía

mentirle a Marcus?

Era sencillo. Solo debía decirle que le amaba, y entonces se casaría, su familia podría seguir viviendo sin problemas, ajenos a lo que había ocurrido, y hasta hubiesen podido llevar a Chals a Eton, a Oxford, y quien sabe, estudiar alguna carrera lejos de Londres.

Juliet abrió la carta despacio, bajo la atenta e incómoda mirada de escrutinio de su tía.

Sacó la hoja de dentro y leyó para ella, pero cuando llegó a la parte interesante, alzó la voz, de esa manera se ahorraría tener que repetirlo.

…he de reconocer que no esperaba que una Pennington rechazase nunca a un Cavendish…, dicho esto, te ruego escuches lo que tengo que decirte, después, tú serás libre de tomar cualquier decisión.

Te espero en nuestra casa de Bath.

—¿Piensas asistir?

—Ahora mismo. No me esperes despierta. Creo que la conversación será extensa.

Capítulo 19

Mayo de 1824
Propiedad de los Cavendish
Bath, Inglaterra

Cada dos minutos pensaba Juliet en Marcus. Ese era el tiempo que tardaba en sacárselo de la cabeza. No había otra cosa en la que pensar, solo en el marqués de Salisbury. Así es que cuando llegó la misiva de la marquesa solicitando su presencia en Bath, no tuvo dudas, iría.

Había escuchado cientos de veces que el tiempo curaría todas las heridas. Pero, ¿cuánto tiempo se necesitaba para curar aquel dolor que sentía cada vez que pensaba en Marcus? El destino era cruel con ella. Primero lo colocó a escasos kilómetros de la casa de sus padres para que se fijase en él, y cuando era niña y se enamoró, él le dijo lo fea y pobre que era. Creció con eso en la mente año tras año, y de nuevo la vida lo volvió a colocar en su camino para seguir haciéndola sufrir. ¿Lo peor de todo? Que ella no quería olvidarse de él, que recorrer su rostro mentalmente era algo placentero, que volver a sentir sus manos sobre su piel cuando soñaba en las noches, era el mejor de sus regalos, así es que ella misma se revolcaba una y otra vez sobre ese fango de miseria y tristeza.

Cuando Juliet llegó a la casa de los Cavendish se encontraba derrotada. No había caminado, pero su mente había trabajado tantísimo en repasar todos esos puntos que posiblemente saldrían como conversación con la marquesa, que estaba cansada.

La casa adosada de los Cavendish se erguía majestuosa en el buen barrio de Bath, donde solos las familias más importantes podían optar a vivir. Jamás había mirado la fachada con tanta calma. Ahora hasta podía ver las macetas colgando de las ventanas, o la reja de color blanca, cuando el resto de vecinos la habían pintado de negra. Las ventanas eran estrechas, ese era el

motivo por el que la casa no tenía mucha luz en su interior, todo tenía un motivo, pensó. Y de forma automática recordó que no sabía cual era el motivo que la había llevado hasta allí, ¿qué sería lo que la marquesa querría hablar con ella? ¿La boda? Eso era lo más posible, pero debía de conocerlo con certeza.

Golpeó la puerta con miedo, a pesar de querer saber lo que la marquesa tenía que decirle, también tenía miedo de no saber qué responderle, pues estaba muy cansada y sobrepasada con todos los acontecimientos del pasado.

El mayordomo la recibió, él sabía que vendría, y le indicó donde la esperaban.

¿Esperaban?

Se empezó a poner más nerviosa de lo que estaba cuando escuchó que no solo era con la marquesa con quien se reuniría.

La puerta del despacho se abrió muy despacio cuando ella la empujó con miedo.

Allí estaba su peor temor, Marcus Cavendish, el hombre que le había arruinado la vida solo existiendo.

No la miró en ningún momento, solo se limitó a quedarse allí, en pie y con su cabeza inclinada al suelo.

—Buenos días, señorita Pennington, ¿o podemos llamarla Pemberton? —Juliet se quedó petrificada. También sabían eso.

—Pueden llamarme como gusten. Pero si mi presencia aquí es solo para denigrarme, dejen que les diga que no soportaré más insultos a mi persona, y no porque me vaya a defender, sino porque ya es insoportable vivir conmigo misma en esta situación, no creo que puedan causar más dolor.

En ese instante Marcus levantó la cabeza para mirarla a los ojos, y su rostro no era feliz. Tenía la mirada acristalada, como si estuviese a punto de llorar, o como si ya lo hubiese hecho.

—Todo lo contrario, la he hecho llamar para que conozca todas las opciones que tiene —se detuvo después de escuchar el carraspeo fuerte de su hijo—, disculpe, que tenemos. Las opciones que nos quedan.

—No mentiré más. Tanto engaño me ha llevado a la peor de las situaciones —dijo Juliet.

—No sea estúpida. ¡La peor de las situaciones, dice! Si quiere saber cual es la peor de las situaciones pierda la oportunidad de contraer matrimonio con mi hijo, que yo misma me encargaré de pisotearla cuando esté en la misma calle.

—Se olvida que usted también lo estará, madre —hizo sonar al fin la voz Marcus.

En ese momento Juliet sintió un cosquilleo en las palmas de sus manos.

—Estamos todos muy tensos —dijo la marquesa—, sentémonos.

Mientras sus pensamientos trataban de resolver el enigma al que se enfrentaba, dejó caer su cuerpo para descansar sobre la silla que tenía detrás.

No dejaba de sentir que los ojos de Marcus se fijaban en ella. Y cuando giró su cuello para comprobar si estaba en lo cierto, se encontró con su mirada.

Notó una fuerza contenida, y se repitió para ella que aquella agitación que sentía solo era por su parte, pues él seguro que dentro de sí mismo estaba imperturbable. Pero cuando estaba a

punto de apartar los ojos de él, pudo ver en su rostro como le pedía una disculpa por las formas de su madre.

¿Estaba en lo cierto? Habían sido imaginaciones suyas quizá, pues el lenguaje de miradas no lo leía tan bien como pensaba.

Pero cuando ella seguía pensando en idioteces como esa, la marquesa continuaba hablando de las opciones que tenían ambas familias para no perderlo todo.

—Hace un día me reuní con el abogado de mi difunto esposo el marqués de Salisbury, y el señor Pinting fue muy claro. Esclarecedor podría decirse.

—Dígalo todo de una vez y no haga de esto su discurso especial de Navidades.

—Pero si tan solo estamos en mayo, hijo… —La duquesa disfrutaba siendo siempre el centro de toda reunión, conversación, o lo que fuera.

—No me encuentro bien, le ruego que termine cuanto antes con lo que tiene que decir —dijo Juliet.

Marcus al escuchar que estaba indispuesta no pudo apartar la mirada de ella en ningún momento de la conversación.

—Como deseéis. El abogado ha sido sincero y me ha revelado que la boda debe de celebrarse, pero no hay nada que diga que el matrimonio debe ser consumado, ni donde exija que no se pueden divorciar. Así es que lo mejor será que os caséis, y que después pidamos la nulidad. Problema resuelto. Y si no sirve nulidad, entonces os separáis, no es necesario que estéis juntos para siempre. Solo os casaréis para proteger a vuestras familias de la ruina.

Juliet comenzó a abanicarse con su mano. Estaba sudando, no había podido escuchar la mitad de lo que la marquesa había pronunciado, pero lo importante lo conocía. Solo había un problema, y era que Marcus Cavendish no iba a claudicar con eso, y ella no podría seguir viviendo con la culpa de ver a su familia en la calle.

—Pues si no hay más que decir, yo me retiro, como ya le he dicho no me encuentro muy bien —dijo Juliet.

—Un momento. Antes de que te marches, respóndeme a algo, ¿vas a casarte conmigo?

—¿Estás pidiéndome matrimonio? —preguntó Juliet todavía sentada.

—Así es. ¿Juliet Pemberton, quieres casarte conmigo? —pronunció Marcus poniéndose en pie.

Juliet apoyó sus dos manos sobre la silla para levantarse, y cuando se puso en pie, abrió su boca para responder a Marcus, pero con la misma lentitud que se levantó, se desplomó.

Capítulo 20

Mayo de 1824

Propiedad de los Cavendish

Bath, Inglaterra

Para cuando Juliet despertó de su desmayo, se encontraba tumbada sobre una cama, y a su lado Marcus Cavendish sin dejar de mirarla.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó ella.

—Es evidente.

—Siempre haces lo mismo.

—¿Qué?

—O no dices nada, o pides disculpas.

—No hay mucho que pueda decir yo, después de todo lo que nos ha ocurrido…

—No nos ha ocurrido nada. Tu padre ganó al duque de Hastings todas sus posesiones, y mi tía trataba de recuperarlas.

—¿A través de ti?

—O si prefieres verlo de otro modo, a través de ti —respondió ella.

—¿Vas a casarte conmigo? No pienses en otra cosa que no sea en tus hermanos, es lo que yo hago.

Juliet hubiese podido decirle que le amaba, que esos días que había pasado sin tener noticias el uno del otro, había comenzado a volverse loca. Que no dejaba de repasar cada una de sus palabras en su cabeza para volver a permitirse el lujo de escuchar su voz de nuevo. Pero otra

vez Marcus hablaba del deber de hacerlo todo por la familia, y no del amor.

¿Era él el mismo hombre que le había dicho que tenían aquello entre ellos después de besarla?

Se golpeó la cabeza para dejar los pensamientos estúpidos.

—No hagas eso —dijo él.

—Está bien. Nos casamos. Le devuelves a mi familia todo lo que era suyo antes de que tu padre desplumase al duque, y después nos alejamos de la forma más correcta.

—Pero antes de casarme contigo, déjame que te pida perdón.

—Adelante.

—¿No vas a preguntarme el motivo?

—Estoy segura de que lo hay, así es que adelante.

—Perdón por llamarte fea, enclenque, y pobre —pronunció Marcus.

En el rostro de Juliet apareció la mayor de las sorpresas. ¿Se acordaba de eso?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Quieres saber desde cuando sé que eres una Pembroke en lugar de Pennington? Pues desde hace una semana, sí, mi madre nos lo reveló a Violeta y a mí, estoy seguro de que nunca nos hubiésemos dado cuenta. Y eso que había algo en ti que me recordaba a ella, pero no lo hubiera imaginado nunca.

—¿Sorprendido?

—Desilusionado. Hubiese preferido que mi amiga de la infancia, la que me dio una paliza un día y casi me tira por un pozo, se hubiese dignado a decir quien era en lugar de intentar engañarme.

—No te olvides que tú también escondías un secreto, no te ibas a casar conmigo por ganas propias, más bien era por orden de tu padre.

—Creo que no lo entiendes aún. Entre tú y yo existe algo, no podemos ignorarlo. Dejando a un lado el deber, hay una atracción que nos hace diferentes.

—No hace falta que continúes, ya te he dicho que me casaré contigo, aunque sea para que mi hermano Chals…

—Vaya a Eton, y después a Cambridge… —interrumpió Marcus y terminó él la frase de ella.

Juliet bufó al escucharle.

—Una semana está más que bien para que puedas prepararte, puedes decírselo a tu familia, imagino que llevas mucho tiempo sin verlos. Después nos instalaremos en Willowbrook, y cuando todas las tierras y propiedades vuelvan a estar a nombre de la duquesa de Hastings podrás despedirte de mí. Si es que es lo que deseas.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Intentar convencerme de que tú te casarás conmigo por otro motivo que no sea el verdadero.

—Está bien, a partir de ahora no volveré a hacerlo. No hablaré. —Marcus simuló cerrar una cremallera sobre sus labios y cerrar un candado, después lanzó la llave lejos con fuerza. Y sonrió.

Y Juliet también sonrió.

—Ahora, si no es mucho pedir, sal de la habitación, he de levantarme y regresar a mi casa.

—Eres tan bonita cuando te enfadas.

—¿Te gusta verme enfadada?

—Siempre es mejor que verte triste —le guiñó un ojo.

Capítulo 21

Mayo de 1824

Propiedad de la duquesa de Hastings

Westminster, Inglaterra

Juliet entró en la casa como si fuese un torbellino. Daba grandes zancadas, se movía nerviosa por la estancia donde estaba su tía bordando.

—Cálmate, o no podrás contarme nada de lo que ha ocurrido, y no estoy aquí despierta aún por gusto.

—Se ha marchado.

—Eso no me lo esperaba. Qué desfachatez, pedirte que te reúnas en su casa y dar plantón.

—No. Quien se ha marchado es lord Lawrence.

—¿Qué tiene que ver él con los Cavendish? —Su tía no comprendía nada.

—¡Todo! No lo entiendes, nunca entiendes nada de lo que te cuento. Te digo que Archie Lawrence se ha ido, y tú me sales con esa pregunta. ¿Si Archie no está quien nos dará el dinero? ¿Lo entiendes ya? —dijo perdiendo los nervios.

Juliet continuaba moviéndose nerviosa, de un lado a otro. No podía dejar de morderse las uñas. Algo que ya hacía mucho tiempo que había dejado de hacer.

—Vayamos por partes… Has entrado a casa de la marquesa, y te ha dichoooo… —Trató de relajarla para que comenzase a hablar, pero por el principio. A ver si con suerte entendía el motivo de tanta alteración.

—Nos vamos a casar. No veo otra solución. Después pedirá la nulidad, si eso no es

permitido entonces nos distanciaremos el uno del otro tanto como sea posible.

—¿Por qué estás tan, irritada?

—Sigues sin comprenderlo. Me voy a casar con Marcus Cavendish.

—Hasta donde yo recuerdo, es lo que has deseado desde que llegó el momento de elegir esposo. Es más, cuando te dije que no apuntases tan alto te revelaste.

—Casarse con alguien a quien amas es un error.

Cuando ella misma escuchó salir de su boca lo que acababa de pronunciar, se cubrió los labios con las dos manos, y sus ojos miraron en la dirección donde había salido el sonido.

La duquesa negó con la cabeza.

—Todo lo que sé sobre la vida y el amor, lo he aprendido de ti. Y debo decirte que cumples con cada una de las cualidades para ser feliz. Y quizá me equivoque, pero rara vez caigo en el error de hacerlo. El día que te decantaste por ese caballero, tú sabías bien quien era. Además de que durante tu cacería siempre has estado pensando en tu familia, y aún así diría que has conseguido disfrutar de la compañía del marqués. No diría lo mismo con otros…

—¿Crees que tengo miedo?

—Creo que eres joven, y que yo soy una insensata por haberte metido en este lío.

—¿Y si le quiero? —preguntó en un susurro.

—Claro que le quieres. Pero no es motivo para que tengas que cargar con esta responsabilidad. Te pido perdón, Juliet. Si no estás segura de hacerlo, buscaré otra manera de conseguir el dinero.

—¡Le amo! Le amo tanto que hasta me duele el pecho de soportar el vacío cuando no estoy con él. Le amo aún sabiendo que él solo se casa conmigo por que su madre se lo ordena. Le amo tantísimo que sería capaz de dar mi vida por la suya. Me casaré con el marqués resignada a que a los pocos días nuestra separación me rompa el alma.

La tía no supo qué decirle. Así es que volvió a fijar sus ojos en el bordado que había dejado a un lado, y lo cogió para continuar.

Juliet se dirigió a su alcoba, aunque conocía que no iba a poder conciliar el sueño de manera fácil, no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar ahora que no fuese su cama. Encerrada en su habitación.

La duquesa de Hastings cuando vio que su sobrina se había marchado, rompió a llorar, y se arrepintió de lo que había hecho con ella.

Capítulo 22

Mayo de 1824

Propiedad de los Cavendish

Bath, Inglaterra

Marcus miró al cielo asomándose por la estrecha ventana de su dormitorio. Todavía faltaban algunas horas para que se hiciera de día, pero él ya no conseguía volver a dormirse. Estaba siendo la noche más difícil que recordaba.

Aunque Juliet había aceptado casarse con él, lo había hecho sin reconocer que le amaba, y aquello le causaba tanto dolor como el que su padre le había impartido obligándole a casarse con ella.

Pensó en quedarse allí encerrado en su alcoba, esperando a que el sol saliera del todo, o al menos la claridad anunciase que el día nuevo había llegado, pero agitó su cabeza y se decidió por vestirse. Había muchas cosas que hacer. Se iba a casar, y lo primero era pedir una licencia especial.

Cuando bajó las escaleras de la casa, el servicio todavía se encontraba ausente, era demasiado pronto hasta para ellos. Pero Violeta estaba sentada, con un libro entre sus manos, y acurrucada bajo una manta al lado de una de las ventanas que daban a la calle.

—¿Qué haces despierta? —preguntó Marcus con curiosidad.

—Estoy preocupada. Cuando estoy preocupada no puedo dormir.

—¿Puedo ayudarte?

Violeta torció la boca y miró hacia abajo.

—Si vas a casarte por lo que creo que lo haces. Díselo. Ella te ama desde siempre.

—¿Qué locura estás diciendo? Soy yo quien la amo, ella solo piensa en su familia, en si su hermano irá o no a Eton…

—La estupidez de los hombres es lo que más náuseas me provoca en el mundo. Ella siempre ha tenido sentimientos hacia ti, y estoy segura de que el día que la insultaste le rompiste el corazón.

—No es verdad. Entonces éramos unos críos.

—Ella lloró más de tres días seguidos, además de que había tenido el valor de desobedecer la orden que nuestra madre le dio. Le prohibió que se acercase a nosotros.

—¿Por qué nunca me contaste nada?

—Porque me amenazó con internarme en un colegio para niñas difíciles.

Marcus no tenía expresión en su rostro. Parecía que aquello no le tomaba por sorpresa.

—Hubiera sido capaz. Sí, ya lo creo —dijo con tristeza.

—No tengas la menor de las dudas, hermano.

—Me marcho. Debo de hacer unos recados.

Habían pasado tres días. Llenos de quehaceres para Marcus. Debía de organizar todo para que la boda fuese lo más espectacular que sabía. No iba a preguntarle a la novia las flores que le gustaban, o si prefería un carro con caballos blancos para que los llevase a su futuro hogar. Nada, de todo se iba a ocupar él, aunque hubiese personas a su alrededor diciendo todo el tiempo que no era su trabajo.

De esa forma se mantenía ocupado, no pensaba demasiado en Juliet, y las horas pasaban más rápido.

También existía otra preocupación, pues desde que había ido a Rutland a encargarse de un asunto importante no había tenido noticias de nadie.

El poco tiempo que permanecía en Bath intentaba no pasarlo en su hogar, y de esa manera cruzar pocas palabras con su madre. Estaba enfadado, conocía que era una mujer muy controladora, pero tanto como hasta llegar a ese punto, no.

La sorpresa del día llegó cuando menos la esperaba. Solo quedaban pocos días para casarse con la mujer a la que amaba. Y cuando el mayordomo anunció la visita, el temor a que todo pudiese arruinarse le paralizó.

—Señor, ¿desea que le diga que no es buen momento? —preguntó el mayordomo con cautela y en voz baja.

Después de medio minuto en silencio, respondió.

—Hágale pasar.

A los pocos minutos una sombra grande y robusta cruzó la puerta de la biblioteca.

—No tenía manera de avisarle de que vendría. El correo habría tardado en llegar más que mi caballo y yo.

—¿Ha venido usted a caballo? —Se acercó para saludarle como era debido, y le ofreció la mano.

—Imagino que no conoce nada de nuestras costumbres. Como bien sabe somos campesinos, arrendatarios de campos que les pertenecen. Nuestra casa aunque propia es muy humilde, y montar a caballo es la forma más económica de encontrar entretenimiento.

—Lamento haber irrumpido en su casa hace unos días. No deseaba incomodarle como lo hice, mi intención era pedir la mano de su hija, que aunque sea la protegida de la duquesa de Hastings, conociendo que su padre existía, me vi en la obligación de hacer lo que se espera de un caballero.

—Discúlpeme usted por haberle echado de nuestra casa con aquellos modales. Usted no es el culpable de que mi cuñada la duquesa de Hastings se llevase a nuestra hija cuando tan solo era una niña.

—Entiendo su dolor. No debe disculparse conmigo, solo quiero que sepa que lo que siento por su hija es verdadero.

Raimon Pemberton estrechó el cuerpo de Marcus entre sus brazos.

—Veo en sus ojos sinceridad, espero que sean muy felices.

—Yo también lo espero. Si me lo permite, le ofrezco mi hogar para que puedan quedarse aquí en Bath y prepararse para la boda. Creo que sería una sorpresa para Juliet. No se preocupe por su familia, si me da permiso mandaré un carro ahora mismo a por ellos.

—Dese prisa en hacerlo, ya sabe como está el camino, menos de dos días es imposible no perder.

Capítulo 23

Mayo de 1824

Propiedad de los duques de Hastings

Westminster, Inglaterra

La noche parecía mágica, la luna hacía su papel principal sobre aquel cielo lleno de estrellas que brillaban con fuerza. Nunca había visto tantas estrellas juntas sobre aquel cielo de Londres. Parecía que bajo aquel manto brillante nada podía salir mal, y Juliet así se convenció.

Cuando se miró en el espejo después de que su doncella la ayudara a vestirse con aquel vestido blanco que cubría su cuerpo, pudo ver una mujer que estaba a punto de completar su cometido en la vida. Al menos como ella lo veía ya solo quedaba pronunciar ese sí quiero tan ansiado para ella. Y todo habría dejado de importar después de eso.

De repente, se sintió vacía.

¿Y si toda su vida, al menos la que había vivido hasta ahora había estado dando círculos hasta que llegase este momento?

¿Qué pasaría entonces después de completar su labor?

Pues que nada tendría sentido para ella.

Eso fue lo que pensó al verse vestida de novia frente aquel espejo, que todo estaba a punto de terminar.

El barullo a las puertas de su casa en Westminster la hicieron acercarse hasta la ventana.

La sorpresa que se llevó al acercar su rostro al cristal fue inmensa. Al menos cien personas se agolpaban en la calle para verla salir.

—Terminemos cuanto antes con esto —dijo en voz alta.

Salió de su alcoba sosteniendo el vestido bien apretado entre sus puños para no tropezar con el largo.

Cuando apoyó su mano en la barandilla de la escalera, la apretó con fuerza. Supo que esa sería su única salvación de no caer rodando por la larga escalera, porque sus piernas ya le habían avisado de que no iban a sujetarla por más tiempo.

Enfureció por ser una mujer débil, una de esas que se desmaya a la más mínima, y comenzó a bajar escalones.

Cuando solo le quedaban unos cuatro o cinco, dudó en si continuar sujetándose con fuerza a la barandilla o encomendarse a Dios. Quizá él quería que se desmayase, que se diese un golpe en la cabeza, y que aquella boda no se celebrase. Apunto estuvo de hacerlo, pero de pronto, una voz dulce y cálida la hizo regresar al lugar y dejar sus pensamientos para después.

—Nunca hubiese imaginado que este momento llegaría.

—¿Mamá?

Juliet levantó la mirada de los escalones, esos a los que no quitaba ojo de encima y que amenazaban con romperle la crisma.

Cuando vio el rostro de su madre, rompió a llorar, y de un salto, que ni ella misma hubiera pensado que era capaz de dar, se abalanzó sobre sus brazos.

La apretó con fuerza, sollozó escondiendo su cara entre el cuello y el hombro de su madre, y después del tiempo suficiente junto a ella, se separó avergonzada.

—¿Qué haces aquí? —consiguió decirle mientras secaba sus lágrimas.

—Tu esposo se ha encargado de todo. Bueno, el que será tu esposo dentro de pocas horas.

Juliet la miró extrañada por sus palabras. No esperaba que Marcus fuese hacer algo así, y aquel gesto le acarició el corazón.

Su tía esperaba en la puerta junto al carro que las llevaría a Bath Abbey. Al ver salir a su sobrina junto a su hermana, sintió un enorme júbilo de que en un día tan importante ambas pudiesen disfrutar la una de la otra, y a la vez, el dolor de esa decisión tomada años atrás.

El camino hasta llegar a la Abadía fue incómodo para la duquesa de Hastings, pues no dejaba de repetirse en su interior que por su culpa su sobrina sería una mujer desdichada.

Mientras que Juliet en su cabeza lo único que deseaba era volver a besar los cálidos labios de Marcus.

Todo un sinsentido se decía así misma. Ella pensando en el amor todavía, cuando conocía que a los pocos días de aquella unión volverían a separarse de nuevo.

Sin embargo, en el interior de la capilla donde iba a dar lugar aquella unión, se hablaban de temas que iban más allá del amor y la felicidad de Marcus y Juliet.

La marquesa de Salisbury se acercaba a su hijo ya colocado junto al altar para recordarle que debía ser fiel a su compromiso hasta el último segundo. Y que debería al menos esperar una semana para despreciarla.

—¿Continúas sin escucharme? —preguntó Marcus atónito después de escucharla hablarle.

—¿Decías?

—No me caso por ese absurdo mandato de padre. Me caso con ella porque la amo. ¿Me has oído?

—Otra vez con esas enajenaciones. Debes olvidarte cuando antes de esa muchacha. No te preocupes, diremos que fue un momento de debilidad, nadie tiene porqué enterarse de nada —resumió en tono convincente.

—Juro por mi padre que está bajo tierra que lucharé porque este compromiso viva eternamente, y nuestro matrimonio perdure para siempre.

Esas fueron las palabras que Marcus Cavendish dijo justo antes de que Juliet irrumpiese por la puerta de la Abadía y él enmudeciese al verla.

Pensó que era la mujer más bonita que jamás nadie pudiese admirar, y como si fuese un niño empezó a sentirse nervioso mientras ella se acercaba.

La había visto caminar en ocasiones incansables, y ninguna de ellas lo había hecho tan lento. Así es que llegó a pensar que ella alargaba el momento todo lo que estaba en su mano.

Marcus bajó los tres escalones que los separaban, y con timidez le cogió la mano bajo la sorpresa de ella.

—Si continúas haciéndome esperar juro que mi corazón va a detenerse —le dijo él.

—No es necesario que hagas un papel que no te corresponde, pienso decir que sí cuando el sacerdote me pregunte.

—¿Por qué te empeñas en no creer que me he enamorado de ti?

—Porque me has estado engañando todo el tiempo, sabías quien era, obedecías órdenes para esto —señaló las paredes de la capilla.

—Tú también has intentado engañarme, solo pretendías salvaguardar lo que os pertenecía.

—No es lo mismo.

—Oh, sí que lo es.

—Yo —Juliet dudó en si debía o no decirlo—, yo siempre…

El sacerdote interrumpió la charla.

Las palabras del sacerdote no fueron con las que ella soñaba, o mejor dicho sufría de pesadillas en la última semana. No hubo ninguna que hiciera referencia a que era una mentirosa, ni una villana, ni tampoco hacía alusiones delante de todo el público que se unía al marqués de Salisbury por su fortuna.

Cuando el eclesiástico terminó con su largo discurso, ella dejó salir todo el aire que estaba guardando en sus pulmones.

—Este es el momento —le susurró Marcus.

Pudiera parecerle a Marcus que Juliet lo estaba mirando, pero en realidad había hecho un viaje a Rutland con su memoria, y a pesar de tener los ojos abiertos, ella estaba soñando.

En su increíble sueño correteaba por los campos de grano como si todavía fuese una niña, sin esas obligaciones y responsabilidades que había adquirido desde hacía muy poco, y las que le habían arrancado las ganas de reír todo el tiempo. Porque aunque en algunos de los momentos había sido ciertamente divertido ver a Marcus pedirle perdón, o jugar con él, la mayor parte del tiempo había sido angustiosamente terrorífica.

Marcus había comenzado a sudar al ver que Juliet no respondía. Había estado tan cerca de poder demostrarle todo ese amor que sentía una vez se trasladasen a Rutland y ahora todo amenazaba con desmoronarse, tanto que incluso sus hombros habían perdido la postura correcta y se habían dado por vencido.

—Sí, quiero —respondió al menos después de que hubiesen pasado dos largos minutos.

Aquella era la afirmación que quedaba para dar por finalizada la ceremonia. Así es que cuando todos los presentes comenzaron a aplaudir sin descanso, sobre todo los padres y hermanos de Juliet, ella fue consciente de que ya todo había terminado.

Lo había conseguido. Su pesadilla había finalizado. Todos estaban a salvo.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro, y Marcus cuando avistó esa chispa de alegría le sostuvo su rostro entre las manos y le plasmó un tierno beso en los labios.

Capítulo 24

Junio de 1824

Willowbrook, Propiedad de los marqueses de Salisbury

Rutland, Inglaterra

Hubiese sido todo más fácil si Juliet fuese una muchacha sumisa y sin tanta terquedad. Pero esa no era ella, así es que no aceptó pasar ni un solo segundo en compañía de su esposo. Haciendo alusión a todo cuanto la madre de Marcus había pronunciado el día que la hizo llamar a su casa. Que no haría falta consumar el matrimonio, que podrían pedir una nulidad a los pocos días, o incluso separarse y no tener que soportar la presencia del otro.

Y así lo comunicó nada más subirse al carro cuando ambos se encontraban juntos.

Le dijo que ella viviría en una de las propiedades, y él iría a otra, esa misma noche. Sin esperar nada más.

Poco le importó si sus padres habían hecho un largo viaje para disfrutar de la supuesta felicidad de su hija al casarse. Ella continuó creyendo que él no la amaba y que todo era una treta para no perder sus riquezas, y no iba a cambiar de opinión por una frase sentimental minutos antes de la boda.

¡Qué desfachatez! Pensó cuando recordaba ese momento.

El verano estaba en su pleno apogeo, la temporada daba pequeños atisbos de que llegaba a su final. Pocas damas continuaban solteras, bueno, no comprometidas, porque no era obligado pedir la mano y pasar por el altar como ella había hecho.

Aquella mañana de junio amaneció lloviznando, pero esa no iba a ser excusa para no montar a caballo. Desde que era una mujer libre, o al menos así lo sentía ahora, iba a hacer lo que le viniese en gana en cada momento.

Continuaba casada, sí, pero para su percepción, era un simple documento más, como si se tratase de una partida de nacimiento, nada con demasiada importancia en el día a día.

Había ido a los establos a buscar a su caballo, y este al verla entrar le había saludado feliz al verla con un relinche típico de los que solía emitir al verla.

Cabalgar a horcajadas era lo único que le recordaba que era una mujer rebelde, y lo hacía casi a diario para no olvidar de donde venía. Aunque eso le costaba bien poco, porque se encontraba en el mismo lugar del cual salió. Rutland, sí, le había pedido venir aquí a vivir hasta que pudiesen dar por roto aquel horrible matrimonio. Y aunque él había objetado que su trabajo estaba allí ocupándose de las tareas de las tierras, ella le convenció de que un administrador podría hacer su tarea y así ella podría instalarse cerca de su familia. Y así fue.

Así fue hasta que una mañana apareció en Willowbrook cuando Juliet regresaba de su paseo diario.

Verle allí, bajando todo ese maldito equipaje que descargaban los lacayos del carro, fue lo que enfureció a Juliet. Que de un salto, y sin detener el equino, apareció frente a Marcus y la compañía.

—¿Traes contigo algún documento que deba firmar? —preguntó ella.

Marcus negó con la cabeza. No podía articular palabra, se había quedado mudo al verla allí plantada frente a él, con la cara sucia, una camisa ligeramente abierta por el cuello, y con pantalones.

Cerró los ojos y rio tres veces para él, pero todo su cuerpo se movió dejando ver que había

algo que le resultaba divertido.

—Como ya sabe, mi matrimonio no es lo que se dice, convencional —pronunció Marcus dirigiéndose a la compañía que llevaba con él.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó ella furiosa.

—Es mi propiedad, y tengo derecho a venir cuando me apetezca. Además estoy seguro de que la compañía de dos personas no te harán sentirte incómoda.

—La tuya sí —respondió.

—No discutáis, podemos hacer algo los tres juntos y así entretenernos —terminó hablando Margaret, la compañía del marqués.

—¿Qué nos sugieres, querida? —le preguntó Marcus—. Mi esposa es fabulosa trazando planes, ¿verdad? Estoy seguro de que se te ocurrirá algo —le inquirió con la mirada.

Juliet se retiró inmediatamente de su lado después de dar por finalizado el escrutinio necesario para averiguar si su esposo había viajado hasta Rutland con aquella tal Margaret a solas, o alguien más les acompañaba. Y no, nadie más bajó de aquel carro en todo ese tiempo que ella se quedó allí plasmada a esperar a que terminasen de descargar equipajes.

¿Cómo demonios tenía la poca vergüenza de ir a Willowbrook con una mujer? Cerdo, insensato, cruel mentiroso. Era un ser despiadado que ahora ya dejaba ver que jamás la había querido, ni tan siquiera había sentido algo de cariño por ella.

Así es que con toda esa furia dentro de su cuerpo, volvió a subir a lomos de su caballo, y se dirigió hasta la cima de una colina cercana a la propiedad. Estaba empezando a llover de nuevo, parecía que ni el mismo tiempo le iba a dar una tregua, pero ella no iba a dejarse vencer tan pronto por unas cuantas gotas de agua.

Al llegar a la cima de una de las montañas de la colina, la lluvia ya caía con tanta intensidad que cuando volvió la mirada hacia el caballo, este ya se había marchado asustado con uno de los truenos que habían hecho temblar las tierras.

Juliet no dudó ni un segundo en si debía o no marcharse, pues estaba en el lugar que deseaba estar, y aun así la sensación siempre era la misma. Sentía un enorme vacío en su interior, y no lograba arrancarse esa sensación desde que aceptó aquel matrimonio.

De repente, el tiempo comenzó a cambiar, y aunque en principio pensó que sería una simple tormenta de verano y que en cuestión de pocos minutos escamparía, ocurrió justo lo contrario. El cielo se tornó de gris ceniza, el viento comenzó a soplar de manera furiosa haciendo volar miles de hojas de los árboles mas cercanos. Y en cuestión de pocos minutos Juliet no conseguía ver donde se encontraba. Entre la ventisca, la lluvia, y todas las hojas volando alrededor de ella, lo único que pudo hacer fue sentarse sobre el suelo, y abrazarse las rodillas con la cabeza entre las piernas, y esperar que el temporal pasara.

Capítulo 25

Junio de 1824

Willowbrook, Propiedad de los marqueses de Salisbury

Rutland, Inglaterra



En cuanto el marqués escuchó el primero de los truenos, apareció en la cuadra para ver si estaban todos los caballos allí. Y al ver que uno faltaba, salió preocupado en busca del mozo.

No le hizo falta que nadie le dijera nada al ver correr en dirección de la casa al caballo que buscaba, y en cuanto pudo comprobar que regresaba solo, corrió a ensillar otro de los caballos menos asustado, y salió a buscar a su esposa. Porque convenido o no, aquel matrimonio, él así sentía que era, su esposa.

De repente la oscuridad se adueñó de todo cuanto estaba frente a él, y lo único que le hizo poder ver por donde galopaba fue aquel relámpago que iluminó al menos medio acre con su destello.

No dejaba de maldecir todo el tiempo, que a quien se le ocurriría salir a cabalgar con aquel tiempo. Eso era un síntoma de locura, alguien tendría que reconocerla muy seriamente, se había casado con una insensata que ponía su vida en peligro todo el tiempo.

El caballo no podía ver bien por donde pisaba, así es que él mismo redujo el paso, y de pronto se frenó en seco. Por más que le exigía que continuase, él no movía un pelo de su cabellera, y entonces decidió desmontar para comprobar qué era lo que ocurría. Y de nuevo otro relámpago. Y menos mal que fue así, porque allí, en mitad de la montaña estaba Juliet tirada, sin conocimiento y empapada por completo.

La cogió deprisa, la montó al caballo como si fuese una muñeca de trapo, y sin pensar en

nada más le exigió al caballo que corriese todo cuanto pudiera para regresar a casa.

Cuando apareció por la puerta de Willowbrook con Juliet en sus brazos, los sirvientes acudieron todos en su ayuda.

—Guarde el caballo, señor Thompson, debe de estar asustado —le pidió Marcus.

A lo que el señor Thompson con gran habilidad salió corriendo a sus órdenes.

Dos de las doncellas llevaron toallas para intentar secar a Juliet, pero el marqués les pidió que llenasen una tina con agua caliente. Al parecer estaba helada, y debía de entrar a temperatura lo más rápido posible.

Cuando el agua estuvo preparada, él mismo se encargó de depositarla dentro de la tina con la ayuda de las doncellas.

—Quítenle las ropas, si no pueden hacerlo fácilmente rómpanlas, no se preocupen por las telas. Ocúpense de ella, por favor —dijo Marcus antes de salir de la alcoba.

—Te importa, no puedes ocultarlo —pronunció Margaret al ver a Marcus como se desvivía por ella.

—No importa lo que yo sienta, ella nunca va a creerme.

—No tires la toalla tan rápido. Cada momento cuenta, estamos aquí para eso, ¿no? —insistió Margaret.

—No comprendo todavía porqué hemos venido, no debí hacerte caso.

—Iré a ver cómo se encuentra.

—Llamaré al doctor.

Juliet reaccionó al poco de meterla en el agua caliente. Más tarde las doncellas de Willowbrook se encargaron de acomodarla en su alcoba, donde se quedó dormida.

Abrió los ojos y se sentó en la cama de golpe respirando con mucha dificultad. Estaba empapada en sudor, y su camisón se encontraba totalmente mojado. Tenía el pelo pegado al cuello, y se lo apartó recogiéndolo en una especie de moño detrás de la cabeza. Se levantó con cuidado y abrió la ventana, que aunque continuaba lloviendo, el viento se había detenido. Poco a poco fue recuperando la temperatura corporal y entonces se dirigió de nuevo a su cama.

Entonces fue cuando vio sentado en un butacón a su lado a Marcus. Dio un salto del susto, y se cubrió rápidamente su cuerpo con las manos, colocándolas sobre sus pechos, que imaginaba quedaban demasiado expuestos debido al sudor.

—No puedes estar aquí —le dijo ella todavía asustada y con la respiración entrecortada.

—Eres una insensata, podrías haber muerto —le dijo poniéndose en pie.

—Vete ahora mismo de mi alcoba —le pidió dándose la vuelta y señalando a la puerta. De esa forma pudo ocultar en su rostro la excitación que sentía por estar en la misma habitación con él.

—No pienso irme hasta que me escuches.

Marcus se acercó a ella y apoyó su mano sobre su hombro desnudo.

—Sal —su voz sonó como un susurro, como si le faltasen fuerzas para pronunciar las palabras.

—No insistas, no me marcharé.

Marcus estaba más cerca de ella, y casi podía oler el aroma de su piel.

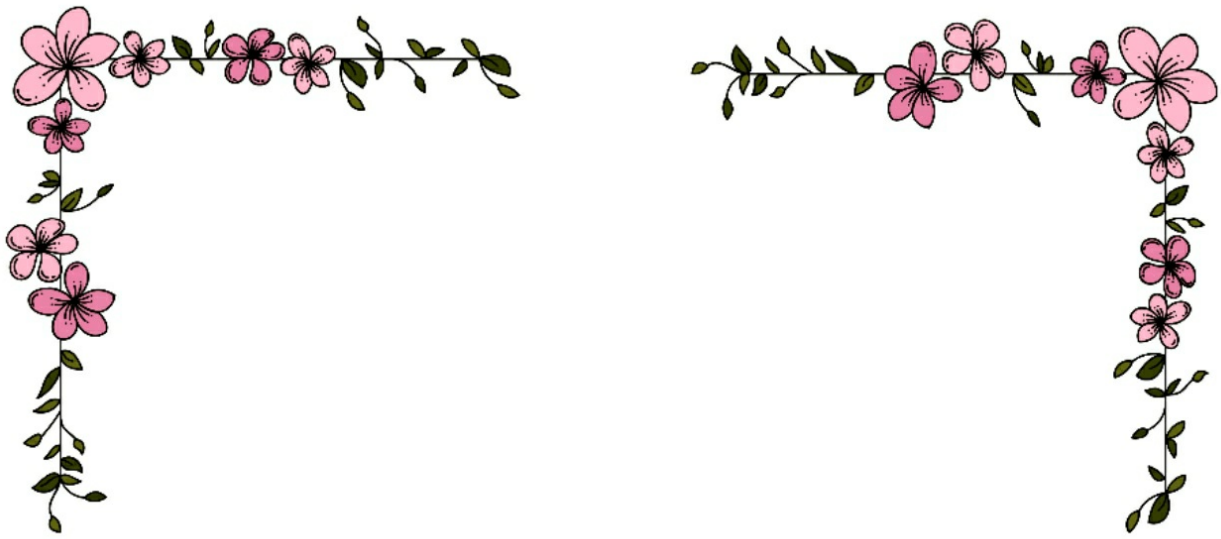
—Pues gritaré —amenazó ella.

—Te olvidas de algo, y es que eres mi esposa. Puedes gritar cuanto desees, nadie me verá como un peligro. Bueno, por lo visto sí, tú. —Apartó la mano de su cuerpo.

—Si lo que buscas es un agradecimiento por haberme bajado de la montaña, te diré que si no hubieses venido a Willowbrook yo no hubiese subido allí.

—Descansa.

Marcus se fue después de escucharla, y aunque estaba deseando besarla para callar su boca, no pudo hacer tal cosa, así que solo le quedaba salir de allí.



Capítulo 26

Junio de 1824

Willowbrook, Propiedad de los marqueses de Salisbury

Rutland, Inglaterra



Juliet se retorcía las manos con tantos nervios que tuvo que obligarse a detener aquello si no quería romper alguno de sus dedos.

—Avisen a mi —enfurecía siempre que tenía que referirse a él de aquel modo—, esposo que he salido. Regresaré cuando él ya no esté.

Le pedía a su doncella mientras se levantaba tras el desayuno. Lo había estado pensando toda la larga noche, la misma en la que no había conseguido pegar ojo.

Solo saber que Marcus se encontraba en la misma planta que ella alteraba toda su sangre. No sabía con certeza, si lo que sentía era odio, deseo, rabia, tristeza, no podía diferenciar ninguna de esas sensaciones que él le hacía sentir. Por que de repente lo deseaba, después sentía rabia por querer tenerle cerca, más tarde la tristeza se adueñaba de todos sus sentimientos, y por último llegaba la rabia por no lograr olvidarse de él. Así que había decidido marcharse, cuanto más lejos se encontraran el uno del otro, menos trabajo le costaría olvidarse de que existía.

Al salir del salón se encontró con Margaret, la que la saludó, después suspiró, y hubo un largo y cargado silencio hasta que Juliet le contestara.

—A partir de hoy podrán disfrutar de todo esto solos, me marcho —dijo Juliet con sorna, incrédula aún por el atrevimiento de que su esposo, que por mucho que le costase pronunciar lo que eran, la hubiese llevado allí en su presencia.

—Para ser una joven que se ha criado en el campo alejada de los formalismos, déjeme decirle que se ofende usted demasiado rápido.

¿De verdad le estaba insinuando que era ridículo enfadarse por que su esposo llevase a su casa a su querida?

—No sé de donde procede, señorita Margaret. Porque entiendo que sigue siendo una dama —le pinchó con aquel medio insulto—, pero puede usted estar muy tranquila en su estancia en Willowbrook, no se corte en hacer nada que desee, mi presencia no será un obstáculo.

Juliet continuó con su paso, hasta que recordó que olvidaba decirle algo.

—Ah, y no me ofendo. Para que eso ocurriese la persona en cuestión debería importarme.

Dicho aquello se alejó arremetiendo un fuerte golpe con la puerta al cerrarla, y después ya en la calle, comenzó a caminar dando patadas a cada piedra que encontraba por el camino, hasta que llegó a un arbusto y comenzó a sacudirle manotazos con ambas manos como si la pobre planta tuviese culpa de algo.

Desde la ventana superior de la casa, alguien miraba extrañado al ver la pelea que su esposa tenía con la vegetación. Hasta que la puerta se abrió y Margaret le comunicó que Juliet estaba a punto de marcharse de allí. Entonces Marcus corrió escaleras abajo, debía de impedir que se fuera, él había llegado allí solo por ella, así que si ahora se marchaba todo habría terminado. Pero la verdad, es que desde que había llegado no había hecho nada por retenerla, pensaba una y otra vez mientras bajaba todos esos malditos escalones que parecían no llegar a su fin.

—¡No lo hagas! —le gritó Margaret poco antes de que saliera por la puerta dispuesto a rogarle que no se fuera.

Marcus se dio la vuelta confuso.

—Si no lo hago la perderé.

—Y si lo haces también.

Probablemente fuera así, pero entonces, qué otra cosa le quedaba por hacer.

—¿Y ahora? —le preguntó.

—Ve y dile que trajiste ese maldito documento por el que ella tanto te pregunta.

—Sabes bien que ni siquiera me he dignado a solicitarlo —asumió con tristeza.

—No importa, es el único modo de poder retenerla un poco más de tiempo. Si cree que posees la nulidad, te escuchará.

Marcus caminó para acercarse a ella, que todavía se encontraba dando golpes a lo que quedaba de planta.

—Cuando hayas terminado con tus ejercicios en la mañana, reúnete conmigo en mi despacho. Bueno —añadió al recordar que aquel que había sido su despacho desde que su padre falleciera, ahora se encontraba totalmente diferente a como él recordaba haberlo dejado—, el despacho, porque no parece el mío.

Juliet abrió la boca sorprendida, no esperaba que Marcus estuviese viendo aquel nefasto espectáculo. Pero se espolsó las manos que tenían restos de hojas verdes y giró sobre sí misma para mirarle a la cara.

—¿Qué necesitas de mí? —le preguntó ella.

—Tu firma. Traje el documento que pondrá fin a tu tortura.

Juliet abrió los ojos, pero no era sorpresa lo que reflejaban, era terror. El fin había llegado.

Todo lo que envolvía a Marcus Cavendish era un enigma para ella. Si estaban casados, deseaba separarse cuanto antes para quedar al fin libre, y ahora que había llegado el momento de hacerlo, estaba sintiendo una pena inmensa por no tener ya nada que lo sintiera unido a ella.

—¡Demonios! —gritó con fuerza al no poder aclarar su cabeza como era debido.

—Lamento haberte dicho que no había traído los papeles, pero no hace falta que reacciones de esa manera, todo habrá terminado cuando el sacerdote curse la nulidad. Será como si no hubiésemos existido el uno para el otro.

¿De verdad no había existido para él? Eso fue con lo único que se quedó ella de todas esas palabras que Marcus pronunció. Que en pocos días Juliet Pemberton ni si quiera flotaría por algún rincón de la memoria de Marcus.

—Pues firmemos dicho documento sin esperar un segundo más.

Al entrar en el despacho, Marcus tuvo que retirar todos esos libros de cuentas que andaban esparcidos por toda la mesa.

—Hay ciertas irregularidades en los cobros a los arrendatarios —dijo Juliet señalando los libros.

—Este asunto no es cosa tuya, es del señor Nicolson, recuerda que le contraté para no

ocuparme yo mismo y que tú pudieses quedarte aquí —le respondió él.

Ella negó con la cabeza.

—Las irregularidades vienen desde hace al menos seis años. Se les ha estado cobrando a cada arrendatario una suma increíble de repente, no comprendo como han podido continuar viviendo por aquí. Es ilícito.

—Si no se han ido será porque sí que pueden pagarlo.

Juliet bufó con mucha fuerza.

—Lo están haciendo. Al menos la cuarta parte de ellos ya me han comunicado que abandonan Rutland.

—Tendré que encargarme de eso más tarde, ¿se puede saber por qué el administrador no me lo ha comunicado? —dijo dejando ver un poco de enfado.

—Ya me he encargado de todo. A falta evidentemente de que lo apruebes.

—¿Es justo? —preguntó sin saber qué era lo que Juliet iba a pedirle que aprobase.

—Muy justo.

—Pues queda aprobado.

Ella se llevó una grata noticia al ver que al menos alguien saldría ganando en aquella unión, aparte de ambas familias.

—Y ahora, si no te importa, me gustaría firmar… —No se atrevía a pronunciarlo.

—Oh, sí, eso —Marcus empezó a buscar en el cajón—. No recuerdo donde lo puse —dijo.

—¡Haz memoria!

Marcus se quedó mirando fijamente el cajón, donde muchos papeles aparecían en él amontonados, y pensó en sacar cualquiera de ellos, hacerle firmar y dar por terminado todo, pero conocía bien a Juliet y sabía que leería cada palabra de lo que pusiera en el papel. Así que cerró el cajón, rodeó la mesa de escritorio y se quedó frente a ella, que se encontraba acomodada en una silla.

Clavó la rodilla en el suelo, y juntó ambas manos a modo de súplica.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Juliet confundida.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Has debido de olvidar que estamos casados y que lo que pretendemos es romper esta estúpida unión.

—Quiero casarme contigo. Yo quiero estar casado contigo.

—Olvídate del deber, ya has cumplido con lo que se esperaba de ti, ahora podemos volver a vivir nuestra vida sin estar atados el uno al otro. No hace falta que sigas pensando en mí como un favor —replicó ella.

—¡Cállate de una maldita vez! —exclamó Marcus—. Deja de pensar que todo esto es por ti.

Juliet se estremeció al escucharle, jamás le había hablado con aquella autoridad.

—¿Qué? —le preguntó confundida por lo que había dicho.

—Te he dicho, que dejes de pensar que esto es por ti, que es por que mi padre me lo pidió, que es por mi familia, por la tuya…

—¿Y si no? —Juliet le miró con miedo.

—Porque quiero yo, porque aunque he tardado me he dado cuenta de que quiero estar contigo. Quizá no te hubiese pedido matrimonio tan pronto de no ser por aquel asunto, pero juro por el mismo Dios que no te hubiera dejado escapar.

—¿Cómo puedo creerte?

—¿Alguien a quien no quieres le besarías de esta manera?

Marcus se levantó un poco y se echó sobre ella que estaba todavía sentada en la butaca frente a él.

Cuando sus labios se juntaron Juliet recordó el motivo por el que no podía dejar de desear volver a besar aquellos labios.

El beso entre ellos estaba siendo tierno, dulce, con algo de pasión, pero no como para acabar desnudándose allí mismo, como ella recordaba los anteriores.

—Firmemos el documento —dijo, y dejó sorprendido a Marcus.

—Como quieras —se resignó.

No iba a obligar a nadie a vivir eternamente con él si no era su deseo.

—No me culpes por esta decisión. Si deseas de verdad casarte conmigo, antes tendrás que dejar de estar casado —dijo ella haciendo una mueca con sutil picardía.

Marcus se puso en pie, y estiró del cuerpo de Juliet para colocarla en pie. La abrazó con fuerza, unió sus labios de nuevo con los de ella, besó su cuello, después bajó por la clavícula, y depositó todo un reguero de besos por su piel suave y tersa desde los hombros hasta sus pechos.

Marcus la levantó y la colocó sobre la mesa en la que antes se encontraban todos esos libros de contabilidad que ahora estaban esparcidos por el suelo.

Los besos se habían vuelto más exigentes y las respiraciones de ambos se escuchaban seguramente fuera del despacho. Por eso Juliet le tapó la boca con su mano, y él como respuesta levantó la parte baja del vestido de ella y colocó su mano sobre su sexo.

Un gemido salió de la boca de ella, y él sonrió pícaro al escucharlo.

Ella como por instinto supo rápidamente lo que tenía que hacer, y abrió las piernas y envolvió el cuerpo de Marcus rodeándolo con ellas.

Cuando ambos notaron sus cuerpos apretados el uno con el otro no pudieron hacer otra cosa que dejar entrar la pasión que amenazaba con llegar descontrolada y arrasarlo todo.

Marcus retiró sus ropas, ella hizo lo mismo con las suyas, y después de besos y caricias que dejaban ver lo mucho que habían estado pensando el uno en el otro, llegó el momento en el que el miembro de Marcus se encajó en ella. Aquella sensación ganó a todo cuanto antes había podido experimentar en cuando a sensaciones. Ni la rabia, la furia, la ira o ninguno de esos sentimientos que la hacían explotar podían semejarse a aquello que estaba sintiendo con cada embestida de Marcus.

—Soy tuya. Solo tuya —pronunció entre respiraciones aceleradas.

—Si continúas hablando no creo que pueda contenerme por más tiempo.

Las palabras de Juliet aceleraban el ritmo cardiaco de Marcus.

Los dedos de ella se apretaron contra la piel de él, y sin poder contener lo que empezaba a

sentir, gritó de placer.

—Me casaré contigo —dijo finalmente antes de caer rendida a sus brazos.

Cuando Marcus terminó al segundo después de ella, se retiró de su cuerpo y respirando entrecortadamente mientras ponían solo centímetros de distancia apretó sus labios con los de ella.

—Nunca pedí la nulidad.

Marcus sintió pánico al decirlo, pero no podía continuar mintiendo a la mujer a la que amaba.

Durante poco más de un segundo Juliet se quedó mirándolo muy seria. Aunque para él le pareció una eternidad.

Ella solo sonrió.

—¿Y ahora? —preguntó Juliet.

Marcus la miraba.

Ella le arremetió un empujón para que reaccionara.

—Voy a quedarme así hasta que logre memorizarte.

—No te hará falta, no pienso separarme de tu lado mientras viva.

Aquello colmó de felicidad a Marcus, que volvió a besarla con vehemencia.

—Un momento, ¿y Margaret? —preguntó contrariada Juliet.

—¿Qué ocurre con ella?

—La has traído hasta aquí engañada para solo darme celos, siento pena por ella.

—Para darte celos sí, engañada no. Además no creo que le importe a la prima Margarte disfrutar de su propia compañía por un poco de tiempo.

Juliet volvió a acercar su cuerpo con el de Marcus. Había sentido algo tan exquisitamente placentero cuando sus cuerpos se estaban rozando, que no podía ignorarlo y necesitaba de nuevo comprobar si siempre iba a resultar así.

Marcus sonrió al tenerla entre sus brazos.

Epílogo

Diciembre de 1826

Willowbrook, Propiedad de los marqueses de Salisbury

Rutland, Inglaterra

No había muerto nadie, se repetía el joven Chals mientras galopaba en su caballo en dirección a Willowbrook. Algo muy importante debía de haber ocurrido si le hacían regresar desde Oxford, porque aquello nunca ocurría.

Atravesaba los campos de trigo y cebada a ambos lados del camino, y volvía a sentir aquellos años que habían quedado atrás, en los que él no había sido ni muy feliz, ni demasiado desdichado. Aunque le hubiese gustado tener algo más de relación con su hermana Julie, pero la tía Olivia se la había llevado para que le hiciera compañía y se había olvidado de que tenía dos hermanos. Y ahora continuamente Juliet le escribía para conocer como de adelantado en sus estudios iba. ¡Qué pesada era! Recordaba.

En su carta solo le pedía que regresara lo más rápido a la casa de Rutland, pero no decía mucho más, así que lo único que podía hacer él era obedecer y seguir rezando porque ninguna muerte lo trajese de regreso.

El mayordomo le esperaba en la puerta, pues seguramente alguien le habría avisado después de ver al joven acercarse a lo lejos por el camino.

El mozo de cuadra se llevó el caballo, y después un lacayo le retiró la bolsa que portaba en sus manos.

—Le esperan —le anunció el mayordomo.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó el joven Chals.

—Señor no soy yo el que debería dar las noticias, pero si le dejo más tranquilo, no, no ha muerto nadie.

El joven Chals carraspeó al entrar en el salón y todos lo miraron.

—Chals —dijeron con asombro al verle allí.

—¿Nadie sabía que venía? —preguntó extrañado.

—Solo yo —respondió Juliet.

Toda la familia miró agradecida.

—Es una locura que me hagas venir para nada.

Chals estaba perdiendo la necesidad de tener a la familia cerca, pasaba demasiado tiempo en sus cosas, que no eran otras que estudiar, pero de vez en cuando había que recordarle a las personas que la familia era tan importante en la vida, como ser un hombre de provecho.

—La familia debe ser lo más importante en tu vida, hermano.

—Tiene gracia que lo diga la hermana que desapareció durante muchos años.

Nadie le había contado a sus hermanos todo lo que Juliet tuvo que hacer para recuperar todo de cuento disfrutaban.

Así es que aunque con pena en su rostro Juliet asintió.

Sin embargo, Marcus invitó al joven Chals a tomar el aire. Y fue a su regreso al interior del hogar cuando inesperadamente Chals abrazó a su hermana con una intensidad desmedida.

—Me siento tan ridículo ahora, hermana.

—No te preocupes, no podías saberlo.

—Pero te has sacrificado por todos, y yo jamás me he portado bien contigo.

—Tengo mi recompensa aquí —dijo ella mirando a toda su familia junta.

FIN

AGRADECIMIENTOS

¿Cómo comprimir en unas pocas palabras todo lo agradecida que estoy? Es imposible, por eso me cuesta tanto escribir esta parte.

Posiblemente lleve más de veinte minutos aquí para estas pocas palabras, juro que cuando pienso en todas las personas que me han ayudado a escribir este libro siento un gran orgullo de tenerlas cerca. Ojalá poder decir sus nombres para que supierais quienes son, pero eso posiblemente terminaría con mi anonimato. Perdonadme.

Gracias a los lectores que continuáis apostando por mí, os prometo que libro tras libro sigo

esforzándome para que salga lo mejor de mí.

Hace poco leí en algún post algo con lo que me identifiqué de una forma enorme, no consigo recordar de quien era, y por más que lo he buscado no he dado con la autora. La vida del escritor es solitaria, decía.

Si bien es cierto que es solitaria, solo lo es cuando escribo en esta especie de cueva a la que denomino mi rincón creador, porque después deja de ser solitaria cuando cada una de vosotras compartís conmigo vuestra experiencia.

La verdad es que me gustaría saber más de vuestras opiniones. No solo las buenas, lo digo con el corazón en mis manos. Las buenas son esas que me dan un montón de energía a diario para continuar escribiendo con muchas ganas, pero las malas, o más críticas también me hacen ser más consciente de esos fallos para poder mejorarlos.

Así que si quieres escribir en Amazon lo que te ha parecido mi libro, siéntete cómoda de hacerlo, y por si no lo conocías, con las valoraciones, Amazon muestra mi libro a muchas más personas para que puedan conocerlo.

Gracias por leerme.

Tienes disponibles también:

La serie Lawson

-Una esposa para el barón

-Obligada a casarse con el duque

-El cortejo del vizconde

Bilogía Baxter

-La última temporada de lord Baxter

-La decisión de lady Baxter

Y si prefieres viajar en el tiempo a Escocia, puedes conocer a las Smith.

La serie Smith

-Cenizas en las Highlands

-La bruja de las Highlands

-Llegó con el fuego a las Highlands

Aristócratas y Cazadoras

Familias respetables, mentiras que dolerán recordar, y algún juego más peligroso que enamorarse.
Adéntrate en la época de la regencia, y descubre lo que una dama está dispuesta hacer por amor, venganza, o por necesidad.

El Secreto Del DUQUE

Siempre se dijo que las prisas no eran buenas, y es que si Alexandra Catlin duquesa de Argyll no se hubiese vuelto loca por no concebir bebés de manera temprana, su esposo el duque de Argyll no hubiera hecho aquella proposición a su arrendatario.
Un bebé entregado, una prohibición a la hija legítima del duque, un reencuentro con el amor verdadero, y algo de rencor forman parte de esta historia.

"—No mires —dijo Eleonora.
—Ni se me ocurriría, deseo seguir durmiendo sin pesadillas por el resto de mi vida —respondió él.
—¿No me encuentras hermosa, William? —preguntó Eleonora sorprendiendo al joven.
—Sabes bien que sí.
—No, no lo sé, jamás me lo has dicho.
—¿Acaso ahora buscas cumplidos?
—De eso nada, pero me gusta escucharlos.
William tímido, miró de reojo a Eleonora, que ya se encontraba medio desnuda, y siguió hablando.
—¿Estás coqueteando conmigo, señorita Catlin? —William estaba contrariado, pues jamás había tenido una conversación como aquella con su amiga.
A William le gustaba estar acompañado de ella siempre, y rara era la vez que el tema de sus conversaciones hablaba de ellos, de ellos dos en concreto. Casi siempre era de ella, de lo que deseaban sus padres para ella, de Albert el mayordomo de cámara de su padre, de los deseos de Eleonora por Albert, de lo simpático que era Albert, de las miradas que le ofrecía Albert, pero nunca se hablaba de ellos.
William seguía mirando a su amiga, de hecho, miraba más allá de lo que nunca se había atrevido a mirar. Un cuerpo, su cuerpo casi desnudo. El cuerpo de la mujer a la que amaba casi desnudo".